Enero de 1965

m$n 50

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Nuevo espíritu en las relaciones entre cristianos . 35
A la Luna con el Ranger VII 40
La medicina moderna y el parto natural . . . 48
Estuve en una escuela de terrorismo en Cuba . . 54
Aparatos que funcionan "por sí solos" 60
Lo que en verdad mató a Marilyn Monroe . . 63
Una escuela que no descuida la educación física . 69
¿Quién dijo ocio? 73
Cómo cayó Nikita Kruschef 77
Citas citables 83
Inmortalizó la nobleza del aborigen americano . 84
Esperanza para los niños con lesiones cerebrales . 91
Australia piensa en grande 98
Mi personaje inolvidable 105
Humorismo militar 111
El actor que vivió su papel 113
La plaga más exótica del mundo 116
Enriquezca su vocabulario 121
Por castigo conocí a Teodoro Roosevelt 123
El mundo compite por la superioridad en el aire . 128
Las voces del amor 134
El general que organizó el bazar más grande del mundo 136
Vencedores de las tempestades 142
¡Claro que existe Santa Claus! 149
¿Aturdido, ofuscado o perplejo? 7
La risa, remedio infalible 15
Así es la vida 22
Noticias del mundo de la mujer 29
Para sobrevivir con libertad 33

SECCIÓN DE LIBROS

No era lugar para una dama 153
Años de la fiebre del oro

Más de 25 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 13 idiomas.

Fría, chispeante y tan refrescante! Eso es la alegre y vivificante Coca-Cola. Siempre en el mejor de los gustos. Coca-Cola realza las comidas...alegra...y deleita a todos. Saboree ahora mismo un vaso bien helado! Verá que... **todo va mejor con Coca-Cola!**



Lo que no se cambió

Motor, porque llega hasta los 200.000 km. "sin tocarlo" y pasa los 500.000 km. sin problemas.

Carrocería autoportante, sólidamente unida por 7.510 puntos de soldadura.

Chapa. Perciba su fortaleza haciendo presión sobre ella con los nudillos.

Frenos de doble válvula con gran superficie de frenado.

Baúl muy amplio y rueda de auxilio independiente que se retira sin mover el equipaje.

Además, le aseguramos que el Di Tella 1500 nueva serie no es ni un solo centímetro más grande que el anterior ni tiene agregados superfluos.

LAS COSAS QUE SI SE CAMBIARON SON: EL ASIENTO DELANTERO, que ahora es enterizo, para dar más comodidad al sexto pasajero.

LAS MANIJAS INTERIORES DE LAS PUERTAS, que ahora son más manuables.

EL TAPIZADO Y LAS ALFOMBRAS, más elegantes y fáciles de limpiar.

También se ha mejorado EL TABLERO, que no refleja luces molestas, EL SISTEMA PARA DESPLAZAR EL ASIENTO DELANTERO, que se ha simplificado, y EL ESPEJO RETROVISOR, que ha sido levantado para limpiar el campo visual del conductor.

Hay algunas modificaciones más, pero son detalles. En lo fundamental es el Di Tella 1500 del que ya se han fabricado 40.000 unidades. Un buen coche.







DI TELLA 1500

...más coche por más tiempo





...y gracias también por Leche de Magnesia

PHILLIPS

Mundialmente famosa, LECHE DE MAGNESIA PHILLIPS ayuda a que los niños disfruten plenamente la alegría de vivir sanitos... fuertes!

Es el laxante ideal para ellos, porque:

- Es suave y efectivo.
- No crea hábito ni acostumbramiento.
- Es de **acción completa:** neutraliza al mismo tiempo la acidez que suele acompañar al intestino perezoso.
- Y viene en dos sabores: TRADICIONAL Y MENTA (el preferido por los niños).



Laxante "familiar" en todo el mundo

Gracias mamita !...

... Por ser tan buena y quererme tanto! Por enseñarme los primeros pasos, las primeras palabras, los primeros juegos... Gracias por ayudarme a estudiar la tabla del 3, por esa alegre fiestita de cumpleaños y por nuestros lindos paseos en las tardes de sol. Gracias... por esa ternura infinita que hay en tus ojos cuando me miras...

SELECCIONES
del Reader's Digest

TOMO XLIX Nº 290 ENERO DE 1965

Revista mensual publicada por
READER'S DIGEST ARGENTINA, S. A.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Editorial

Director: Pablo Morales

Consejero de redacción: Eduardo Cárdenas
Redactores: Marco Aurelio Galindo
Lilian Davies Roth
Alfonso Castaño
Biblioteca de Selecciones: Luz Cantuárias

Gerente: Douglas MacLean
Vicepresidente: Paul W. Thompson
Tesorero: Marcos Kremzar

Departamentos

Publicidad: Carlos Aldao Quesada
Ventas: Salvador Passarello
Biblioteca de Selecciones: Miguel Weil
Director de Arte: Emilio Gómez

EDICIONES INTERNACIONALES DEL READER'S DIGEST
Gerente general: Paul W. Thompson
Gerentes generales regionales:
Roberto C. Sánchez (América Latina)
Terence G. M. Harman (Europa)
Jefe de redacción: Adrian Berwick

THE READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, australiana, británica, canadiense, del Extremo Oriente, neozelandesa, nigeriana y sudafricana); ESPAÑOL (ediciones argentina, del Caribe, centroamericana, chilena, ibérica, mexicana y venezolana); FRANCÉS (ediciones belga, canadiense, francesa y suiza); ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); PORTUGUÉS (edición brasileña); ÁRABE, DANÉS, FINLANDÉS, HOLANDÉS, ITALIANO, JAPONÉS, NORUEGO y SUECO. Se publican ediciones en el sistema Braille en inglés, español, alemán, japonés y sueco.

THE READER'S DIGEST, Pleasantville, N. Y., EE. UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores.

Selecciones se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 50,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia ($b. 3,00*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($2,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 No. 18-59, Bogotá; Libreria Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,50*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Apartado 1294, San José.
Chile (Eº 0,70*) — Sales y Larios Ltda., Avenida Bernardo O'Higgins 137, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5,00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — PRODISA, Apartado Postal 1369, San Salvador.
Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($3,50*) — Selecciones Distribuidora, Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,95*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.
Perú (S/6,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($6,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,50*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

(**Precio por número suelto*)

Portada:
Plaza de San Pedro en Roma
(Pintada especialmente para Selecciones por *Fritz Busse*)

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLIX, Nº 290, January 1965, Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscription price: US $4.00 per year. *Impreso en Argentina*

Selecciones del Reader's Digest
Marca Registrada
Reg. U. S. Pat. Off.

Impreso por Guillermo Kraft Ltda.
Reconquista 319 - Buenos Aires



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144



"fresco insólito"

ay como dejar que la ju-
d salga de adentro fran-
nte, fresca, dominante.
rse dueño del mar, la
, el aire libre y el sol.
se **vive** con el NUEVO
UERO® FAR WEST®
NA!

nuevo
Vaquero®
FAR WEST®
arena

PONGASELO! Descalzo o calzado, cómodamente. Ahora su botamanga es más ancha. Disfrute su cintura baja, su nuevo corte anatómico y ágil, con costuras y remaches vigorosos. Después, deslice las manos por su **nueva tela** • algodón peinado mercerizado • **siempre fresco.**

DE
ESOS
calidad

Producido y distribuido por
FABRICA ARGENTINA
DE ALPARGATAS S.A.I.C.
® Marcas Registradas
Puro Algodón - Industria Argentina

SanforizadO ®
(no encoge)


La nueva y refrescante
bebida de verano..
ANÍS BOLS GLACÉ
Prepárela Ud. mismo: Anís Bols en un vaso grande con un cubito de hielo o simplemente con agua helada.
El Anís Glacé es la nueva bebida que refresca de verdad y... alegra la vida!
El color opalescente que notará Ud. al preparar el Anís Glacé, se produce únicamente cuando se utiliza verdadero anís. Prepárelo con Anís Bols, y refrésquese con esta bebida pura y agradable!
ANIS BOLS
ANÍS BOLS
ES ANÍS DE VERDAD...
PORQUE SE HACE CON ANI

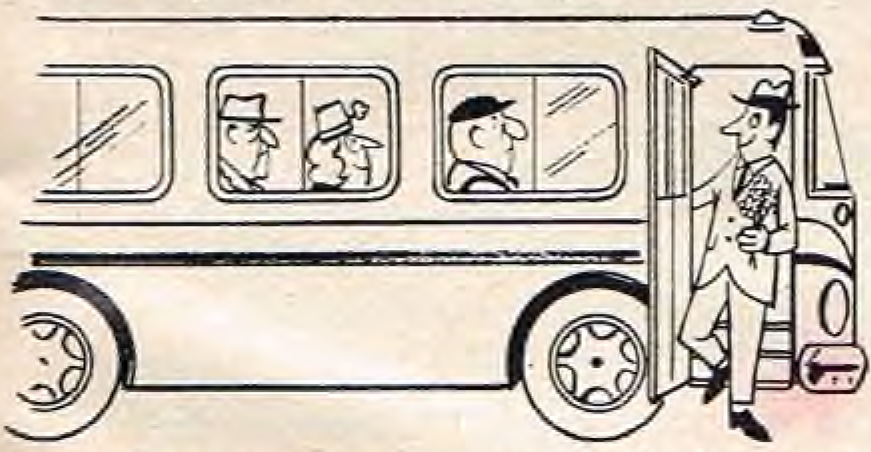
¿Aturdido, ofuscado o perplejo?

POR MARTIN GARDNER
Redactor de la sección de juegos matemáticos de la revista "The Scientific American"

Condensado de
"THE SCIENTIFIC AMERICAN BOOK OF MATHEMATICAL PUZZLES & DIVERSIONS"

Norte contra sur

UN JOVEN vive cerca de una parada de autobuses que hacen el recorrido del norte al sur de la ciudad y viceversa. El joven corte-



ja a dos muchachas, una de la parte norte y la otra del barrio sur. Para visitar a la que vive en este último, toma el autobús que va hacia el sur; para ver a la del norte toma el vehículo que lleva esta dirección. Como quiera que no tiene preferencia por ninguna de las dos chicas, toma simplemente el primer autobús que llega. De este modo deja que el azar determine si va al norte o al sur. El joven va a la parada en un momento cualquiera todos los sábados por la tarde. Los vehículos que van hacia el sur y los que se dirigen al norte pasan por allí con la misma frecuencia: cada diez minutos. Sin embargo, por alguna razón inexplicable, el galán visita más veces a la joven que vive en el barrio norte; de hecho, por término medio va a verla nueve de cada diez ocasiones. ¿Qué motivo racional hay para que las probabilidades sean tan grandes en favor de esta última muchacha?



La carretera bifurcada

UN LÓGICO está de vacaciones en una isla del Pacífico, y pronto cae en la cuenta de que está habitada por las dos proverbiales tribus de los embusteros y los hombres veraces. Los miembros de una tribu dicen siempre la verdad; los de la otra mienten cada vez que hablan. Nuestro hombre llega a la bifurcación de una carretera y tiene que preguntar a un indígena cuál de los dos ramales lo llevará a determinada aldea. No tiene medio de saber a cuál tribu pertenece su interlocutor. El lógico piensa un momento, y luego hace una sola pregunta. Por la respuesta sabe cuál es el camino que debe seguir. ¿Cuál es la pregunta?

Lío de tapas

Nos HALLAMOS ante tres cajas, una que tiene dos canicas negras, otra con dos canicas blancas, y la tercera con una blanca y otra negra. Las tapas de las cajas están marcadas con las iniciales de los colores que contienen: BB, NN y



NB, pero nos advierten que las tres tapas están cambiadas y ninguna caja lleva la que le corresponde. Nos dicen que tomemos una sola canica de cualquiera de las cajas, sin mirar al interior, y que por este procedimiento determinemos el contenido de las tres cajas. ¿Cuál es el menor número de canicas que necesitaremos sacar para precisar qué canicas contiene cada caja?



Monedas falsas

HAY DIEZ pilas de monedas, cada una con diez piezas del mismo valor. Una de estas pilas sólo tiene monedas falsas, pero no sabemos cuál es. Todo lo que sabemos es el peso de una moneda legítima y que cada moneda falsa pesa un gramo más que la legítima. Podemos pesar las monedas en una balanza. ¿Cuál es el mínimo de pesadas que necesitaremos para determinar cuál es la pila de monedas falsas?

(*Soluciones en la página 10*)



Charlas y parlas

LA EDUCACIÓN de los adultos no cesará mientras en las escuelas se siga dando a los niños tareas que hacer en casa. — General Features Corp.

Pinceladas. Una vieja cerca parece avanzar tambaleándose al lado del camino. (F. F.) ... Los pajarillos van como flechazos de árbol en árbol. (T. C.) ... El tren vespertino cruza el valle sollozando. (E. B. S.)

Oído al vuelo. Decía una chica: "Una no se puede fiar de los hombres: a veces son tan lerdos que te dan ganas de gritar ... y otras, tan vivos que tienes que hacerlo". (C. B.)

Letreros. En un bar: "El cantinero se reserva el derecho de no prestar atención a las cuitas del cliente". (P. F.) ... En una casa del barrio de Greenwich Village, en Nueva York: "Se dan lecciones de inconformidad". (C. A.)



La inimitable fragancia de la auténtica LAVANDA INGLESA ATKINSONS destaca su distinción y evidencia su buen gusto en todo momento.

jabón - brillantinas - talco y creaciones exclusivas para caballeros: fijador - crema de afeitar - loción para después de afeitarse.

lavanda inglesa

ATKINSONS

...CREADA POR J. & E. ATKINSON, DE LONDRES

LAV-31

Soluciones a ¿ATURDIDO, OFUSCADO O PERPLEJO?

(*Ver página 8*)

Norte contra sur

AUNQUE los autobuses para el norte y el sur pasan con la misma frecuencia (a intervalos de diez minutos) sus horarios son tales que el que va al sur llega siempre a la parada un minuto después que el que va al norte. Así pues, para que el autobús que se dirige al sur sea el primero que ve pasar, el joven tiene que llegar a la parada en ese minuto de intervalo entre ambos. Pero si llega en cualquier otro momento, será el autobús que va hacia el norte el primero que pase. Como el joven llega a la parada al azar, el autobús que se dirige al norte tiene a su favor nueve probabilidades contra una.

La carretera bifurcada

EL VIAJERO señala a uno de los dos caminos y dice al indígena: "Si le preguntara si este camino conduce a la aldea, ¿me contestaría usted que sí?" ¡El nativo se ve obligado a dar la respuesta verdadera, aunque sea un mentiroso! Si el camino condujera realmente a la aldea, el embustero contestaría que no a una pregunta *directa*; pero, según está formulada esta, miente y dice que contestaría afirmativamente. De este modo, el lógico puede estar seguro de que el camino lo llevará a la aldea, ya sea veraz o mentiroso su interlocutor. Por otra parte, si el camino no conduce al poblado, el mentiroso se verá forzado, en la misma forma, a contestar que no.

Lío de tapas

SE PUEDE determinar el contenido de las tres cajas sacando sólo una canica. La clave está en que sabemos que cada una de las tres cajas tiene una tapa que no le corresponde. Para hallar la solución hay que extraer primero una canica de la caja marcada "NB", es decir "negra-blanca". Si esa canica es negra, pongamos por caso, sabemos que, como la tapa no es la debida, la otra canica tiene que ser también negra, pues de otro modo estaría marcada correctamente. Como ya hemos identificado la caja que contiene las dos canicas negras, sabemos inmediatamente lo que contiene la marcada "BB" (blanca-blanca). No puede contener dos blancas, porque entonces la tapa diría la verdad; ni puede contener dos negras, porque ya hemos determinado en primer lugar dónde están. Por tanto, debe contener una blança y otra negra. Naturalmente, la tercera es, por eliminación, la que tiene las dos canicas blancas.

Monedas falsas

LA PILA de monedas falsas puede identificarse con una sola operación. Para ello se toma una pieza de la primera pila, dos de la segunda, tres de la tercera, y así sucesivamente hasta acabar tomando

¡Ahora hay una mayonesa de Verano!



Fanacoa, mayonesa especial con puro jugo de limón
Más liviana...
Hecha para el verano!









MAYONESAS FANACOA

las diez monedas de la décima pila. Entonces se pone en la balanza toda la colección reunida en esta forma. El exceso de peso de esta colección, en número de gramos, corresponde al número de orden de la pila de las monedas falsas. Por ejemplo, si el grupo de monedas pesa siete gramos más de lo debido, la pila de las falsas es la número siete, de la cual hemos tomado siete piezas, cada una de las cuales pesa un gramo más que la moneda legítima.

»»««

Estudiantina

Cuando está por terminar el año lectivo, los fondos de los alumnos van escaseando y a menudo esto se refleja en las páginas de las publicaciones estudiantiles. Los lectores del periódico de la Universidad del Estado de Ohio, por ejemplo, vieron el siguiente aviso: "Vendo automóvil modelo 1952, entero o por piezas". —AP

En nuestra clase de sicología el catedrático explicaba la manera de llegar a ciertos datos estadísticos mediante una serie de pruebas. Nos daba una ilustración determinada: colocaba una rata macho en un laberinto, con comida a un extremo y una hembra al otro, en repetidas pruebas buscó más a menudo el alimento que la compañía. La conclusión era que el impulso del hambre es más dominante que el sexual. El resultado nos causó grande impresión, tanto más cuanto que el profesor hizo notar que la comida del roedor se le cambiaba periódicamente para evitar que en la prueba influyese cualquier predilección que la rata pudiera tener por algún bocado en particular. No fue posible continuar elaborando sobre el tema, sin embargo, porque una voz al fondo del salón preguntó: "Profesor, ¿no se le ocurrió a usted cambiar alguna vez la rata hembra?" —N. M. P.

Cierta estudiante se presentó a examen sin estar preparada y logró salir de él en término de una hora. Interrogada sobre el caso explicó que la prueba sólo consistía en señalar las diez maneras más eficaces de combatir el comunismo. "No pude recordar nada de lo dicho en nuestro libro de texto", dijo la muchacha, "así que me limité en citar los Diez Mandamientos". ¡Salió con calificación de sobresaliente en la materia! —J. B. Q.

Deseaba yo que mi hija se matriculase en la universidad que lleva el nombre de William and Mary (Guillermo y María) pero ella, después de visitarla, se opuso tenazmente. Su razón era que "había allí demasiadas Marías y muy pocos Guillermos". —Sra. C. A. M.

La risa, remedio infalible

Cuentan de un actor shakespeariano que en medio de un ensayo preguntó al director: "¿Qué debo hacer durante las pausas?" "¿Qué pausas?" preguntó a su vez el director quien, naturalmente, estaba convencido de que la acción de la pieza era continua y atrayente para el público. "Mientras hablan los demás", contestó el actor.

— Basil Boothroyd, en *Punch* (Inglaterra)

Después de haber estado inscrito en un colegio para varones, durante los años octavo y noveno, invitaron a mi hijo a un baile en su primera escuela, que era mixta. Aceptó entusiasmado. Al regresar a casa después de la fiesta nos hizo comentarios sobre la música, los refrescos, las decoraciones, la función...

—¿Y qué me dices de las muchachas? —le preguntó mi marido—. ¿Reconociste a algunas del sétimo año?

—¡Caramba, papá! —contestó el joven—. Han cambiado tanto de formas que resulta difícil reconocerlas.

— E. W. P.

El productor de cine Mike Todd, hijo, cuenta que un cazador de cabezas africano le explicaba a otro sus impresiones sobre la televisión: "Es un aparato extraordinario, donde encogen todo el cuerpo a la vez".

— H. G.

Un agente viajero a quien estaba comenzando a preocupar tanto viaje en avión, fue un día a consultar a un técnico en estadísticas.

—¿Puede decirme —le preguntó— cuáles son las probabilidades de que me suba en un avión donde alguien haya colocado una bomba?

—No puedo decírselo hasta que haya examinado todos los datos disponibles —dijo el técnico—. Vuelva usted dentro de ocho días.

—¿Me tiene ya la respuesta? —preguntó el agente viajero en la visita siguiente.

—¡Cómo no! —repuso el técnico—. Hay una probabilidad entre un millón de que usted se monte en un avión donde hayan colocado una bomba.

—Una probabilidad remota... pero no es suficiente garantía para mí —dijo el otro— ya que viajo con mucha frecuencia.

—Si quiere estar más seguro —aconsejó el técnico— le recomiendo que lleve una bomba cuando viaje. Las probabilidades de tomar un avión donde hayan colocado son de una en mil millones.

— *Chemical and Engineering News*

Un par de muchachas casaderas charlaban sobre el porvenir.

EL MAS FINO ESTILO DE VIDA NECESITA EL MAS ALTO ESTILO DE DIFUSION. POR ELLO, VIEJA LAVANDA FULTON SELECCIONO E INCLUYO A SELECCIONES DEL READER'S DIGEST EN SUS PAUTAS DE PUBLICIDAD DE 1963 Y 1964. SELECCIONES DEL READER'S DIGEST POSEE LOS COMPRADORES POTENCIALES DE EDAD Y CLASE SOCIAL ECONOMICAMENTE MAS ACTIVOS. SELECCIONES DEL READER'S DIGEST ES PARA SUS LECTORES LO QUE FULTON ES PARA EL HOMBRE Y LA MUJER.

Selecciones *del* Reader's Digest



—Quisiera ser sobrecargo de una línea de aviación —decía una—; es la mejor manera de conocer a un hombre de mundo con dinero.

—Pero tiene que haber otros medios menos difíciles para conocer hombres —apuntaba la otra.

—Tal vez los haya —añadía la primera— pero nunca se presenta mejor ocasión de examinarlos bien, que cuando están sujetos a sus asientos con los cinturones. — I. R.

Un muchacho había robado una radio de transistores; la policía le cayó encima y se lo llevó a la cárcel. Lo metieron en una celda donde había un criminal empedernido, quien le preguntó:

—¿Por qué te tienen aquí?

—Por robar una radio de transistores.

—Eso es un juego de niños. Si quieres iniciarte en este negocio tienes que hacer algo grande, algo importante. ¿Por qué no asaltas un banco?

—Porque no me dejan salir de la escuela hasta las tres de la tarde.

— W. G.

—¿Logró venderle al viejo MacTavish un terreno? —preguntó el administrador del cementerio.

Meneando la cabeza negativamente el secretario le contestó:

—Ese avaro cree que no va a sacar buen partido de la inversión.

—¡Cómo puede ser, hombre! Todos tenemos que morir algún día —exclamó el administrador.

—Precisamente eso fue lo que le dije, pero me contestó: "¿Y qué pasa si me pierdo en alta mar?"

— *The English Digest*




SED DE FRESCURA?
Gordon's
Gin
GORDON'S
DRY GIN
Cuando la vida veraniega es acción, las bebidas refrescantes constituyen una grata compañía. Para que su satisfacción sea aún más completa agregue a su refresco predilecto —agua tónica, cola, soda o jugo de frutas— el inconfundible sabor del Gordon's Gin; éste y no otro porque como bien dicen en el mundo entero, **éste** es el gin. Elaborado en la Argentina por Tanqueray Gordon's & Co. (Destilerías Argentinas). Distribuído por Guillermo Padilla Ltda. S.A.


64
CHEVROLET
la más distinguida manera de llegar...
CHEVROLET
Super


Construir
televisor
alambrado a
mano toma más tiempo
Aquellas cosas que se fabrican a mano se construyen mejor y duran más. Por esto no hay circuitos impresos ni se escatima en la producción del televisor hecho a mano Zenith. Cada conexión ha sido cuidadosamente hecha a mano. Esta clase de devoción a la calidad ha hecho del Zenith el televisor americano de más venta en el mundo. Es una de las más importantes razones por las cuales el televisor Zenith ofrece a ustedes un servicio tan extraordinario, así como menos problemas de servicio. Se puede depender de su eficiencia. Está uno seguro de tener año tras año una imagen más clara, más definida.
ZENITH ®
EL TELEVISOR ALAMBRADO A MANO
Fabricados, Distribuidos y Garantizados por TELESUD, S. A., Av. Montes de Oca 2195 Buenos Aires, Argentina.
Tel: 21-6521-2139
Licencia exclusiva de Zenith Radio Corporation, Chicago. E. U. A. — 47 años a la vanguardia en la radiónica exclusivamente.

Así es la vida

CIERTA tarde, mientras preparaba la comida, mi esposa se acordó de repente que al día siguiente era el cumpleaños de una amiga. Tomó el automóvil y fue a toda prisa a la papelería a comprar una tarjeta de felicitación. Regresó a casa muy cariacontecida: por la prisa que llevaba, había cometido una infracción del reglamento de tráfico que le costaría una multa de 15 dólares.

Después de reprocharse en voz alta durante unos momentos, se le iluminó la cara. "Ya sé lo que haré", me dijo, con aire de haber resuelto un gran problema: "le escribiré en la tarjeta: *Feliz cumpleaños; he hecho una donación en tu nombre a la oficina de tráfico*".

—B. L.

MI ESPOSO y yo habíamos comprado una casa-remolque, de manera que al oír a dos señoras hablar de remolques, me puse a escuchar: "Los están haciendo preciosos", decía una de ellas, "y algunos tan acogedores y bonitos como cualquier casa. Pero lo que yo no aguantaría sería tener que caminar en línea recta durante todo el día".

—J. E. F.

EL DÍA en que vinieron a arreglar la máquina expendedora de cigarrillos en la oficina, fue de beneplácito para todos. La máquina había sido causa de muchas molestias, pues además de no entregar la mercancía, tampoco devolvía el dinero. Después de examinarla cuidadosamente, el mecánico la volvió al revés, poniéndola de cara contra la pared, mientras iba al taller en busca de una pieza. A alguien se le ocurrió colgar en el aparato un letrero que decía: "Estoy castigada por portarme mal".

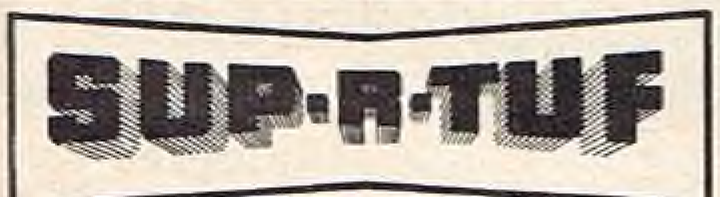
—V. H.

LOS MÉDICOS del hospital de la Universidad del Estado de Ohio,



que ocupa un edificio de 11 pisos, son muy aficionados al fútbol, y todos los sábados durante la temporada asisten a los juegos. Mas para el caso de que esté a punto de

NUEVO DESARROLLO CIENTIFICO LOGRADO POR FIRESTONE



EL NUEVO CAUCHO MILAGROSO

(pronúnciese Supertóf)

Los ingenieros y científicos del Departamento de Investigaciones y Desarrollo de FIRESTONE, han logrado la realización del nuevo caucho milagroso **"SUP-R-TUF"**, moderno compuesto que proporciona miles de kilómetros adicionales sin costo extra alguno.

Ahora los neumáticos **FIRESTONE** para coche de pasajeros que se producen en todas las plantas industriales de **FIRESTONE** en todo el mundo, son construidos con el nuevo compuesto de caucho "SUP-R-TUF" para ofrecerles a todos los automovilistas, **más kilometraje, mayor seguridad extra y una marcha suave en cualquier carretera y a cualquier velocidad.**

Nadie construye neumáticos y cámaras como **FIRESTONE**, el principal productor de neumáticos del mundo.

Nadie prueba los neumáticos y las cámaras como **FIRESTONE**, más de 425 millones de millas al año o sean 684 millones de kilómetros anuales.

Usted sabe que recibe lo mejor, cuando compra **FIRESTONE**, ahora fabricados con **"Sap-R-Tuf"**.

FIRESTONE tiene los neumáticos y cámaras que necesita su automóvil, y siempre con Garantia escrita sin límite de tiempo.

PARA MEJOR RECAUCHUTAJE
DE SUS CUBIERTAS
EXIJA MATERIAL
DE REPARACION FIRESTONE



venir al mundo un nuevo "aficionado", los médicos de la sección de obstetricia han ideado un sistema de señales: una de las enfermeras cuelga una sábana blanca de una ventana del edificio, visible desde el estadio. Si la sábana cuelga de la cuarta ventana de la derecha, indica que se solicita al Dr. Brown; si de la segunda, al Dr. Smith, y así sucesivamente. No es raro ver dos o más sábanas ondeando a un mismo tiempo al soplo de la brisa otoñal... y a otros tantos médicos abandonar el estadio precipitadamente. —L. W. C.

Los ESTUDIANTES extranjeros del Instituto de Estudios Nucleares de Oak Ridge (Tenesí) reciben muchas invitaciones para dar conferencias en los clubs sociales de la región. Después que uno de los alumnos procedentes de la India había hecho una disertación especialmente interesante sobre su país, alguien lo felicitó por sus grandes conocimientos.

"Francamente", confesó ante el grupo, "casi todo eso lo aprendí aquí en los Estados Unidos. Me preguntaban tantas cosas sobre la India que yo no sabía contestar, que resolví ponerme a estudiar lo relativo a mi país, aquí mismo, en la biblioteca pública". —R. W. L.

MIENTRAS paseábamos por el barrio de Greenwich Village, de Nueva York, donde los pintores

exhiben sus cuadros en las calles, observamos a unas personas que miraban las obras de uno de aquellos y reían de buena gana. Nos acercamos para ver qué pasaba. El joven y barbado artista había colgado sobre sus cuadros un letrero que proclamaba: "Compre hoy... y ahorre hasta 25.000 dólares".

—W. J. B.

A POCO de haberse iniciado el año escolar, una de las mamás dijo a una de las profesoras, presentándose: "Soy la mamá de Juanito Pérez López". Y agregó luego: "Pero, ¿qué cree usted? No sé si estoy haciendo alarde o pidiendo perdón".

—Sra. R. J. M.

ME SORPRENDIÓ mucho que el ómnibus en que iba yo, en Nueva York, se detuviera en medio de la manzana, pues los choferes de esos vehículos se ufanan de no parar sino en los sitios designados para el caso. El conductor del nuestro, hombre grande y fornido, se apeó, atravesó la calle y, alzando la vista hacia una ventana abierta de un elegante edificio de apartamentos, gritó: "¡Oiga, señora!" Asomó la cabeza una criada asustada. "¡Quite ese canario de la ventana!" le ordenó el chofer. "El sol lo puede matar".

La sirvienta obedeció en el acto, y nuestro héroe, con una sonrisa de satisfacción, regresó lentamente a su puesto para llevarnos a nuestro destino.

—L. C. M.

¿Piensa en nuevos sitios que visitar... nuevas cosas que hacer... nuevos amigos que conocer?

¡Un Johnson convertirá todo eso en realidad!



Cielo azul. Agua azul. El viento en la cara. El sol a la espalda. Navegar es una diversión ideal para todos. □ Mas, para tener segura esa diversión, cerciórese de la calidad del motor. Ponga un Johnson detrás de su embarcación. □ Los motores Johnson se proyectan para que sean seguros—se construyen todavía más seguros. Y su funcionamiento los hace aún más dignos de confianza, tanto en las corrosivas aguas saladas de los mares del sur como en los frígidos ríos del norte. □ Busque al detallista autorizado de motores Johnson en su ciudad, quien además ofrece servicio experto y tendrá el mayor placer en suministrarle el motor Johnson modelo 1965 más adecuado para la clase de diversión que usted desee en el agua. Hay 21 modelos para hacer su elección: de fuera de borda, desde 3 hasta 90 C.F.; de impulsión en popa, desde 90 hasta 150 C.F. Todos ellos amparados con la garantía Johnson de 2 años para la mano de obra y las piezas originales. Fabricados mundialmente por Johnson Motors, una división de Outboard Marine. Distribuidos en la Argentina por Casa Stewart, S.A., Buenos Aires.



¡llegó el estilo '65 para sus ojos!

NEW YORK
ROMA
PARIS
LONDON

con la

NUEVA LINEA COMPLETA DE MAQUILLAJE PARA OJOS

Este año la moda impone un nuevo estilo para sus ojos: el estilo de la **línea completa** de maquillaje para ojos que Angel Face presenta para dar fascinante vida a su mirada. Ahora... ¡siga el dictado de las capitales de la moda!... Haga de sus ojos el centro de su belleza con la nueva línea Angel Face!



MODAS Y MODOS

HASTA hace cinco años, la señora Van Davis Odell tenía fama de ser una de las pocas mujeres que en Nueva York ocupaban una destacada posición en el mundo de la publicidad de los Estados Unidos. Fue entonces cuando sobrevino el desastre. Un aneurisma cerebral le ocasionó la parálisis del lado izquierdo. Este brusco final de su carrera, sin embargo, habría de señalar para ella el principio de otra. En el curso de 1963, la señora Odell se convirtió en diseñadora y animadora de la línea de ropa interior para mujeres inválidas conocida con el nombre de *Fashion-Able*.

Amargas horas de esfuerzos para lograr su rehabilitación sucedieron al ataque que había sufrido. La atractiva señora Odell ya se vale por sí misma de manera notable, ayudándose con un bastón. Pero, como ella dice, "siempre ocurre alguna cosa, siempre llega ese momento crítico en que uno se propone luchar contra su mal. A mí me tocó cuando ya no pude ponerme ni quitarme el sostén o la faja por mí misma".

Cierto día leyó que había millones de mujeres inválidas en el mundo. "Fue entonces cuando dejé de lamentar mi estado", dice. "Varios millones de personas, sean cuales fueren sus condiciones, constituyen un gran mercado".

En colaboración con los dibujantes de una empresa de ropa interior femenina, la señora Odell diseñó un sostén que, en vez de ganchos y broches, lleva un cierre Velcro; una faja que una mujer puede ponerse fácilmente con ayuda de cuatro cremalleras, y un fondo provisto de una cremallera en la parte delantera. Entre los productos de la línea *Fashion-Able* se cuentan los pañuelos de vistosos colores ("Una mujer inválida no puede complicarse la vida poniéndose joyas, le basta con echarse por encima una de estas cosas"); una bolsa inventada por la señora Odell, que va prendida a un bastón en forma de T. Todos estos artículos se venden por correo, lo que facilita que las incapacitadas puedan conseguirlos.

"Si yo no puedo ayudar a las mujeres inválidas a ponerse la ropa interior", dice hoy la señora Odell, "no sé quién vaya a hacerlo".

—F. D.

NOTA AL PIE

DURANTE largos decenios, las mujeres que calzan zapatos de tacones altos, han tenido que soportar el

tormento de unos dedos apretujados, de unos músculos adoloridos, así como el riesgo de quedar atrapadas en una rejilla del alcantarillado, además de las censuras de los podiatras. Casi todo el mundo reconoce que los tacones constituyen una peligrosa muestra de vanidad.

Pero según cuatro fisiólogos de la Universidad de Springfield, en Massachusetts, casi todo el mundo estaba equivocado. Durante un trabajo de investigación de cuatro meses, aquellos científicos estuvieron observando la forma de andar y de correr de 25 chicas calzadas con zapatos de tacón alto, a la vez que examinaban los ángulos de sus pies y de sus pantorrillas con un aparato medidor de ángulos llamado goniómetro. Los investigadores han llegado a la conclusión de que son infundadas las sospechas de los podiatras de que esos tacones ocasionan flexiones en las rodillas y que éstas producen desórdenes en la región lumbar. En cuanto a los pies, los fisiólogos comprobaron que cuando las jóvenes llevaban tacones altos, la altura de sus arcos aumentaba hasta un diez por ciento.

Dichos fisiólogos, cuyo trabajo fue subvencionado en parte por el ejército norteamericano, tratan de determinar si el uso de los tacones altos sirve para corregir el pie plano en los varones. Uno de los investigadores declaró: "Empezaremos por probar con los vaqueros. Son hombres que acostumbran calzar botas de tacón alto". —*Newsweek*

PUNTOS Y PUNTADAS

Hoy más que nunca, las mujeres siguen comprando almohadillas para costura y encarando los problemas que les plantean alforzadores, rellenos, hilvanes, pespuntes, ribetes, tiras bordadas y puntos de cruz. Por decirlo más claramente: en la actualidad, es mayor que antes el número de mujeres que cosen en casa.

Los fabricantes de telas, patrones, hilos, cintas, agujas y máquinas para coser informan que nunca habían vendido tanto como ahora. En este fenómeno ha tenido sin duda algo que ver el deseo de las amas de casa de ahorrar dinero. También puede ser un medio para que las señoras se mantengan ocupadas al mismo tiempo que intentan dejar de fumar.

"Se observa en torno nuestro una tensión nerviosa general", comenta un sociólogo. "Supongo que para la mujer el sentarse a la máquina de coser y hacer alguna prenda, es un calmante". —S. W.

nuevos tiempos,
nuevos libros

SALVAT

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO SALVAT
12 tomos - 11ª edición 1964

UNIVERSITAS enciclopedia cultural
20 tomos y 1 tomo índice - 7ª edición 1964

EL MUNDO DE LOS NIÑOS 15 tomos



MUSEOS Y MONUMENTOS 10 tomos



ESCYT Enciclopedia Salvat de la Ciencia
y de la Tecnología - 15 tomos

LA VIDA enciclopedia del mundo viviente
8 tomos

SALVAT EDITORES ARGENTINA, S. A.

CORRIENTES 2777 - 89-4762/5812/7013 ● LAVALLE 371 - 31-9014

ENVIE ESTE CUPON A: CORRIENTES 2777

Sírvanse remitirme sin compromiso, folleto y condiciones de adquisición de . . . .

. . . .

Nombre . . . . Domicilio . . . .

Profesión . . . . Localidad . . . . .Provincia . . . . .F.C. 29

Para sobrevivir con libertad



POR MRS. OSWALD LORD

Ex-representante de los EE.UU. ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas; miembro del Consejo de la Feria Mundial de Nueva York; miembro del Concilio Atlántico de los EE.UU.

EN UNO de nuestros viajes al África, mi marido y yo andábamos por la polvorienta callejuela de una aldea. Luego de cargar su cámara, él dejó caer al suelo la hoja con instrucciones que acompañaba la película. Al punto varias personas lucharon para apoderarse de aquélla. "Tal es su afán de leer que recogen cualquier impreso", alguien nos dijo.

Dondequiera he visto hombres, mujeres, ancianos, y hasta niños apenas en edad escolar, aguardar horas en las bibliotecas por el privilegio de leer libros tan estropeados que se deshacen solos.

Al evocar esas escenas tan emocionante como sugestivas, he llegado a la conclusión de que, para sobresalir en este mundo, los libros son tan necesarios como la economía y la industria. Una nación puede subsistir sin maquinaria pesada, pero no gozará de verdadera libertad sin libros, pues éstos no sólo contienen los conocimientos acumulados por la humanidad, sino que también registran fielmente todo esfuerzo humano, lección inestimable para las sociedades nuevas.

Al regresar de mis viajes, envío libros a las aldeas que he visitado. A menudo elijo los libros condensados de la Biblioteca de Selecciones. Me aficioné a éstos durante los ocho años que trabajé en las Naciones Unidas, pues entonces sólo tenía tiempo de leer una pequeña parte de lo que hubiera deseado conocer. Llegué a confiar en ellos para enterarme de muchas cosas que, según las reseñas bibliográficas, me agradaría leer. Y todavía hoy gozo en cada volumen la equilibrada selección de obras de gran éxito. En esta forma me familiarizo con los libros importantes que todo el mundo lee, y al mismo tiempo hago hallazgos que de otro modo perdería.

Debido a estas cualidades los libros de la Biblioteca de Selecciones son presentes ideales para mis amigos extranjeros. Mas el afán de buena lectura no se limita a las naciones en vías de desarrollo, como lo prueba el éxito de los libros condensados en casi cien naciones. Estos volúmenes constituyen un excelente recuerdo para nuestros amigos de cualquier parte del mundo.

¡Cómo gustan los quesitos ADLER para untar!

Se conocen de lejos por su △ caja triangular. Un envase inconfundible para una calidad incomparable. Quesitos ADLER, calidad a simple vista. Corte una porción y verá la diferencia: manteca pura y abundante crema fresca. Realmente, ADLER es... otra cosa!



puro...con abundante crema fresca.

delicado...con legítimo Champignón importado.

especial...con auténtico Roquefort seleccionado.

sabroso...con trocitos de finísimo salame.

Quesitos
ADLER
para untar

Siempre en su caja triangular △ quesitos ADLER para untar.

Selecciones del Reader's Digest

Tomo XLIX
No. 290

Enero de 1965

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

Nuevo espíritu en las relaciones entre cristianos

Por remota y difícil de alcanzar que parezca la meta de la unidad religiosa, todo indica que hay una corriente de comprensión y buena inteligencia entre diversos credos.

POR EL R. P. JOHN O'BRIEN, doctor en Filosofía, profesor de Investigaciones de Teología en la Universidad de Notre Dame, South Bend (Indiana)

SIN DUDA, en casi 2000 años de vida del cristianismo no ha tenido precedente alguno el cambio tan profundo que se ha observado durante los últimos cinco años en las relaciones entre católicos y protestantes en toda la cristiandad. La desconfianza, el antagonismo y la hostilidad vienen cediendo el puesto a la comprensión, a la buena voluntad y a un espíritu fraternal. Virtualmente todos los sectores de la fe cristiana tratan de establecer una cooperación más estrecha en los problemas cívicos y sociales, así como en el propósito de acercar entre sí a las distintas iglesias.

Si bien ya existían muchas muestras de que había sonado la hora de un acercamiento semejante, probablemente el factor que más contribuyó a hacerlo realidad fue la personalidad, inmensamente cordial, del papa Juan XXIII, así como el hecho de que, en 1961, convocara a un concilio ecuménico ... el primero desde hacía casi un siglo. Los fines del mismo serían la renovación interna, la reforma y la

unidad cristiana. Lo que impresionó vivamente la imaginación de los hombres de todo el mundo fue que el Papa invitase a asistir a dicho concilio a observadores de las iglesias ortodoxa griega y protestante. Tal invitación, que fue aceptada por los representantes de la mayoría de las principales iglesias, demostró cuán sinceramente esperaba el papa Juan salvar el abismo que dividía desde hace tanto tiempo a los que creen en Jesucristo.

Tan trascendental y aun revolucionario es el cambio operado en la actitud de los tres principales sectores de la fe cristiana entre sí, que ha llenado de asombro a la mayoría de los propios cristianos, y llegó a escandalizar a algunos de ellos. En verdad, si un cristiano que hubiera fallecido antes de 1959 volviese hoy a la Tierra y contemplara la revolución que se ha realizado, difícilmente podría dar crédito a sus ojos.

Luminosa esperanza. Con mayor frecuencia cada vez se vienen observando en todo el mundo grandes muestras del espíritu ecuménico. En Bluff Point (Australia), por ejemplo, todos los días, durante la cuaresma pasada, católicos, ortodoxos griegos, anglicanos, metodistas y presbiterianos oraban juntos por la unidad de los cristianos, cuando tocaba la campana de la iglesia anglicana de San Jorge. En Nagur (la India), un círculo dedicado al estudio y compuesto de cristianos católicos, protestantes y ortodoxos, celebró reuniones durante toda una semana con el fin de fomentar el diálogo entre el cristianismo y la religión hindú. Una característica de estas reuniones consistió en leer conjuntamente, con espíritu de contemplación y de oración, diversos pasajes de la Biblia y de los Upanishadas, el libro sagrado hindú. En Madrid, *Ya*, prominente diario católico de España, comentó: "Por primera vez, católicos, protestantes y ortodoxos griegos elevaron juntos sus oraciones pidiendo la unidad de los cristianos".

En Moscú, el patriarca Alexei, jefe supremo de la iglesia ortodoxa rusa, habló en favor de estrechar las relaciones entre el catolicismo y la religión ortodoxa rusa. Tales relaciones, dijo, podrían "llevar a la iniciación de un diálogo entre las iglesias" y con ello contribuir a acelerar la unidad cristiana. En Munich (Alemania), el cardenal Julius Doepfner recomendó insistentemente que los eruditos católicos y protestantes compongan juntos un nuevo texto del Padre Nuestro que sea aceptable para todos los cristianos.

Más significativa aún es la autorización dada por un obispo católico en Escocia para que su grey emplee oficialmente la versión revisada del Nuevo Testamento (de uso corriente en los Estados Unidos), en edición preparada por humanistas protestantes con la inclusión de algunas notas adicionales. Tal cosa armoniza con la propuesta de la revista *America*, editada por los jesuitas, en el sentido de que los

eruditos católicos y protestantes especializados en las Escrituras compongan de común acuerdo una traducción del Nuevo Testamento, que pueda ser usada por todos los cristianos.

Echando raíces. Como dice el obispo Reuben Mueller, presidente del Consejo Nacional de las Iglesias de los Estados Unidos, la unidad cristiana debe echar "raíces en las diversas comunidades. Tales raíces están brotando ya", agrega. "En vez de constituir un sueño de teólogos o un ejercicio ocasional de religiosos distinguidos, el movimiento ecuménico se ha convertido en factor de renovación espiritual en la vida de cualquier comunidad en Estados Unidos".

Por ejemplo, hacia finales de 1963, el arzobispo John Cody inició en Nueva Orleáns la "Operación Entendimiento", consistente en un programa de visitas a templos católicos, protestantes, ortodoxos y hebreos, con el fin de aumentar la buena voluntad y la comprensión entre los fieles de estas religiones. Durante el primer día de los tres destinados al programa, 3400 personas visitaron parroquias católicas; alrededor de 12.000 asistieron el segundo a iglesias protestantes; y el tercero y último, más de 27.000 concurrieron a las seis sinagogas y templos judíos de Nueva Orleáns. Durante cada una de esas visitas, los sacerdotes de la iglesia respectiva explicaban su fe y el culto correspondiente.

La Operación Entendimiento viene repitiéndose en otras muchas ciudades de los Estados Unidos, lo que revela un despertar del interés general por conocer otras creencias. Según cierta eminente autoridad de la fe presbiteriana, quizá en el 30 por ciento de los sermones de las iglesias protestantes de los Estados Unidos se hace referencia a la unidad de los cristianos, "cosa que probablemente no hubiera ocurrido hace cinco años".

Las barreras religiosas han desaparecido realmente de las publicaciones norteamericanas de las diversas iglesias. El teólogo presbiteriano Robert McAfee Brown, de la Universidad de Stanford, en California, escribe todos los meses un artículo para la revista católica, *The Commonweal.* El semanario católico *Ave María* publicó hace poco, como artículo de fondo, un trabajo de Martin Marty, teólogo luterano; y la revista *The Christian Century*, una de las más antiguas publicaciones protestantes de los Estados Unidos, ofrece sus páginas a los teólogos católicos. En una manifestación sin precedentes del espíritu ecuménico, las dos últimas revistas publicaron simultáneamente mi serie de tres artículos sobre la planeación familiar ante la llamada explosión demográfica.

Cooperación amistosa. El espíritu ecuménico florece en todos los niveles de las relaciones entre los norteamericanos católicos y protestantes. En San Francisco (California), por ejemplo, la escuela secundaria del Sagrado Corazón hizo

una colecta para los pobres de una iglesia luterana cercana. El ministro de esta correspondió a tal gesto estableciendo un premio para la alumna más destacada del Sagrado Corazón.

Entre los Caballeros de Colón y los masones viene observándose una creciente y amistosa cooperación. En dos ocasiones recientes, los estudiantes del Seminario de Nuestra Señora del Lago, en Syracuse (Indiana), han donado su sangre al hospital que para niños lisiados sostiene la logia de los *Shriners* en Chicago. El mes de abril pasado, 12 Caballeros de Colón llevaron en sus automóviles hasta Chicago a un grupo de 40 de aquellos donantes.

"Este claro ejemplo de caridad cristiana", comentaba la publicación mensual masónica titulada *Scottish Rite News-Letter*, "habrá de reconfortar el ánimo de todos los masones. Parece evidente, en efecto, que todos somos hermanos de corazón".

Buena voluntad revolucionaria. Lo que tiene mayor importancia es que este nuevo espíritu de inteligencia, amistad y cordialidad, está calando hasta la gran masa del pueblo. "Todos los días", comenta la revista *Time*, "es mayor el número de laicos que participan en un diálogo hasta ahora reservado a los sacerdotes". En una reunión convocada por el Consejo de las Iglesias Protestantes de Sudbury (Massachusetts), el cardenal Richard Cushing habló de las esperanzas de lograr la unidad de los cristianos ante un auditorio que atestaba tanto la iglesia metodista como las naves de una parroquia contigua. Refiriéndose a las multitudes que acuden a escuchar tales charlas, el cardenal observó: "Hasta hoy jamás había ocurrido nada igual".

También los católicos están abriendo sus puertas. En mayo de 1963, el Dr. Jeroslav Pelikan, teólogo luterano, se convirtió en el primer ministro protestante norteamericano que participó en el programa "La hora católica", trasmitido por una cadena nacional de televisión. Le siguieron otros oradores protestantes. Anunciando este cambio en la actitud de los católicos, el Dr. Robert McCracken, pastor de la Iglesia Riverside de Nueva York, dijo a los miembros de su congregación que los católicos están demostrando "una disposición casi revolucionaria a pensar que el protestantismo no tiene nada de cisma herético. Amanece un nuevo día en las relaciones entre católicos y protestantes".

El espíritu ecuménico se ha hecho extensivo a las relaciones entre cristianos y judíos. Uno de los portavoces de la Conferencia Nacional de Cristianos y Judíos de los Estados Unidos comentó recientemente el notable progreso que se observa en esas relaciones. "Antes solía inquietar mucho el hecho de que un sacerdote católico compartiera el mismo púlpito con clérigos protestantes y judíos". Hoy son muchas las diócesis en las que se estimula a los sacerdotes católicos a partici-

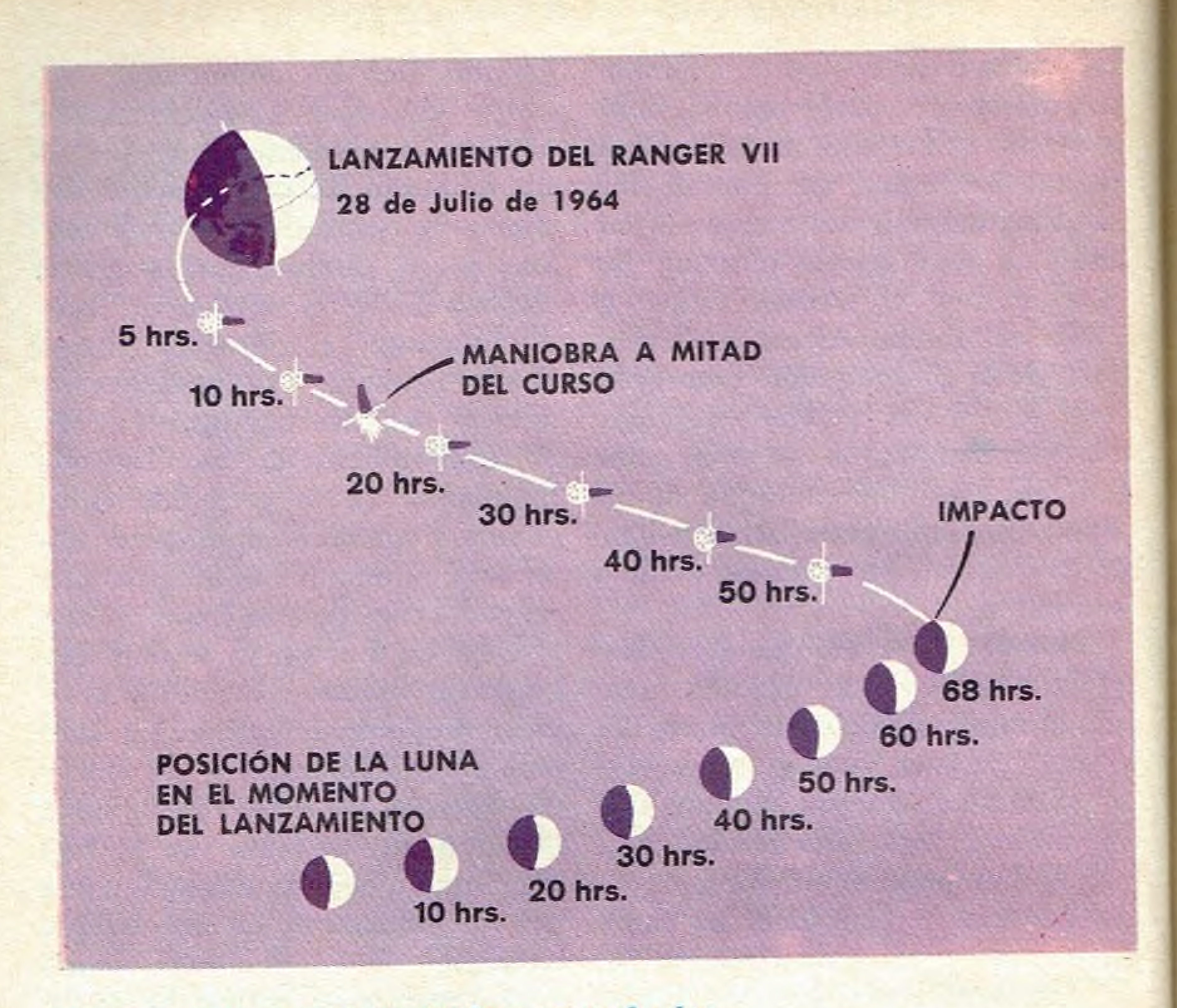
par en actividades entre confesiones diversas, e incluso algunos obispos han hecho uso de la palabra en sus reuniones. En uno de los servicios cuaresmales celebrados en 1963 en una iglesia cristiana de Kansas City, el sermón estuvo a cargo del rabino Alexander Graubart, de la congregación Beth Shalom. En Tulsa (Oklahoma), los católicos brindan un curso de ocho semanas para la enseñanza de la Biblia católica, donde también dan clases clérigos protestantes y rabinos judíos.

Nuevo espíritu. En Camden (Nueva Jersey) se produjo una significativa expresión del nuevo espíritu religioso, cuando monseñor S. J. Adamo, director gerente del periódico *Catholic Star Herald*, manifestó la esperanza de que la Iglesia canonice a personajes no católicos como claro reconocimiento de la vida santificada que han llevado y que llevan muchos no católicos. Como candidata a tal honor, propuso a Ana Frank, la jovencita judía asesinada por los nazis. "Este podría ser un fácil comienzo para alcanzar la unidad y el amor entre todos los pueblos, y el primer paso para acabar con los sentimientos de superioridad que todavía tienen tantos católicos".

Uno de los frutos más notables del espíritu ecuménico se dio en la archidiócesis de St. Louis (Misurí), en junio de 1964. Dom Leonard Jackson, sacerdote católico, y el ministro episcopal Claudius Miller oficiaron conjuntamente en las bodas de Susan Ekberg, perteneciente a la grey episcopal, y Patrick Barker, joven católico, en la iglesia católica de St. Geneviève du Bois. Al preguntar a monseñor Joseph Baker, consejero en cuestiones canónicas del cardenal Joseph Ritter y vicepresidente de la Comisión Ecuménica de la archidiócesis, si el suceso establecía algún precedente, aquél contestó que sí, pero que no podía considerarse como un caso aislado. En Europa ya se han celebrado ceremonias nupciales ecuménicas similares a aquélla. En abril pasado, en Amsterdam, un ministro luterano y un sacerdote jesuita oficiaron en las bodas de la hija del primero con un católico, bodas que se celebraron en un templo luterano.

¿Es realmente posible la verdadera unidad? El realismo cristiano se caracteriza por la esperanza, y en la omnipotencia de Dios radica la mejor esperanza de lograr esa unidad final por medio de la oración humilde y reiterada. Sin embargo, en tanto se alcanza la difícil meta de la unidad doctrinal, todos podemos esforzarnos en conquistar esta otra meta, no menos importante: la unidad de todos los que creen en Dios, a través de una comprensión, buena voluntad, compasión y amor cada vez mayores.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 18



He aquí, paso a paso, segundo a segundo, los puntos culminantes del espléndido e histórico viaje de una astronave, tomados de su cuaderno de bitácora.

A la Luna con el Ranger VII

POR IRA WOLFERT

UNA MANO eléctrica bajó del espacio y tomó la pluma. Era poco después de las 12:50 del martes 28 de julio de 1964, por la tarde. La pluma no cesó de escribir hasta el viernes siguiente, 31 de julio, por la mañana. Entonces, exactamente 49 segundos después de las 9:25 de la mañana, hora del este de los Estados Unidos, se detuvo... de-

jando una frase sin terminar.

De esta forma, en las menudas trascripciones hechas por una pluma impulsada electrónicamente quedó registrado el relato directo del impresionante viaje del Ranger VII a la Luna: quizá la más extraordinaria misión de reconocimiento en la historia. Las 4316 fotografías que las cámaras del Ranger VII tomaron y trasmitieron en los últimos 17 minutos de su vuelo, representan el más grande de los adelantos logrados en el campo de la astronomía lunar en 350 años: desde que, por primera vez, Galileo estudió el firmamento con ayuda de un telescopio. El viaje mismo, según la descripción hecha por aquella pluma, conectada por radio a los 105 instrumentos de observación de la astronave, se habría dicho producto de la fantasía. Incesantemente, durante 68 horas y media, al tiempo que el Ranger VII viajaba, la pluma corrió de uno a otro lado, cubriendo kilómetro tras kilómetro de rollos de papel con una clave en zigzag: un lenguaje de números. Pedí a los científicos del Ranger que me lo tradujeran. He aquí los puntos salientes del cuaderno escrito por esa pluma.

28 de julio, 12:50:07. La cuenta descendente, que se prolonga por siete horas, con sus cientos de miles de detalles, llega a su fin. Siete segundos antes del momento viable para el lanzamiento, el Ranger VII, de una longitud de sólo 2,5 metros y envuelto en una protectora cubierta de acero, es levantado del cabo Kennedy por un vehículo de lanzamiento Atlas-Agena.

Una de las particularidades de los viajes espaciales es que el trayecto exacto nunca se puede determinar hasta que se conoce el segundo mismo del lanzamiento. Sin embargo, ciertas características generales del trayecto se conocen de antemano. Dado que la Luna estará viajando a una velocidad de más de 3000 k.p.h., la nave debe ser disparada no hacia la Luna, sino hacia un punto en que pueda interceptarla.

Otros factores: el Ranger no puede permanecer a la sombra de la Tierra por mucho tiempo. Se enfriaría demasiado. Además, a lo largo de los 384.700 kilómetros del viaje, el Ranger será constantemente atraído por los superpuestos campos de gravedad de ciertos cuerpos celestes, tales como la Tierra, el Sol, la Luna, Venus, Marte y Júpiter. En cierto punto del viaje se verá arrastrado al vórtice de la Luna. Mientras tanto, el efecto de los diversos campos de gravitación sobre la dirección y velocidad de la astronave variará a medida que cambie la distancia a que se encuentre de cada uno de los cuerpos celestes.

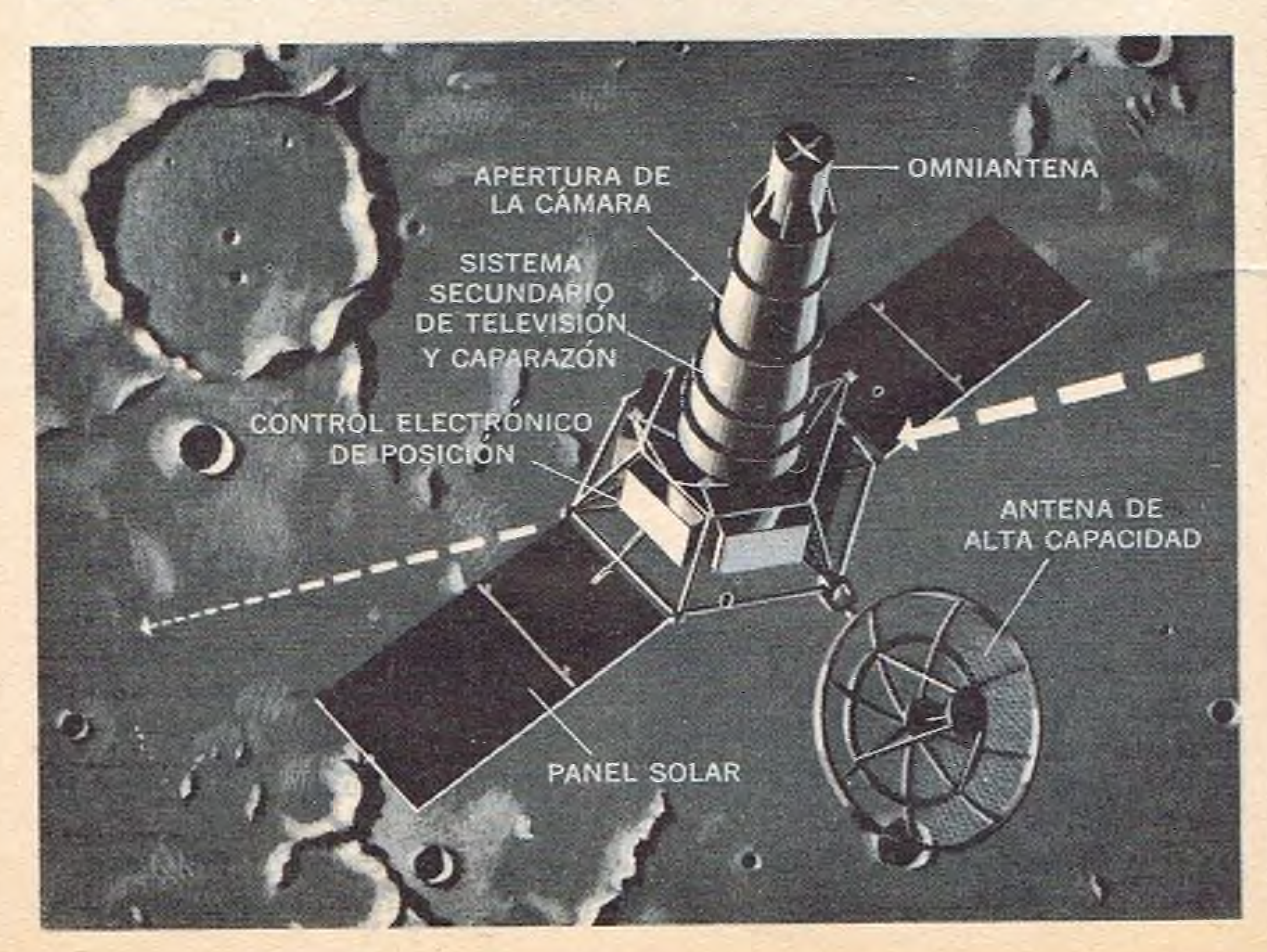
La tarea de calcular todo esto causa vértigo. Pero durante dos meses los técnicos han estado suministrando datos a una serie de gigantescas computadoras. Y ahora también estas han entrado en acción.

12:54:54. El Atlas apaga el último de sus principales motores.

Mientras tanto se han ido encendiendo unos pequeños motores dispuestos en los lados del Atlas, con los que se corrigen las desviaciones de dirección ocasionadas por las turbulencias de la atmósfera. Una computadora acciona desde tierra, lentamente de arriba a abajo y de uno a otro lado, estos motores de dirección, que enderezan el curso del vehículo. Se encuentra ya a 130 kilómetros de altura y a otros tantos del punto de partida y, marchando a una velocidad de unos 21.000 k.p.h., se dirige, a través del Atlántico sur y siguiendo la redondez del orbe, hacia el África.

12:55:12. Hechas todas las correcciones necesarias los motores de dirección se apagan. El Atlas continúa deslizándose.

12:55:17. Un ruido, como de una pistola provista de silenciador, retumba en medio del vehículo de lanzamiento. Una chispa ha hecho estallar un anillo de *primacord*, lo que rompe las conexiones del Atlas con el Agena. Momentos más tarde se produce otra detonación. El Ranger, que vuela ya por encima de las perturbaciones atmosféricas, se está sacudiendo su caparazón protector. La explosión de los pernos aseguradores impulsa al caparazón a una velocidad unos 6,5 kilómetros mayor que la del Agena, y aquél se adelanta a éste lentamente. Al mismo tiempo el Atlas está encendiendo sus cohetes retropropulsores, para disminuir su velo-



cidad y quedarse atrás. Al fin se observa una extraña procesión: el caparazón adelante, luego el Ranger-Agena, seguido por último del Atlas, que marcha unos 36 metros a la zaga. Ya el Agena lanza pequeños chorros de gas, para dirigir más alto su proa: se está preparando a encabezar el desfile.

12:55:58. Del extremo del Agena escapa una lengua de fuego, que en aquel aire casi carente de oxígeno aparece de color verde. El vehículo se adelanta entonces al caparazón. Su velocidad aumenta a unos 28.000 k.p.h. de resultas del impulso recibido durante dos minutos y 36 segundos. Se apaga el motor. Una descarga de nitrógeno, arrojado por tubos situados a ambos lados del vehículo, fija la trayectoria del Agena en un arco que sigue la curvatura de la Tierra. El vehículo es así temporalmente "estacionado" en órbita, en preparación del momento en que ha de dirigirse a la "ventana de lanzamiento": el punto exacto, de unos 15 kilómetros de diámetro y a 185 kilómetros sobre la superficie de la Tierra, a través del cual el Ranger debe salir para lograr alcanzar la Luna.

1:18:32. La "ventana de lanzamiento" ha sido localizada: a 31 grados de longitud este, 20 grados de latitud sur... sobre Selukwe, en Rodesia del Sur. El motor del Agena es puesto en marcha. El vehículo, que ha empezado a seguir la curvatura de la Tierra, se endereza y se lanza hacia la "ventana", como el corredor que hace un esfuerzo supremo hacia la meta. Con esta extraordinaria arremetida final penetra en el espacio exterior.

Unos 50.000 científicos y técnicos han participado en la preparación de este viaje. En este momento todos ellos contienen la respiración. ¿Ha entrado el Agena en el espacio exterior por el lugar adecuado y a la velocidad debida?

La respuesta llega en un acervo de números. Se explica lentamente. *¡Sí! ¡Sí, señor! ¡Sí, señor! ¡Ya lo creo!* La velocidad final era de 39.397,47 k.p.h., dentro de un margen de error de 6,5 k.p.h. con relación al blanco prefijado. ¡El Ranger sigue ya rumbo a la Luna!

1:22:36. Brilla un relámpago. Los pernos que sujetan el Ranger al Agena estallan. Los comprimidos resortes, libres ya de expandirse, empujan y separan al uno del otro. El Agena enciende cohetes retropropulsores, arroja chorros de gas nitrógeno a fin de hacer un rápido viraje, y se aleja hacia el Sol. Unos 32,5 minutos después de haber dejado la Florida, el Ranger queda abandonado a sí mismo, y avanza a través del espacio en un lento desplome.

1:53. Hasta ahora el Ranger ha venido funcionando con su acumulador. Ha llegado el momento de que comience a generar su propia electricidad. Unos detonadores hacen añicos las abrazaderas que mantuvieron los paneles solares plegados contra sus costados. Estos paneles, de un metro y pico de

largo cada uno, se desprenden y se abren como alas.

1:54. El "puente" de este navío es un estuche de magia electrónica, de 4,3 kilos de peso, llamado Computadora y Moduladora Central. De él emana una orden predeterminada. En este punto el Ranger debe dejar de desplomarse y poner proa al Sol. El sistema de control de posición, con una "tripulación" de seis "sensorios", entra inmediatamente en acción. Funcionan éstos como ojos eléctricos. Cuando los cuatro sensorios primarios ven oscuro, se abre una válvula que deja escapar chorros de gas nitrógeno, lo cual modifica la posición de la nave. Cuando los dos sensorios secundarios ven luz, abren su propia válvula. Finalmente todos los sensorios ven lo que deben ver y el aparato está entonces en posición correcta. Esto es necesario si el vehículo ha de utilizar la luz solar para generar energía eléctrica y mantener sus diversos mecanismos a una temperatura conveniente para su funcionamiento, en medio de un frío que la Tierra no ha conocido nunca.

5:50. La fuerza de gravedad de la Tierra ha disminuido la velocidad del Ranger a 20.275 k.p.h. Se encuentra a una distancia de 67.500 kilómetros, posición desde la cual puede ver la Tierra entera con el aspecto de una gigantesca media luna de color pastel, que ocupa todo el "cielo" de la nave. Esta se desliza a través de un mar rebosante de polvo cósmico, partículas blancas, demasiado pequeñas para ser perceptibles pero que pasan a velocidades hasta de 72.400 k.p.h. Salpican los costados de la nave, no haciendo otra cosa que cubrirlos, en un lento trabajo de horas, con una tenue película. Pero estos micrometeoritos, junto con los vientos solares, van afectando poco a poco la trayectoria del Ranger y forzando al control de posición a hacer ligeros ajustes.

Segundo día: 29 de julio. Durante la larga noche de navegación, el personal de la oficina directriz del Ranger ha trabajado activamente. La Luna tiene una superficie aproximadamente tan grande como las de Norte y Sudamérica combinadas. Tras de seguir durante diez horas el curso del aparato, aquellos hombres saben en qué parte de aquella superficie *habrá* de "alunizar" el Ranger. Ahora los científicos resuelven en qué parte *deberá* tocar. Se deciden por cierto mar menor, sin nombre, dentro del mar de las Nubes. Se envía por radio una orden al "puente" del Ranger: "La próxima maniobra será: voltear 5,56 grados en 24 segundos; inclinar la proa 86,8 grados en 392 segundos; poner en marcha su motor auxiliar durante 51 segundos para alterar su velocidad en 29 metros por segundo". El puente repite esta complicada orden, y a continuación la almacena hasta que la señal de Adelante (llamada Orden de Tiempo Real) le sea enviada desde tierra.

6:00:38 a.m. Se trasmite la se-

ñal de Adelante. El puente emite un gruñido (con un pequeño eco recogido por la cinta magnetofónica) para indicar que la señal ha sido recibida. El Ranger comienza a alterar el rumbo. Durante 24 segundos voltea lentamente sobre su eje; después permanece firme durante varios minutos, estabilizándose. Comienza a inclinarse, continúa el movimiento durante 392 segundos, y en seguida permanece firme, estabilizándose.

6:27:09. Una chispa salta por una abertura, estalla un detonador, lo que abre una válvula hacia una cámara en la que hay un globo de material plástico, lleno de combustible *hidrazeno*. Nitrógeno a presión pasa a través de la válvula y oprime el globo; el combustible fluye al interior de una cámara de combustión, y se enciende en llamas. El motor que guía al Ranger ha comenzado a funcionar.

6:27:59. El motor se extingue. Ha ardido precisamente 51 segundos para enfilar al Ranger hacia su exacto destino. De nuevo la nave ajusta su posición: pone proa al Sol y vuelve sus antenas radiofónicas de popa hacia tierra. A las 6:59 se ha completado la maniobra; el crucero de rutina comienza. Ya no habrá otros cambios hasta el impacto.

Sin embargo la velocidad de la nave varía rápidamente. A las diecinueve horas de su lanzamiento ha recorrido 173.800 kilómetros y su velocidad es de 26.070 k.p.h. A las sesenta y cinco horas habrá recorrido 367.000 kilómetros y habrá disminuido su velocidad a 3480 k.p.h. Entonces comenzará a acelerar de nuevo por la atracción de la Luna, hasta aumentar su velocidad a más del doble en el curso de los 9500 kilómetros siguientes. Los campos de gravedad que causan esto son imperceptibles, como también la velocidad es imperceptible a bordo de la nave. Lo que sí se percibe es el asombroso universo.

Los geofísicos calculan que cuando, desde la Tierra, contemplamos el universo a través de la atmósfera, estamos mirando a través del equivalente a unos 10 metros de agua. En el espacio nada hay que enturbie o deforme la visión. El espacio mismo se nos aparecería completamente negro. En él, sin embargo, todo brilla luminosamente. El Ranger resplandece. Las sombras que sus aletas proyectan sobre el casco son como el filo de un cuchillo, y de un negro sin fondo. Se puede ver, por lo menos, el doble de estrellas que jamás puedan observarse desde tierra. La Vía Láctea se antoja una sólida masa de ellas. En el espacio ninguna de las estrellas centellea. Brillan como a través de unos agujeros abiertos en una cortina opaca. El Sol es un disco enorme, deslumbrador, rodeado totalmente de tinieblas.

Puede verse a la noche pasando sobre la Tierra en forma de nube negra; el día finge una nube coloreada en tonos pastel, azules, verdes, pardos, por efecto de océanos,

campos y desiertos. A causa de la forma en que el agua refleja la luz (deslumbradoramente desde cierto ángulo, de ningún modo desde otro), la Tierra, con sus mares y lagos, parece palpitar con repentinos destellos.

Gradualmente, a medida que la distancia aumenta, los colores se borran, y la Tierra se vuelve blanca. Toma entonces el aspecto de un planeta Venus gigantesco, ligeramente cenagoso.

Último día: 31 de julio. Solamente faltan algunas horas para el momento del impacto. El puente recibe de tierra la orden de que se prepare a inclinar al Ranger durante un segundo, a desviarlo luego, también durante un segundo. Si hubiera hombres a bordo, vacilarían. Porque se le dice a la Computadora y Moduladora Central que, antes de emitir aquella orden, ¡debe romper su conexión con el control de posición, con lo que se impedirá que la orden sea oída!

Esto que parece una locura lo inspiró el desastre que le ocurrió al Ranger VI, al fallar sus cámaras durante los últimos minutos de vuelo. En esta ocasión se han provisto tres métodos distintos para poner en marcha las cámaras: 1, mediante un reloj electrónico con que va equipado el vehículo; 2, por radio desde tierra; 3, por medio de la Computadora y Moduladora Central.

El reloj está funcionando bien. A pesar de todo, los técnicos no desean verse privados de la facultad de poner en marcha las cámaras en caso de que el reloj fallase en el último momento. Esto crea un problema. El Ranger ya está colocado exactamente para enfocar sus cámaras sobre el punto donde deberá alunizar. Por ello los ingenieros no quieren que el puente maniobre la nave para nada. Pero si de tierra se trasmite al puente una orden que no incluya maniobras, los circuitos del mismo no funcionarán de modo alguno. ("Esa computadora es muy estúpida", me dijo un ingeniero del proyecto Ranger.) De este modo la solución es ordenar al puente que se desconecte del control de posición y luego indicarle maniobras de tan poca importancia que, aunque se ejecutaran, no afectasen sensiblemente a las cámaras.

8:25:08 a.m. El puente, una vez que se ha desconectado, comienza a dar órdenes de inclinación y desviación, inaudibles ahora para el control de posición. Esta comedia se prolonga por 30 minutos. La posición se mantiene inalterable. Los técnicos en tierra se ríen. Comienzan a percatarse de su asombroso poder, y por primera vez empiezan a confiar en el éxito de su empresa.

9:07:19. El pequeño reloj electrónico empieza a enviar corriente eléctrica a través de las dos cámaras de objetivo gran angular a fin de calentarlas. Ya la Luna se acerca a 9400 k.p.h.; su negra superficie, parecida al coral y un tanto semejante a una esponja de piedra

negra, según se cree, por la forma como absorbe y refleja la luz, tiene una temperatura de unos 120 grados centígrados a la luz del día.

9:08:39. En un "kinescopio", en Goldstone (California), una tenue línea azul aparece en la parte superior de un trozo de película de 35 mm y comienza a correr por ésta hacia abajo. Las cámaras de gran angular que van a bordo del Ranger han empezado a enviar fotografías.

Una cámara *Polaroid* fotografía la movediza línea azul, para que puedan verse las fotos aun antes de que se haya revelado la película de 35 mm. Se sacan de la cámara *Polaroid* y se entregan a un astrónomo. ¿Salieron bien? Más tarde, cuando 200 de las fotos fueron proyectadas en secuencia, como en una tira de película, ante un congreso internacional de astrónomos, estos lanzaron una exclamación, como chiquillos en una función, y prorrumpieron en aplausos.

9:10:48. La Computadora y Moduladora Central del Ranger envía corriente para calentar las cuatro cámaras de objetivo universal.

9:12:08. Las cámaras de objetivo universal comienzan a enviar fotografías, tomadas cada vez desde más cerca.

9:25:49. Silencio ... en la Luna y en la Tierra. El Ranger VII se ha estrellado sin ruido contra la Luna, en un punto situado a menos de diez kilómetros del área de impacto prevista.

La nave pesaba 365 kilos. Cuando alunizó debe haber habido una llamarada producida por el combustible restante, una explosión del tanque de gas nitrógeno a presión, una lluvia de rocas y escombros. Las rocas, por la escasez de fuerza de gravedad que las atrajera hacia abajo, y por la ausencia de rozamiento de la atmósfera, deben haber saltado a grandes distancias, para rebotar y estrellarse luego, una y otra vez, casi indefinidamente. Pero también todo esto sucedió en silencio. No puede haber sonidos en un lugar desprovisto de atmósfera.

De este modo, sin estrépito y sin gritos, terminó la mayor hazaña que el hombre haya llevado a cabo hasta hoy en el espacio. Pasarán meses antes de que los científicos hayan obtenido de las fotos enviadas por el Ranger toda la información que encierran. Es muy posible que el viaje del Ranger haya iniciado descubrimientos de tanta importancia como los de Galileo, que cambiaron el curso de la civilización.



Después de haber asistido a la ejecución de una obra moderna por la Sociedad de Amigos de la Música, en Nueva York, una señora de cierta edad comentó: "No me pareció que eso fuera obra de un amigo de la música".

— Nicolás Slonimsky, en *Etude*

La medicina moderna y el parto natural

Dos partidarios del parto natural hacen algunos descubrimientos sorprendentes de camino a la sala de partos

POR SLOAN WILSON

Condensado de "Harper's Magazine"

EL JOVEN profesor de sociología atacaba con calor e inteligentemente el empleo de medicamentos en los casos de parto. A no pocas mujeres, dijo, las aterroriza tanto ese trance que el cuerpo se les paraliza cuando se inicia el alumbramiento. Luego, saturadas de narcóticos, pasan por el parto sin saber qué ocurre y sin que puedan ayudar gran cosa al médico. Los medicamentos que se hallan en su sangre se introducen en la del niño, y éste nace demasiado aletargado para lactar, y ello aun en el caso de que la madre esté suficientemente despierta para darle el pecho. Mientras la madre se halla bajo el efecto de las drogas, se alimenta al niño con glucosa y así crece después sin que se hayan satisfecho a su debido tiempo sus necesidades orales. Y por eso, explicó mi amigo, tantas personas fuman en exceso, beben demasiado alcohol y necesitan de sedantes y pastillas para dormir.

Todo esto me pareció muy convincente. Después, mientras dormía mi esposa, que estaba encinta, reflexioné sobre las palabras del joven sociólogo.

Yo tenía 43 años de edad y había procreado cuatro hijos en mi matrimonio anterior. Cuando nacieron, nunca había oído hablar del "parto natural". Siempre llevé a mi esposa al hospital, me paseé nerviosamente por los corredores como es de rigor, recibí gozosamente las nuevas del nacimiento y no me preocupé demasiado porque mi es-

posa no hubiera podido criar al pequeñuelo.

Pero ahora, cuando estaba a punto de ser padre una vez más, se discutían en el mundo nuevas teorías, y tenía yo que encontrar la mejor forma de hacer lo que el caso exigiera.

Dicen los libros . . . Al día siguiente compré varios libros sobre el parto natural, que exponían una filosofía entusiasta y espontánea por la que se glorificaba el acto del alumbramiento como uno de los momentos supremos de la vida, y exaltaba la lactancia como una comunión mística entre la madre y el hijo, así como una práctica conveniente para ambos desde el punto de vista médico. Los libros precisaban varios puntos:

• Deberíamos solicitar los servicios de un especialista en obstetricia lo bastante convencido de las teorías acerca del parto natural para que se abstenga de emplear narcóticos, cuando menos mientras no sean absolutamente necesarios, y los de un pediatra partidario de la lactancia.

• Deberíamos tomar un curso de seis semanas sobre el parto natural, y mi esposa debería practicar los ejercicios que se le enseñaran.

• Yo debería permanecer al lado de mi esposa durante las primeras etapas del parto y, si en el hospital lo permitían, en el acto mismo del alumbramiento.

Me pareció extraña la necesidad de tomar un curso sobre el parto natural, pues no comprendía que hiciera falta estudiar para aprender algo que se suponía natural. Pero los otros puntos me parecieron razonables. Sin embargo, no estaba seguro de tener la presencia de ánimo necesaria para permanecer tranquilamente al lado de mi esposa mientras ella se retorcía de dolor, y me aterrorizaba la idea de que pudiera yo desmayarme cuando el niño comenzara a nacer.

No querría discutir tales puntos con el médico en los pasillos del hospital en el momento en que mi esposa sufriera los dolores del parto, así que, después de comentar el asunto con ella, le escribí a aquél una larga carta preguntándole su opinión acerca del parto natural y la lactancia. Respondió invitándonos a su consultorio para conversar.

El médico dijo . . . El tocólogo era un hombre como de mi edad; sin embargo, al entrar en su consultorio, tuve la curiosa impresión de haber sido llamado por el director de la escuela para amonestarme. Sin duda mi situación era algo ridícula: yo, que había leído tres o cuatro libros sobre el parto, pretendía dar instrucciones, o poco menos, a un médico que había hecho una carrera como especialista en obstetricia. Con todo, valía la pena discutir el asunto.

—Pienso que quizá el uso de sedantes y la dificultad que parecen tener muchas mujeres con la lactancia puedan contribuir a la formación de muchos rasgos neuróticos —comencé a decir, tartamudeando un poco.

—Es difícil generalizar acerca del parto —repuso el médico—. Algunas veces resulta muy doloroso y en ocasiones casi no hay dolor alguno. Ciertas mujeres son capaces de relajar el cuerpo y otras no pueden evitar el pánico. Si hay dolor, creo que se deben emplear sedantes. ¿Cree usted que sería muy ventajoso extraer una muela sin administrar novocaína?

—No —respondí, un poco confundido—. Pero no quiero que se administren sedantes a mi esposa antes que los necesite.

—Por mi parte nunca lo hago —replicó el tocólogo suavemente—. Si su esposa puede tener el niño sin dolor, sin que tengamos que recurrir a los sedantes, magnífico. De lo contrario, no quiero que me ate usted de manos.

—Muy bien, pero yo no quiero que alimenten al niño con biberón en la sala de cuna. Deseo que sea amamantado.

—Desde luego, le daremos esa oportunidad al niño —dijo el médico—. Pero muchas de estas cosas tenemos que decidirlas sobre la marcha.

—¿Puedo estar con ella durante el primer período del parto y en el alumbramiento mismo?

—Durante el primer período, sí. Pero tengo que indagar si en el hospital le permitirán permanecer durante el alumbramiento.

—Quisiera dejar eso arreglado con anterioridad.

El médico sonrió.

—No provoque usted una situación en la que uno de ustedes se sentirá desilusionado si no todo resulta de acuerdo con algún plan preconcebido. El parto es cosa complicada y la gente reacciona a él en complicadas formas.

Me miraba atentamente, y de pronto comprendí que él había llegado a la conclusión de que ahora tenía tres pacientes: el niño, la madre y yo, y de que, evidentemente, sería necesario observarme estrechamente.

—¿Qué opina usted del curso sobre parto natural? —le preguntó mi esposa—. ¿Me puede recomendar alguno?

—Sí —repuso. Escribió un nombre y una dirección en una hoja de papel y me la dio—. Creo que esta señora les parecerá muy competente.

Relajación a toda costa. Unos días después asistimos a nuestra primera clase sobre el parto natural. Las otras parejas, casi todas poco mayores de veinte años de edad, parecían ser jóvenes intelectuales. Se me dijo que el parto natural interesa sobre todo a las personas que se consideran excepcionalmente inteligentes y cultas. Hoy es muy general que las mujeres ignorantes de las regiones rurales, donde el parto natural fue durante siglos la única posibilidad a su alcance, soliciten anestésicos cuando van a algún hospital urbano, ya que miran el alivio del dolor que sus madres y abuelas experimentaron, como un beneficio de la vida moderna.

El curso no exigía gran esfuerzo. Nos enseñaron cómo se desarrolla la criatura en el seno materno. Hacían que las estudiantes mujeres se recostaran en el suelo y jadearan al mismo tiempo que se frotaban el vientre. Esto constituía un espectáculo curioso y por momentos chusco, del que no estaba permitido reírse. Los ejercicios de respiración tenían por objeto aliviar la presión en el útero, y con el masaje del vientre se trataba de apartar el pensamiento de las contracciones uterinas y reducir la tensión mental. Se infundía el concepto general de que con el conocimiento del proceso del parto el temor se desvanece y que, así como el jugador de fútbol puede golpearse sin que, al calor del juego, se percate siquiera de ello, una mujer puede, mediante la concentración, olvidar el esfuerzo a que se ve sujeto su organismo.

Se calculó que nuestro hijo nacería el 12 de enero. Conforme se acercaba esa fecha, tanto tratamos de relajarnos que en ocasiones debió parecer que padecíamos alguna forma benigna del mal del sueño. Pero llegó el 12 de enero y trascurrió sin que nada sucediera.

En la madrugada del 22 de enero, mi mujer me despertó y dijo con calma:

—Se me ha roto la bolsa de las aguas.

Gracias al curso sobre el parto natural que habíamos seguido, esto no nos asustó; comúnmente el niño no nace sino 24 horas después de ocurrida tal cosa. Sólo tropecé una vez al dirigirme al teléfono para llamar al médico y me sentí un poco contrariado cuando dijo:

—Tranquilícese, y avíseme cuando comiencen las contracciones.

Contando las horas. El día trascurrió lentamente hasta que, cerca de las seis de la tarde, las contracciones comenzaron en firme. Mi esposa empezó a jadear y a frotarse el vientre, cosas que debían alejar de su ánimo toda idea de dolor, y yo llevé la cuenta de las contracciones, que durante toda la noche cesaban, comenzaban y volvían a cesar. A las siete de la mañana, el médico nos aconsejó que nos trasladáramos al hospital. Nos dijo que se reuniría con nosotros en la sala de partos a las ocho.

Cuando llegamos al hospital, una sonriente auxiliar nos recibió con una silla de ruedas que pareció reducir a mi esposa, súbitamente, a la condición de inválida. Por primera vez asomó a su rostro una expresión de temor. Fue conducida hasta un ascensor y, llegados a la puerta de la sala de partos, se me ordenó permanecer afuera.

Pronto vino el médico y me invitó a pasar a la sala de partos, que era una pequeña habitación con una cama de hospital ordinaria. Había allí dos jóvenes enfermeras, y pude ver que su afabilidad había aliviado en parte el temor de mi esposa. Con todo, ésta se alegró de verme y se asió de mi mano.

Repentinamente, las contracciones comenzaron de nuevo, y nos dijimos el uno al otro que debíamos relajarnos. Me asignaron la tarea de tomar el tiempo de las contracciones, pero observé que también las enfermeras se ocupaban de ello. (Tuvieron la atención de darme algo con que mantenerme ocupado.) De vez en cuando, entraba el médico para escuchar los latidos fetales y examinar el cuello uterino de la paciente. Calculaba que el alumbramiento podría tener lugar a las dos y media. Luego el parto cesó totalmente.

Cuando se reanudó, mi mujer comenzó a jadear y a frotarse el vientre como se le había enseñado, pero en sus ojos se reflejaba un dolor intenso, y se retorcía de pies a cabeza. Yo retenía su mano en la mía y contaba los segundos, aunque ello me parecía insensato. Mi esposa apenas murmuraba.

—No sé cuánto tiempo más podré resistir —dijo al fin.

El médico me hizo una seña y salí en pos de él.

—Las cosas no marchan del todo bien —me dijo—. Su esposa está colaborando, pero sin resultados. A veces las contracciones del útero no son lo bastante fuertes para expulsar a la criatura, y me parece que el niño es mayor de lo que esperábamos.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—Podemos facilitar el parto... Ciertas sustancias químicas hacen que el útero trabaje más intensamente. Aumentará el dolor, pero eso es algo que podemos dominar.

Regresamos a la sala de partos. Para entonces mi esposa sangraba mucho y estaba bañada en sudor.

—No puedo soportar más —me dijo con voz apagada—. Que me anestesien.

Llevaron un aparato para introducir alguna sustancia en las venas de la muñeca de la parturienta. Le aplicaron inyecciones. Su cuerpo se retorcía de dolor más que nunca, y yo comenzaba a sentirme un poco mareado. Vi el reloj. Eran las tres de la tarde. Mi esposa había estado sufriendo los dolores del parto durante más de 24 horas.

—Su esposa está inconsciente —me dijo el médico—. No creo que todavía tenga necesidad de su presencia. Espere afuera.

El final fue sencillo. A las cinco el médico salió y me dijo que tenía yo una hermosa hija que pesaba tres kilos y tres cuartos, y que mi esposa continuaba inconsciente, pero se hallaba perfectamente. Cinco horas después mi mujer, sentada en la cama, amamantaba a la niña por primera vez. Se hallaba todavía bajo los efectos de la anestesia pero sonreía a más y mejor.

Palabras de complacencia. Al día siguiente llegó el médico y habló con nosotros. Habíamos fracasado con el parto natural: había sido necesario recurrir a los medicamentos y al fórceps. En un verdadero estado natural, es muy probable que mi esposa hubiera muerto, junto con la criatura, des-

pués de haber estado retorciéndose de dolor durante otras 40 horas. Probablemente un médico menos hábil habría practicado una cesárea desde el principio o lesionado a la criatura con el fórceps. El mito de que los medicamentos impiden la lactancia pronto se desvaneció; al tercer día, mi esposa tenía leche en abundancia.

Muchos amigos nos preguntaban después qué pensábamos del parto natural. Hoy nos alegramos de haber pasado juntos esas largas horas de dolor anteriores al parto. Cuando las cosas marchan perfectamente bien, es posible que para una mujer joven, fuerte y tranquila, y un padre dueño de sí y desprovisto de neurosis, el momento del parto constituya un gran gozo. Sin embargo, cuando, misteriosamente, las cosas salen mal, los procedimientos modernos para atender al parto no pueden mirarse con desdén.

Nuestra niña vive gracias en gran medida a las fuerzas mismas de la Naturaleza, pero también gracias a la capacidad de un buen médico. En mi opinión, tanto los partidarios del parto natural como los partidarios del parto provocado artificialmente con medicamentos, están equivocados. Toda mujer encinta debe tomar el curso sobre parto natural y tolerar éste hasta donde le sea posible sin recurrir a medicamentos. Si el niño no llega fácilmente, no se puede menos que sentir gratitud por los muchos recursos médicos y los diversos analgésicos que se han logrado en los últimos cincuenta años. En la actualidad, muchos intelectuales del sexo masculino se mofan de los modernos procedimientos empleados en el parto, pero yo he podido comprobar que las mujeres, cualquiera que sea su nivel social, hablan de ellos con complacencia, cuando menos después de haber tenido su primer hijo.

¿Lo quiere usted en rublos?

RAMÓN CASTILLO, de la República Dominicana, se echa algunos rublos en el bolsillo para convencer de que en realidad no desean ser comunistas a muchos que así lo creen.

"Supongamos", dice, "que alguien se me presenta y se lamenta de estar en la miseria. El buen señor culpa al sistema capitalista y asegura que viviría mejor con el comunismo. Yo me muestro apiadado y me llevo la mano al bolsillo en busca de algunas monedas. Le pregunto si las quiere en pesos, en dólares o en rublos.

"Como él me dirá que prefiere la moneda norteamericana, entonces le hago ver que, si así demuestra la confianza que le merecen los rublos soviéticos, no está aún en condiciones de abrazar el comunismo; que piensa con el estómago en vez de pensar con la cabeza. Mi hombre no deja nunca de comprender lo que quiero decir".

— Ted Morello, en el *World-Telegram and The Sun*, de Nueva York



Estuve en una escuela de terrorismo en Cuba

"Poco se sabe acerca de la agresiva intervención del castrocomunismo contra el sistema democrático y la paz interior de las 20 repúblicas iberoamericanas. Por esa razón es tan importante la aventura que corrió este joven compatriota mío. Su relato ha sido confirmado en sus partes esenciales por la Organización de los Estados Americanos, cuyas investigaciones dieron por resultado la expulsión de la Cuba de Castro del sistema interamericano".

— Raúl Leoni, presidente de Venezuela

POR JUAN DE DIOS MARÍN

EN OCTUBRE de 1960 ingresé como estudiante en la primera de las "escuelas de terrorismo" que Fidel Castro estableció en Cuba. El objetivo de éstas consiste en entrenar a jóvenes revolucionarios, procedentes de las 20 repúblicas iberoamericanas, en el sabotaje, la subversión y la guerra de guerrillas. Yo era uno de tres venezolanos que en mi grupo asistíamos al centro de adiestramiento de Tarara, situado en una propiedad costera confiscada

por el Estado, a unos 16 km. al este de La Habana. En la actualidad están funcionando activamente nueve escuelas similares. En ellas unos 1500 alumnos siguen cursos que duran de dos a cuatro meses y cada año se gradúan de cinco a seis mil revolucionarios comunistas.

El superintendente e instructor-jefe de la escuela de Tarara es el general Alberto Bayo, el manco veterano de la guerra civil española, quien adiestró en México a los 80 hombres que componían la guerrilla de Castro antes de su desembarco en Cuba en 1956. Nuestros instructores eran principalmente checos y rusos, auxiliados por cubanos. Vestíamos pantalones de dril azul, comíamos alimentos bastos y trabajábamos 16 horas al día, durante los siete días de la semana. No se nos pagaba nada, pero nos daban cupones que podíamos cambiar por cigarrillos, hojas de afeitar, jabón y otros artículos que escaseaban.

Se nos vigilaba constantemente. Dos muchachos que se habían estado quejando desaparecieron. Después nos enteramos de que los habían fusilado.

Libros de texto para terroristas. En Tarara nuestro libro de texto más importante era *Ciento cincuenta puntos que debe saber una guerrilla*, escrito por el mismo general Bayo. A base de diagramas y cuidadosas descripciones el manual de Bayo enseñaba cómo fabricar diversas clases de bombas incendiarias o de tiempo, trampas explosivas, minas, bazucas y "torpedos bangalore". Aprendimos a construir todo esto en las condiciones propias de una campaña, y en los más de los casos con materiales corrientes fáciles de conseguir. Construíamos bombas con tallos de caña de azúcar, bombas que parecían naranjas. Las mechas las hacíamos con cajas de fósforos, los conmutadores eléctricos con pinzas de tendedero y ratoneras de resorte. Se nos enseñó a robar dinamita y mecha explosiva para los casos de sabotaje de mayor importancia. Aprendimos las técnicas especiales para dinamitar puentes, líneas eléctricas, oleoductos, comisarías de policía e inclusive el edificio de un congreso nacional. Yo como venezolano leí este capítulo con gran interés, pues recordaba que el 4 de agosto de 1959 una muchedumbre, dirigida por los rojos, trató de destruir el Capitolio de Caracas.

Para cortar las comunicaciones se nos enseñó a tirar un ancla de barco, provista de seis garfios y atada al extremo de una cuerda, sobre las líneas de teléfonos o telégrafos y después alejarnos en un camión al que iría atado el otro extremo de la cuerda. Aprendimos a montar faros de automóvil accionados por baterías sobre un caballete, que se coloca en una curva de algún camino carretero, y encendiendo los faros al momento en que se aproxima un automóvil enemigo, hacer que el conductor, deslumbrado, se desvíe y se estrelle.

El general Bayo ponía especial

énfasis en la guerra de guerrillas y en la táctica terrorista en las ciudades. Se nos enseñaba cómo había que provocar una huelga, cómo incitar a una multitud callejera al clamar a gritos contra la "brutalidad policiaca". Estudiábamos esquemas que indicaban la forma de dirigir a una turba, como si se tratase de una unidad militar táctica. Se nos daban ejemplos, tomados de motines ocurridos realmente, como el famoso "bogotazo" de 1948, que fue organizado por los comunistas. Como resultado de esa orgía de asesinatos, incendios y anarquía habida en Bogotá, que duró tres días, el centro de la capital de Colombia quedó convertido en ruinas: 128 edificios fueron destruidos y murieron 4000 personas. En un tris estuvo que no se produjera un golpe de Estado comunista.

Después de dos meses de duros trabajos físicos en la escuela de Tarara, se me destinó a estudiar en una escuela superior en Minas del Frío, cerca del viejo cuartel general de las guerrillas de Castro en la Sierra Maestra. La escuela, dirigida por el general español Enrique Líster, proporciona entrenamiento de campaña en el uso de armamento pesado, tanques, cañones antiaéreos y otras armas. También enseña las formas del chantaje político, la manera de robar bancos, asaltar a los pagadores, sabotear industrias, destruir los recursos naturales, fomentar huelgas, asesinar policías; en resumen, cómo provocar la caída de un gobierno.

Yo debía recibir un adiestramiento de este tipo durante cuatro meses, para prepararme a dirigir una unidad de combate táctico, dentro del grupo de terroristas venezolanos llamado Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN). Castro quería apoderarse de Venezuela y aprovechar sus enormes recursos en hierro y en petróleo para la dominación comunista de las demás repúblicas americanas.

Situación peligrosa. Durante un breve período de descanso que pasé en La Habana, antes de ir a la segunda escuela, tuve algún tiempo para reflexionar. Estaba muy claro que mi situación era extraordinariamente peligrosa. Muchos de los demás alumnos eran ideológicamente comunistas. La mayoría de ellos habían sido miembros de los "grupos de estudio" o de las "sociedades de amigos" establecidas entre dos naciones y que los comunistas controlan en los países de Iberoamérica. Otros habían sido miembros de células marxistas en los gobiernos, universidades, sindicatos, ligas campesinas, asociaciones de maestros, o en la prensa, la radio o la televisión. Casi todos demostraban ser leales primordialmente a la Rusia soviética.

En cuanto a mí la cosa era muy diferente: yo no era comunista y antes de llegar a Cuba no sabía nada de esa doctrina. Pero como muchos otros venezolanos, reconocía que los comunistas habían sido enemigos declarados de los dicta-

dores que gobernaron a mi país hasta 1958 y, como muchos estudiantes universitarios, los admiraba francamente. En Tarara, sin embargo, lo único que tenía yo en común con los demás estudiantes era que yo también era "un resentido".

Tenía 24 años, mi mujer me había abandonado (y por sobra de razones), y tanto mi familia como la suya estaban contra mí. Trabajaba yo como químico ayudante en una fábrica de jabones; estaba bien pagado pero me aburría. De Cuba llegaban noticias de que allí se operaba una sensacional trasformación, y cediendo a un impulso escribí a un amigo venezolano que vivía allá, para preguntarle qué probabilidades de trabajar había en la isla.

Me llegó su contestación inmediatamente. Me enviaba una tarjeta de presentación para el director de una sociedad de amistad cubano-venezolana. Éste me aseguró que me conseguiría un puesto de técnico en Cuba, me entregó un billete de la Cubana de Aviación y me aconsejó que partiera sin dar explicaciones ni despedirme de nadie.

En Cuba mi guía me llevó en seguida a la hostería Rosita, donde se alojaban unas 200 personas más, procedentes de diversos países. Al cabo de unos días comprendí perfectamente que no había disponible ningún puesto de técnico. Se me arregló entonces una "beca especial" y con otras 15 personas de las que se hospedaban en la hostería, salí pronto rumbo a Tarara.

Un muro manchado de sangre. Durante los dos meses que duró nuestra estancia en Tarara, oímos rumores de las brutales represalias de Castro contra sus opositores o los sospechosos de serlo. Durante el tiempo que estuve en La Habana, antes de ir a la segunda escuela, pude ver por mí mismo que el miedo y la miseria imperaban en la ciudad. ¿Sería posible que colaborase yo con los hombres que habían convertido a Cuba en un Estado policiaco, para que hicieran lo mismo de Venezuela? ¡Jamás! ¿Pero, cómo escapar? A la más leve insinuación de malestar en aquel punto, me liquidarían. Esta fue la suerte que cupo por lo menos a otros seis de mis compatriotas, cuyos nombres ya ha dado a conocer el gobierno de Venezuela.

Mi única esperanza residía en terminar el curso de cuatro meses en Minas del Frío, y después volver en secreto a Venezuela con el título de oficial de las FALN. Ya encontraría el modo de emplear contra los comunistas todo lo que había aprendido en las "academias del Dr. Castro".

Una de las primeras cosas que hicimos en Minas, fue llenar un largo cuestionario tocante a prominentes personajes de nuestro país. ¿Era jugador el senador A, tenía alguna amante, bebía demasiado, contraía grandes deudas? ¿Qué rumores habíamos oído sobre los vicios del juez B o del comandante de Policía C? ¿Era cierto que el líder sindicalista D o el periodista

F practicaba el chantaje o se dejaba sobornar? Las respuestas de los estudiantes eran cotejadas en alguna parte y se trazaba un plan a fin de aplicar el chantaje a las víctimas y obligarlas a acatar los designios comunistas.

En Minas éramos unas 1000 personas, la mayoría procedentes de Venezuela y Colombia. Como se contaba con que yo operase a su tiempo en las montañas del norte de Venezuela, recibí un adiestramiento especial en montañismo, el que se me dio en pico Turquino, la montaña más alta de Cuba. Después se me incorporó a un grupo al que estaban preparando para asesinar al entonces presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt. Ya se había intentado asesinarlo el 24 de julio de 1960; Betancourt había resultado gravemente herido y muerto su primer ayudante.

Al saber la existencia de este nuevo complot me estremecí de miedo; no podía pensar en otra cosa. Después de varios días de cautelosa preparación conseguí hacer saber la existencia de este proyecto al cónsul venezolano en La Habana, pero al dar tal paso desperté sospechas. Se me hizo objeto de estrecha vigilancia. Una noche, mientras revolvía el escritorio de la oficina del general Líster en busca de mayores detalles, me sorprendieron *in fraganti*, me dieron una paliza y me metieron en una celda a puntapiés.

Los cinco meses siguientes fueron un infierno. Se me llevó de una prisión a otra, y así recorrí una docena de cárceles. En algunas permanecía incomunicado, en otras se me rodeaba de probables soplones. Era interrogado constantemente y se me aplicaba una técnica muy socorrida: ya era injuriado soezmente por unos, ya tratado amablemente por otros. Me golpeaban brutalmente, me privaban de todo alimento, y al fin me encerraron en una celda a vapor. En una de las cárceles pude observar a 30 estudiantes procedentes de Colombia, Ecuador y Perú, que iban a ser fusilados por haberse negado a proceder como agentes de Castro en contra de su patria. Estaba seguro de que este sería mi destino final. Nadie de mi familia sabía nada de mí; mi única esperanza estribaba en que el consulado de Venezuela tomara cartas en el asunto.

El fracaso de bahía de Cochinos vino a aumentar mis amarguras, pues mis verdugos estaban seguros de que yo sabía algo acerca de ello. Para hacerme hablar me colocaron frente al muro de ejecuciones de la cárcel, que todavía estaba salpicado con la sangre fresca de las docenas de desdichados a quienes habían fusilado tras el intento de invasión. Me vi delante de seis cañones de fusil. Durante largos segundos después de la descarga, estuve demasiado aturdido para darme cuenta de que los soldados habían disparado sus rifles, pero sin balas. Se me necesitaba para continuar el interrogatorio.

Cómo me escapé de Cuba. Para ganar tiempo empecé a fingir

que sufría de ataques epilépticos. Afortunadamente el plan tuvo éxito y se me envió al hospital de la prisión. En ella encontré a un guardia que estuvo dispuesto a telefonear en mi nombre al consulado venezolano. Después de media hora y muchas discusiones, la cónsul, Josefina Hache, y el encargado de negocios, Francisco Quijada, obtuvieron permiso para visitarme.

Su valor y persistencia me salvaron la vida. Después de muchas demoras, lograron canjearme por un cubano preso en Venezuela y me consiguieron sitio en un avión de la KLM que salía hacia Caracas. Incluso entonces mi salvación no era cosa segura. Yo llevaba en la memoria demasiados detalles de la campaña cubana contra Venezuela. Dos personas, a quienes reconocí como agentes secretos cubanos, tomaron el mismo avión.

Durante el vuelo, me dirigí a la cabina y convencí al piloto para que se comunicara con la torre del aeropuerto de Caracas y solicitase que se me diera protección. Cuando aterrizamos, di un suspiro de alivio: la policía secreta venezolana rodeaba el avión para conseguir que no me ocurriese nada y que pudiera contarles lo que sabía.

En Venezuela, ingresé en la policía secreta y desde entonces he utilizado lo que aprendí en las escuelas de terrorismo para ayudar a reprimir la amenaza terrorista que se hacía más grave a medida que se aproximaban las elecciones de diciembre de 1963. Un mes antes de las elecciones, la policía descubrió el envío de tres toneladas de armas castristas y se apropió de un plan preparado por las FALN para la ejecución de otro "bogotazo" en Caracas. Este plan incluía mapas y señalaba los objetivos principales: centros militares, el Ministerio de Defensa, y centrales telefónicas. Mostraba la distribución y empleo de las fuerzas y enumeraba los armamentos que se utilizarían para el ataque. Tomando como base estos documentos, así como la larga serie de asesinatos, secuestros y explosiones, obra de las FALN, el día 25 de julio de 1964 la Organización de los Estados Americanos aprobó la imposición de sanciones contra Cuba.

Las elecciones nacionales de Venezuela constituyeron uno de los acontecimientos más dramáticos e importantes en la historia de este país. Casi todos los votantes registrados (cerca de tres millones de personas en total) desafiaron a los terroristas y sus amenazas de bombardear y ametrallar las colas de votantes, y votaron. Este voto, al hacer posible que, por primera vez en Venezuela, un gobierno democráticamente elegido fuese sucedido pacíficamente por otro elegido de la misma manera, determinó la derrota más decisiva sufrida hasta entonces por el comunismo en este continente.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 18

Lo que debe saberse sobre los nuevos dispositivos y utensilios eléctricos sin cordón

Aparatos que funcionan "por sí solos"

Condensado de "Changing Times, The Kiplinger Magazine"

PRONTO se difundirán por todas partes los aparatos eléctricos sin cordón. Esta innovación ha sido posible merced a la fabricación de acumuladores pequeños y poderosos que funcionan como los de los automóviles. Ya hay taladros, cortadoras de setos, televisores, máquinas de escribir, cepillos de dientes y batidoras de cocina que funcionan eléctricamente pero sin cordón. La lista aumenta rápidamente y llegará el día en que abarcará casi todos los utensilios y dispositivos en que el cordón de enchufe es un estorbo.

En los acumuladores comunes se emplean cinc o plomo y ácido sulfúrico, pero en los nuevos el cátodo (o electrodo positivo) es de óxido de níquel o de plata y el ánodo (o electrodo negativo) es de cadmio. El electrólito, o sustancia que conduce la electricidad, es hidróxido de potasio. En la actualidad, la batería más conocida es la de cadmio y níquel, pero las de cadmio y plata, más costosas, contienen mayor energía en relación con su tamaño y son preferibles para ciertos usos; se han utilizado baterías de cadmio y plata en muchos satélites, así como en herramientas para tareas pesadas.

El bajo voltaje de las herramientas sin cordón (5 a 12 voltios) hace que su manejo sea más seguro que el de los aparatos alimentados por la corriente eléctrica doméstica (115-120 voltios). Se puede usar un

taladro eléctrico de aquellos estando con los pies metidos en el agua... lo que sería extremadamente peligroso con los taladros eléctricos comunes.

¿Cómo es posible que un motor eléctrico funcione con 5 a 12 voltios tan bien como con la corriente de 115 a 120 voltios? El fabricante de cierto taladro eléctrico sin cordón resolvió el problema dotando la herramienta con un motor nuevo de baja resistencia y cojinetes, y reduciendo luego la velocidad de la fresa, que es de 2000 revoluciones por minuto en el taladro normal, a 800. El resultado es que el modelo de taladro sin cordón tiene una capacidad semejante a la del común, si bien funciona más lentamente. Como la mayoría de los trabajos que se hacen con el taladro son breves, la pérdida de velocidad no es, en términos generales, un inconveniente.

Los acumuladores de los aparatos sin cordón no se necesitan llenar de nuevo, puesto que no consumen líquido, pero se deben volver a cargar de tiempo en tiempo. Tratándose de dispositivos pequeños que contienen pilas y cargador, basta con conectarlos a un enchufe eléctrico, mientras que, por lo general, los de mayor tamaño tienen cargador separado y entonces se conecta con él el aparato mismo o la pila movible.

Muchas de esas pilas requieren un período de recarga de 14 a 16 horas para funcionar a toda potencia. Esto no ofrece dificultad alguna en el caso de cepillos de dientes, máquinas de afeitar y batidoras, artefactos que sólo se usan una o dos veces al día durante pocos minutos y pueden guardarse en posición de recarga. Sin embargo, cuando se trata de aparatos que se utilizan por períodos diversos, quizá sea necesario fijar el tiempo en que se deban cargar. La lamparilla de un proyector de cine sin cordón funciona diez minutos, o sea el tiempo necesario para pasar dos rollos de 15 metros de película antes de que haya que cargarla de nuevo. Una cortadora para setos sin cordón puede cortar hasta 120 metros cuadrados sin recarga. Esta herramienta tiene un cargador con capacidad para dos acumuladores, de modo que es posible duplicar la duración de su funcionamiento si se cuenta con una pila de repuesto. Una vez concluida la tarea del día se cargan ambas pilas durante la noche.

¿Cuántas veces se puede utilizar y volver a cargar el acumulador de cadmio y níquel? Los fabricantes afirman que, si no se descarga completamente cada vez, una pila debe durar indefinidamente; la mayoría de ellas tienen una duración garantizada de uno, dos y hasta cinco años.

Puesto que estos nuevos aparatos empiezan a aparecer en las tiendas, conviene tener presente sus ventajas y sus inconvenientes.

Como los aparatos sin cordón llevan pilas, son por lo común más pesados que los corrientes; además, son más caros, sobre todo por el

costo de las pilas y el cargador. Su menor potencia puede no ser una desventaja, pero es algo que se debe tomar en consideración: las pilas se gastan y es preciso saber cuál es el máximo de tiempo que se querrá usar un aparato sin que sea necesario tener que volver a cargar aquéllas, y compararlo con el lapso aprovechable entre carga y carga.

Frente a los posibles inconvenientes existe la enorme ventaja de lo portátiles y seguros que son tales aparatos. Se puede llevar el televisor a un paseo campestre, o el taladro eléctrico a bordo de una barca. A semejanza de muchos otros utensilios que antes se consideraban de lujo, los aparatos eléctricos sin cordón serán algún día artefactos indispensables.



Mención honorífica. La mayoría aspiramos a que se nos reconozca individualmente por nosotros mismos. Pero en el curso de la vida con demasiada frecuencia se nos designa como "el hijo de Juan", luego "el marido de Sara" y después "el papá de Juanito". Con todo, el golpe más rudo que a este respecto he recibido me lo propinaron el otro día en el consultorio del veterinario, cuando fui a pagarle por haber atendido a nuestro perro. Al dar mi nombre, la secretaria exclamó: "Ah, sí . . . El dueño de Rey". —A. B. C.



Correo-dramas

Un empleado de correos ayudaba a una señora de edad a llenar un formulario, pues la dama se iba de vacaciones para varios meses y quería que le reexpidieran la correspondencia. Todo fue muy bien hasta llegar al cuadro en que se indicaba la clase de correspondencia que se le debía reexpedir.

La señora pensaba en ello mientras el empleado esperaba y crecía la fila de personas que aguardaban impacientes ante la ventanilla. Al fin resolvió: "Mándeme todo lo que parezca tener interés". —K. K.

Habíamos invitado a unos amigos de otra población a visitarnos en nuestra finca de recreo en las montañas, cercana a una aldea cuyo administrador de correos es al mismo tiempo propietario de la única tienda de víveres. A éste le escribimos pidiéndole que el viernes nos llevara a la cabaña tales y cuales comestibles.

Cuando llegamos, nada nos habían enviado, así que fuimos al pueblo a reclamarle al tendero-administrador de correos. "Cuando lean ustedes la tarjeta postal que hallarán en el buzón", nos explicó, "verán que sus invitados no vienen, así que no necesitarán tantos víveres". —R. G.

Dos años después de la muerte de Marilyn Monroe, sus admiradores aún se preguntan qué fue lo que la llevó a quitarse la vida. He aquí un penetrante estudio de las fatales influencias contra las cuales tuvo que luchar desde su niñez.

POR CLARE BOOTHE LUCE

Condensado de "Life"



Lo que en verdad mató a Marilyn Monroe

LA NOTICIA del suicidio de Marilyn Monroe, en agosto de 1962, apareció en la primera página de todos los diarios del mundo entero. Editorialistas, críticos, colegas, amigos y enemigos de la artista parecían hallarse obsesionados por el enigma: ¿por qué esta mujer, poseedora de tanta belleza, fama y fortuna, había odiado o temido la vida hasta el punto de no poder seguir afrontándola?

¿Quién o qué había sido su verdugo? Sobre este punto las opiniones diferían, aunque las más señalaban a uno en particular: Hollywood. Pero la fácil aceptación de tal punto de vista ha oscurecido el sentido y la moraleja que pudieran encerrar la vida y

la muerte de la artista. Hollywood le valió fama, fortuna, adulación, dos maridos célebres y respetados (Joe DiMaggio, popular jugador de béisbol, y Arthur Miller, destacado dramaturgo), así como el auxilio, por tardío que haya sido, de competentes siquiatras. De haberle faltado todo esto, es posible que Marilyn se hubiera dado muerte 10 años antes. En verdad, la fama le proporcionó una continua estabilidad emocional en la única forma que Marilyn haya conocido jamás o que tal vez fuera ella capaz de apreciar.

Marilyn creía firmemente que su extraordinaria facultad de proyectar su atractivo sexual era su don más valioso. La desesperación que la embargó al fin, cuando echó mano de una postrera y letal dosis de barbitúricos, asemejóse quizá a la del pintor que descubre que está perdiendo la vista. La adoración que la turba le mostraba a causa de su pura sensualidad ya no podría durar sino unos cuantos años más. Marilyn tenía ya 36, y su espejo había comenzado a advertirla de ello.

Conferencia capital con el espejo. La chica que entra en la adolescencia celebra secretas, intensas, a menudo prolongadas entrevistas con el espejo. Estas constituyen la muy legítima preocupación de una jovencita por su porvenir como esposa y madre. A temprana edad se da cuenta de que el varón siente una natural preferencia por las mujeres jóvenes y hermosas. En la medida en que una mujer madure su carácter y se torne más estable emocionalmente, menos recurrirá al espejo en busca de confianza en sí misma y de la conciencia de su propia y verdadera personalidad.

Con todo, para una estrella del cine que se ve adorada a causa de sus encantos físicos, la narcisista consulta con el espejo se convierte en una necesidad profesional constante y cada día más imperiosa. Sus cotidianas entrevistas con el cristal, que con frecuencia se prolongan durante horas, por satisfactorias y tranquilizadoras que hayan sido en un principio, llegan a constituir conferencias capitales con su irreconciliable enemigo: el tiempo.

Después de que Marilyn pasó de los 30, sus consultas con el espejo, en su camarín de los estudios, le habrán sido más y más dolorosas. La creciente hostilidad y la actitud agresiva que había manifestado en los últimos años de su vida; su incesante cambiar de ropas y su interminable acicalarse en el camarín; los vómitos que la acometían justamente antes de que las cámaras empezaran a filmar: todo esto bien pudo haber sido anuncio del terror que le acarrearía esa hora en que le faltarían la adoración de los hombres y la admiración de las mujeres. Cuando así fuera, ¿qué le quedaría de valor? ¿Quién era Marilyn Monroe sino esa encantadora chica de la pantalla, esa deliciosa criatura que veía en el espejo?

Huérfana sin origen. "Tengo la sensación de que todo esto le pasa a alguien que estuviera a mi lado", dijo Marilyn en uno de sus momentos de triunfo. "Me hallo muy cerca... lo comprendo, lo percibo... pero no se trata de mi verdadero yo".

Marilyn sabía muy bien quién era su "verdadero yo". Era esta, sin embargo, una confesión que ella no se quería hacer. En efecto, aquel "verdadero yo" de la artista era una de las niñas más amedrentadas y más tristes que jamás hayan venido al mundo: Norma Jeane Mortenson.

A la cabecera de su cuna congregóse una espantosa colección de hadas malignas: la locura, la infidelidad conyugal, la ilegitimidad de su nacimiento, la ignorancia y la miseria. Su madre, la señora Gladys Baker, era una bonita muchacha de 24 años, pelirroja, que trabajaba en Hollywood como compaginadora de películas y cuyo esposo la había abandonado, llevándose consigo a sus dos pequeños hijos. El padre de Marilyn fue un panadero ambulante. Al nacer la niña fruto de esta informal unión, el día 1o. de junio de 1926, en Los Ángeles (la bautizaron Norma Jeane Mortenson), el padre no se encontraba presente: había desaparecido desde que supo que Gladys Baker estaba encinta.

Pasados los primeros años de vida de la niña, su madre comenzó a dar muestras de violento trastorno mental y hubo de ser internada en un sanatorio. Durante los cuatro o cinco años siguientes, la Agencia Benéfica del Distrito confió el cuidado de Norma Jeane a una serie de tutores a cambio de una asignación mensual de 20 dólares. Durante algún tiempo estuvo recluida también en un orfanato, donde se ganaba unas monedas por fregar los platos y asear los retretes. La Cenicienta del cuento de hadas, obligada a barrer las cenizas del hogar, llevaba una existencia normal, recogida y dichosa, en comparación con la que hizo aquella huerfanita sin origen de la ciudad de Los Ángeles.

"En todo momento me sentía insegura y me consideraba a mí misma como un estorbo", declaró Marilyn en alguna ocasión, "pero sobre todo me sentía asustada".

A la edad de siete u ocho años, en uno de los hogares adoptivos por que pasó, un hombre ya viejo, el huésped preferido de la casa, sedujo a Norma Jeane, a quien dio una moneda de poca monta "a condición de que no lo acusara". Cuando ella lo acusó, la mujer encargada de criarla la castigó con severidad por decir mentiras de aquel "excelente hombre". Bien pudiera ser que las confusas y morbosas correlaciones que la chica estableció durante toda su vida entre la sexualidad, el dinero y un sentimiento de culpa, hayan tenido su origen, en parte al menos, en aquel repugnante suceso. Después dio en tartamudear, defecto que la acompañó durante toda su vida.

Para guarecerse del frío. En la adolescencia, Norma Jeane descubrió, con enorme alborozo, su único don deslumbrador: su exuberante facultad, vital, casi atómica, para proyectar su propia sexualidad. "Mi llegada a la escuela provocaba los comentarios de todos", contaba. "Los chicos empezaban a gritar y gemir".

Norma Jeane contrajo matrimonio en 1942, cuando tenía 16 años apenas. Pero ella y su esposo se separaron en 1944, al parecer sin pesar alguno. Como jamás había conocido el amor, la joven era sin duda incapaz de dar lo que por su parte no había experimentado. Años después, en el primer año de su vida conyugal al lado de Arthur Miller, Marilyn decía: "Por primera vez, verdaderamente por primera vez, siento que ya no estoy sola. Por primera vez experimento la sensación de hallarme amparada. Se diría que al fin me he guarecido del frío..."

Norma Jeane había tratado siempre de guarecerse del frío. Desdeñando el matrimonio, desconfiando profundamente de hombres y mujeres y, a pesar de ello, ansiosa de admiración, de afecto y comprensión, buscaba el "amor" en una concupiscencia que debió ser de una intensidad febril. De hecho, cuando llegó a hacerse mujer, fue necesario un milagro para salvarla de una existencia de franca o encubierta prostitución. El milagro se realizó bajo el nombre de Hollywood.

La rubia de rostro angelical. En 1945, Norma Jeane encontró empleo como modelo de fotógrafos, se tiñó el cabello de un rubio dorado e hizo un papel insignificante en una película de la 20th Century-Fox. Más adelante, cuando tenía 22 años, y tras de haber adoptado el nombre de Marilyn Monroe, obtuvo el papel principal en una mediocre película titulada *Ladies of the Chorus*, que se filmó en 11 días. Las revistas de cine hablaron de "un idilio" con un director musical. El fin de estos amores, sin embargo, puso de manifiesto que Marilyn flirteaba ya con otro galán: la muerte; llevó a cabo el primero de varios intentos de suicidio. Verse rechazada en su persona física no podía menos que precipitar e intensificar los sentimientos de ser indigna y despreciada que su infancia miserable había inculcado en ella.

En el cine se le presentó una magnífica oportunidad cuando Arthur Hornblow, hijo, y John Huston seleccionaban a la actriz que debía hacer un modesto papel en la película *The Asphalt Jungle*, papel que requería una muchacha rubia con cara de ángel y un cuerpo perversamente ondulante. Se le hizo a Marilyn la prueba.

"En seguida que la vimos comprendimos que era la chica que buscábamos", dice Hornblow. Hollywood andaba a la busca de esa facultad que, a la vez que tocara las fibras del corazón despertando ternura, acelerara el pulso y exci-

tara los sentidos. Era un timbre de inocente depravación que sólo puede darse en un "delincuente juvenil" del sexo femenino. Marilyn poseía esta faultad, y Hollywood no hizo sino caer en la cuenta de ello.

Mas lo que la hizo realmente famosa fue una fotografía de calendario en que Marilyn aparecía desnuda y para la cual había servido gozosamente de modelo. El público se dio cuenta de que Marilyn era la chica que ilustraba el calendario, justamente cuando estaba a punto de estrenarse su película *Clash by Night*. Los administradores de la empresa Fox se enfurecieron y aun amenazaron con rescindir el contrato que tenían firmado con la muchacha. Al hallarse una vez más ante la vieja situación en que podía verse rechazada y castigada por una falta relacionada con el aspecto sexual, Marilyn habló de nuevo de suicidarse. Esta vez, sin embargo, la "rugiente multitud" vino a salvarla. El público clamaba por verla en otras películas. Fueron, pues, ella misma y el público, y no Hollywood, quienes la iniciaron en su carrera como Diosa del Amor y la pusieron en camino de disfrutar durante varios años de la condición de estrella.

La más desesperada de las mujeres. Un año y medio después del suicidio de Marilyn Monroe, el enigma de la culpabilidad de su muerte ha sido desenterrado por su tercer marido, el eminente dramaturgo Arthur Miller. Éste, en su autodefensivo y autobiográfico drama *Después de la Caída*, que fue estrenado en enero del año pasado en Nueva York, sostiene que Marilyn provocó su propia destrucción al insistir en considerarse como víctima absolutamente impotente de sus padres, de sus amantes y sus maridos, de su profesión y de sus amigos: una víctima que, en opinión de ella misma, sólo podría ser "salvada" por un "amor ilimitado". Uno de los temas de la obra teatral de Miller es que, si bien todo ser humano es el guarda de su hermano, ningún hombre está en condiciones de dar un "amor sin límites", ni aun a la más hermosa y más desesperada de las mujeres.

No hay razón alguna para poner en duda la validez de la justificación que Miller hace de sí mismo por la tragedia de esta mujer a quien, durante cuatro agitados años, trató sinceramente de darle parte bastante de su corazón y de su espíritu para hacer que cualquier mujer normal se sintiese "amparada". Desde luego, Marilyn no era una mujer normal que hubiese madurado. Seguía siendo una niña huérfana: la niña que ansiaba hallar un hogar permanente donde los "mayores" le brindaran siempre, en forma incondicional, abrigo y ternura; que se los brindara, en este caso, Arthur Miller. El dramaturgo la alentó a buscar el consejo de los siquiatras y a que reforzase la propia estimación cul-

tivando las dotes de actriz que creyera poseer.

Miller ha determinado atinadamente algunas de las causas que provocaron los tres divorcios de Marilyn, sus muchas desavenencias con los estudios que la tenían contratada y a la postre el suicidio: sus insaciables demandas de un "amor ilimitado", sus depresiones y su melancolía; sus orgías de auto-recriminación, que alternaba con orgías de recriminaciones para los demás; los impulsos evidentemente autodestructivos que bullían constantemente bajo la máscara de despreocupada y vibrante felicidad que Marilyn se esforzaba en proyectar ante el público.

Marilyn murió un sábado por la noche. Esa noche, aquella mujer, "objeto de amor" para millones de solitarios varones ignorados, no tenía galán que la acompañara. Esa noche Marilyn sufría física y mentalmente, pero sin duda no amaba ni confiaba en nadie lo bastante para pedir ayuda. Porque, más que nada, Marilyn desconfiaba profundamente de los motivos que impulsaran a quien quiera que se interesase por ella. Tenía un miedo poco menos que sicopático de que se "valieran" de ella: económicamente, como ocurrió primero con los tutores que la habían tolerado únicamente a cambio de los 20 dólares que recibían por hospedarla; sexualmente, como lo hizo el huésped distinguido de una de sus guardianas; profesionalmente, tanto sus representantes como los productores de sus películas.

Una imagen perdurable. Resulta interesante reflexionar en lo que pudiera pensar Marilyn Monroe de la obra *Después de la Caída.* Morbosamente sensible a cualquier forma de explotación, probablemente se habría dado por ofendida al ver que su propio marido se había dedicado al negocio de venderla, cuerpo y alma, al público. Pero es indudable que habría visto con agrado que la imagen que de ella se forjó el público ejerce aún tanto atractivo. Patéticamente ansiosa, hacia las postrimerías de su carrera, de ser tomada "en serio" en la escena teatral, se habría sentido orgullosa de hallar su imagen presentada "en serio" en una pieza dramática de distinción intelectual. Y más adelante, cuando Hollywood haga una película de esa obra, en los espectrales oídos de Marilyn resonará de nuevo la música que más halagaba sus sentidos: el vulgar, vigoroso silbido masculino, el silbido admirativo del público que la idolatraba.

La más sencilla lección que puede sacarse de la vida de Marilyn Monroe es que los niños tienen necesidad de padres, o de amor paternal en quienes los sustituyan; de padres que no sólo les quieran sino que entre sí se profesen amor y respeto. Sin un hogar dichoso, que es el más grande de los dones que puedan recibirse en la cuna, es poco menos que imposible vérselas en la edad adulta ya sea con el éxito o con el fracaso.

Una escuela que no descuida la educación física

La escuela secundaria de La Sierra, en California, demuestra la eficacia de un programa de educación física bien trazado

POR BLAKE CLARK

EN 1961, cuando John Terry ingresó en la escuela secundaria de La Sierra, en Carmichael (California), tenía 15 años de edad, era un muchacho de tez pálida, diminuto de estatura, desmañado; un motivo de desesperación para cualquier profesor de cultura física. Hoy, sin embargo, John Terry puede alzarse en la barra fija 34 veces seguidas y hacer a continuación 150 flexiones, nadar 40 metros bajo el agua y hasta 1500 braceando en diversas formas, así como permanecer a flote durante seis minutos con los pies atados uno con otro y las manos ligadas a la espalda. Es capaz también de correr ocho kilómetros sin detenerse y de salvar en seguida 80 metros con las manos, colgado de la escalera horizontal. Puede llevar en vilo una persona de igual peso que él a una distancia de ocho kilómetros. Es ya un muchacho musculoso y,

a ojos vistas, de excelente salud.

La trasformación que se ha operado en John Terry se ha operado asimismo en muchos otros de los chicos de la escuela de La Sierra en años recientes. En este notable establecimiento, el profesor de cultura física Stan Le Protti y sus colaboradores se trazaron un programa para poner a *todos* los alumnos de La Sierra en buenas condiciones físicas.

Los maestros de atletismo de La Sierra, en vez de concentrar todos sus esfuerzos y sus medios en unos cuantos atletas capaces de participar en competiciones, brindan a todos y cada uno de los alumnos, diariamente, la ocasión y el incentivo para mejorar su aptitud física al máximo de sus posibilidades. Los resultados obtenidos han sido extraordinarios.

El chico que se halla en buenas condiciones físicas es casi siempre mejor estudiante que el débil. Por medio de un estudio llevado a cabo en Springfield (Misurí), se estableció una comparación entre las notas de 200 estudiantes elegidos al azar y las de 442 alumnos de las escuelas públicas, comprendidos, según pruebas de aptitud, entre el 40 por ciento más destacado en sus clases respectivas. Ambos grupos eran idénticos en cuanto a edad y sexo. El promedio de aprovechamiento académico de los estudiantes en mejores condiciones físicas resultó superior en un 13 por ciento al del grupo seleccionado al azar. También se observó que los chicos en buenas condiciones faltaron a la escuela menos veces y tomaron parte en un 50 por ciento más de actividades ajenas a los estudios.

Privar a un muchacho en edad escolar de la oportunidad de cultivar su aptitud física hasta un grado máximo es defraudarlo permanentemente. En esos años es cuando debe adquirir las esenciales energías y las reservas vitales que en un caso imprevisto pueden significar la vida o la muerte. Por añadidura, el joven que saborea el gozo de vivir con el máximo de vitalidad halla en ello el aliciente para conservarse apto años más tarde.

¿A qué obedece el éxito del programa de la escuela de La Sierra?

La médula del mismo la constituye el incentivo que se brinda a los estudiantes. Valiéndose de calzones de gimnasia de diversos colores, a cada muchacho se le distingue de los demás de acuerdo con sus progresos. El chico comienza por llevar calzones blancos y va pasando al uso de otros: rojos, azules y morados, hasta ganar los de color oro. Para avanzar del blanco al rojo, por ejemplo, deberá ser capaz de hacer, entre otros ejercicios, los siguientes: alzarse 10 veces seguidas en la barra fija, hacer 32 flexiones de brazos, elevando el tronco sobre las puntas de los pies, tendido boca abajo ("lagartijas"); ponerse en cuclillas e incorporarse 60 veces, flexionando las piernas, en dos minutos; también deberá correr 180 metros en 34 se-

gundos, subir (valiéndose sólo de las manos y partiendo de la posición de sentado) por una cuerda de seis metros de longitud, levantar a una persona de su mismo peso y llevarla en vilo a una distancia de 800 metros; salvar a nado un trecho de 45 metros en 36 segundos, y subir y bajar verticalmente por un tablón provisto de clavijas.

Este último ejercicio es muy duro. Se practica en una pared de madera de 12 metros de alto, que tiene varias hileras de agujeros separados entre sí unos 30 centímetros y va provista de dos clavijas o espigas. El muchacho da un salto y se agarra de las clavijas. Luego, asido a una de ellas, se eleva por su propio esfuerzo para insertar la otra espiga en uno de los orificios superiores. Así, repitiendo la maniobra y valiéndose únicamente de los músculos del brazo y del hombro, el chico trepa y baja trabajosamente por el tablón o pared de madera. Es un ejercicio más pesado que el montañismo, porque el que lo practica no tiene sitio donde apoyar el pie.



El lector lo juzgará demasiado difícil. Sin embargo, hacia el final de cada año escolar, el 93 por ciento de los alumnos que comenzaron por llevar calzones blancos, lucen ya orgullosamente los codiciados calzones rojos. Del siete por ciento restante, casi todos se ganan el derecho a vestir la prenda roja cuando llega el término del segundo año escolar.

El objeto de estos diarios períodos de ejercicios físicos es hacer que los chicos sean capaces de un sostenido y vigoroso esfuerzo sin tomarse descanso. He aquí una típica serie de ejercicios de fuerza y resistencia que deben hacer quienes visten los calzones azules, a ritmo acelerado y en el orden siguiente: 100 saltos separando las piernas y elevando los brazos extendidos hasta juntar las manos por encima de la cabeza; 40 fle-

xiones de tronco, tocando alternativamente cada pie con la mano opuesta, sin doblar las rodillas y con el otro brazo estirado en posición vertical; 20 "lagartijas"; 40 flexiones de cintura hasta tocar el suelo con los dedos, sin doblar las rodillas, y separando los brazos hacia atrás al final de la elevación; 20 "lagartijas"; ponerse en cuclillas 40 veces, con los brazos en jarras; 20 "lagartijas", y 10 "lagartijas" sobre las puntas de los dedos de pies y manos, con los brazos extendidos hacia adelante; 200 saltos adelante y atrás alternativamente con cada pierna, sin avanzar; 200 saltos separando los pies y juntando las manos arriba; 75 saltos sobre cada pie; 100 saltos sobre los dedos de los pies. Los 150 muchachos (más o menos) que participan en cada período hacen vibrar las paredes con sus vigorosos gritos: "¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!" Al final, si han puesto suficiente calor en tan violento ejercicio, su entrenador exclama: "¡Magnífico! ¡Estupendo!" En tal punto, dice Le Protti, el sistema circulatorio apenas está empezando a funcionar como es debido.

Así como para ingresar, por ejemplo, en la Academia Naval de los Estados Unidos se requiere que el aspirante sea capaz de alzarse no menos de dos veces en la barra fija, el estudiante de La Sierra que aspire a vestir los calzones azules debe hacer ese mismo ejercicio 14 veces seguidas. Y más todavía: tal estudiante tiene que hacer diez "lagartijas" especiales. Se dice que solamente un adulto entre cada 30.000 es capaz de hacer esto una sola vez. Tiéndase el lector en el suelo, boca abajo, con los brazos extendidos hacia adelante y, apoyándose sobre los dedos de los pies y las manos, practique una flexión, elevándose sobre el piso hasta 20 centímetros. (Haga el lector la prueba, si quiere sentirse impotente, pero con cuidado, no sea que se lastime la espalda si no estuviera en condiciones excelentes.)

Por todo lo anterior, alcanzar el honor de vestir los calzones azules se antoja casi imposible. Sin embargo, todos los años el 40 por ciento de los alumnos de la escuela de La Sierra se hace acreedor a él. La única diferencia entre esos chicos y otros de su misma edad consiste en que se les ha proporcionado la oportunidad y la atención que se suele reservar a los pocos jóvenes que tienen dotes atléticas. Lo que el sistema de la escuela de La Sierra ha venido a demostrar es esto: lo único que necesitan los muchachos para desarrollarse espléndidamente es hacer ejercicio intenso todos los días.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 18

Sólo uno en cada millón entiende la situación internacional. Lo raro es que nos lo encontremos a cada paso. — *Commerce*



¿Quién dijo ocio?

¿Dónde está todo ese tiempo libre que debemos a los adelantos modernos?

Por John Oxie Fulton

Condensado de "This Week Magazine"

Desde hace años vengo diciendo a mi mujer que no tengo tiempo para hacer las mil y una reparaciones mayores y los menudos ajustes que nuestra casa parece necesitar todos los fines de semana. Pero ella, invariablemente, me deja apabullado con sus andanadas de citas de estadísticas sociales que comprueban que gracias a los adelantos modernos disponemos de muchísimo tiempo libre. "Me estremece pensar", exclama, "lo que sería de nosotros si viviéramos en 1850 y tuvieras que trabajar 70 horas a la semana..."

Yo nunca he podido refutar tal argumento, pero por mí lo ha hecho al fin el Twentieth Century Fund. Si el lector se pregunta por qué consulta constantemente el reloj y se preocupa todo fin de semana con el problema de cómo va a arreglarse para reparar los muebles del jardín, componer el grifo de agua que gotea, hacer el trabajo que se lleva de la oficina, y jugar una partida de canasta con los vecinos, ya puede cesar de atormentarse como un penitente medieval. Eso de que el hombre moderno posee un inmenso acervo de tiempo libre es un mito.

El Twentieth Century Fund subvencionó al profesor Sebastian de Grazia, eminente filósofo y especialista en ciencias políticas, para que hiciera un profundo y detallado estudio de tres años sobre el ocio. El resultado, un volumen de 559 páginas titulado *Of Time, Work and Leisure* (Del tiempo, el trabajo y el ocio) esclarece todo

posible aspecto de tan vital tema. La más sorprendente, con mucho, del gran número de conclusiones del profesor es aquella con que destruye la leyenda del vasto caudal de tiempo de que disponemos para dedicarlo a la holganza.

El autor hace notar que solemos compararnos con nuestros antepasados de 1850, relativamente cercanos. Éstos trabajaban 70 horas a la semana en sus primitivos telares y fraguas; pero ello ya ocurría en el oscuro amanecer de la sociedad industrial. Otros trabajadores de otras épocas no sudaron tanto, ni mucho menos. En la edad media, por ejemplo, los días de fiesta religiosa, las vacaciones y los domingos sumaban un total de 167 días al año, con lo que, aun cuando basemos nuestro cálculo en una jornada de trabajo de 12 horas, todavía obtenemos un promedio de 45,6 horas semanales. En la Roma imperial el ciudadano tenía más o menos un día de descanso por cada dos que trabajaba. Por la misma época, el calendario tenía en Grecia más días festivos que laborables.

Pero, aunque tomemos por módulo la semana de trabajo de 70 horas, no tenemos tantas ventajas como indican algunos estadígrafos. Teóricamente, nuestro moderno período semanal de 40 horas o menos, junto con las vacaciones, nos deja unas 30 horas adicionales de descanso a la semana. ¿Cómo es, pues, que todavía no nos damos tiempo para arreglar ese grifo? Examinemos más detenidamente las cifras.

En primer lugar, si limitamos nuestra estadística a los que tienen un empleo de tiempo completo, la cifra real de la semana media de trabajo sube bruscamente a 46 horas. Así pues, esta ventaja sobre nuestros antepasados, aun incluyendo el tiempo de las vacaciones, se reduce a unas 24 horas solamente. En segundo lugar, en 1850 casi todo el mundo podía acudir andando al sitio de su trabajo por vivir cerca de él. Hoy el tiempo que se invierte en ir al lugar de trabajo y volver a casa asciende a un promedio de 45 minutos en cada dirección. Raro es que estas siete horas y media semanales se sumen a la jornada del trabajador tipo. Pero difícilmente se las podrá considerar tiempo libre; así pues, nos hallamos con que únicamente nos quedan 16 horas y media de ocio.

¿Qué se hace en esas 16 horas y media? Valiéndose de un estudio según el cual varios millares de personas llevaron, hora a hora, un diario de sus actividades cotidianas, el profesor de Grazia saca la conclusión de que el hombre medio pasa cinco horas a la semana haciendo diversas tareas domésticas, tales como cortar el césped del jardín, reparar una silla rota, pintar y acaso hasta arreglar ese grifo que gotea. Esto reduce el tiempo de ocio semanal a 11 horas y media.

Pero esto no es todo. La esposa que trabaja fuera de la casa ha alterado profundamente la relación entre los papeles que desempeñan

el hombre y la mujer. A la esposa del hombre que trabajaba 70 horas semanales nunca se le hubiera ocurrido pedir a éste que pasara la aspiradora por el piso y los muebles o que bañara a la mugrosa criatura de tres años. Hoy los estudios demuestran que, aun en las familias en que la mujer no va a trabajar fuera, el hombre ordinario invierte dos horas y media a la semana en trabajos domésticos, aparte de los culinarios. Esto reduce ese precioso tiempo de descanso a nueve horas.

Pero, además, debemos considerar algunas importantes variaciones en nuestra básica semana de trabajo de 46 horas. Primero tenemos al alto empleado de una empresa, el hombre que exhibe en la puerta de su despacho ese impresionante título que todos soñamos con alcanzar. Trabaja un promedio de 55 horas semanales. Esto lo pone a la altura de su bisabuelo de 1850. Luego hay los millones de "noctámbulos": los que tienen ocupaciones suplementarias, bien sean de jornada completa o parcial. Si añadimos el tiempo que les lleva trasladarse del lugar de su trabajo principal al segundo, más las horas que invierten en este otro, los que trabajan la jornada completa en su empleo secundario acaban con una *desventaja* de 40 horas en relación con los infelices trabajadores de 1850, y los que hacen media jornada extraordinaria, con unas 20 horas de desventaja.

Veamos luego el caso de los agricultores. Diversos estudios universitarios demuestran que éstos trabajan cerca de 60 horas a la semana, a pesar de todas las maravillas que la mecanización ha aportado a la siembra y la recolección.

Finalmente tenemos a la esposa. Si tiene un empleo, una mujer ocupa aproximadamente el mismo tiempo que su esposo en el trabajo y en ir a él y volver a casa. A esto debemos añadir un mínimo de cuatro horas diarias de tareas domésticas. Si le acreditamos las cinco horas a la semana que el hombre dedica al trabajo casero, la esposa que trabaja fuera todavía tiene una desventaja de seis horas y media en relación con la obrera de 1850.

Aun cuando la esposa no salga a trabajar, otras computaciones arrojan un gran porcentaje de amas de casa que viven apremiadas. Según un perito en la materia, la madre de dos o tres niños menores de seis años frecuentemente trabaja un período semanal de 80 horas. Ni tampoco reducen su carga la aspiradora y las máquinas lavadora y secadora. Éstas no hacen sino que las faenas de limpieza resulten más fáciles que en los tiempos de nuestra bisabuela. Pero el ama de casa de hoy tiene normas de limpieza muy superiores a las que tenía en 1850.

Teniendo en cuenta todas las excepciones: los que tienen dos ocupaciones, los altos empleados, las esposas que trabajan, nos encontramos con que probablemente sólo

contamos con poco más de cuatro horas de tiempo realmente libre por semana.

Pero aún hay otro aspecto del ocio moderno, aspecto que aumenta todavía más nuestra sensación de dislocación y apremio. Me refiero al hecho de que, en grado mucho mayor que ninguna otra civilización de la historia, la nuestra nos ha convertido en esclavos del reloj.

Hasta el principio de la era industrial, la mayoría de la gente vivía sin que la palabra "tiempo" significase mucho más que la salida y la puesta del sol y el cambio de las estaciones del año. Pero hoy todo empleado sabe que el tiempo es oro, y nuestro trabajo acarrea una intensidad y una urgencia que las generaciones anteriores eludían.

Este constante concepto del tiempo como algo que es menester perseguir se ha filtrado hasta lo más hondo de nuestra conciencia. Ha hecho que el tiempo sicológico (lo que los expertos llaman nuestro sentido de duración) *se acelere*. Algunos se rebelan contra el tiempo con neurótica desventura. Se retrasan continuamente en sus labores, no pueden llegar a tiempo a una cita, la tiranía de los horarios de trabajo les resulta irritante. Inconscientemente, tratan literalmente de "matar" el tiempo, elemento que se ha convertido para ellos en símbolo de autoridad.

Quizá la solución a nuestro problema de tiempo los fines de semana consista en considerar con ecuanimidad la cantidad de tiempo libre de que disponemos para disfrutar de un verdadero ocio. En lugar de malbaratar ese tiempo ante la televisión o lavando el automóvil, debiéramos tratar de invertirlo en alguna actividad que en verdad nos deje satisfechos. Una hora o dos de auténtico ocio pueden hacer más en beneficio de nuestros nervios (y de nuestra alma) que una docena de esos fines de semana empleados en ir de un lado a otro. En una palabra, aprendamos a valorar el tiempo libre que nos toque en suerte. Es algo que no podemos permitirnos el lujo de derrochar.

...¿Me oyes, mujer?



Convenciones

El humorista Will Rogers escribió como corresponsal las crónicas de varias campañas presidenciales en los Estados Unidos. Durante una de las convenciones de los partidos políticos en 1932, se le acercó un periodista para decirle con presunción:

—Yo sólo hago reportajes sobre el lado serio de la convención, pero, si veo algo chistoso, se lo haré saber.

—Gracias —contestó Rogers—. Por mi parte prometo contarle a usted cualquier cosa seria que pudiera ocurrir. —J. S.

Cómo cayó Nikita Kruschef

La historia tras bastidores del reciente cambio de poder que sacudió al mundo

Por Stewart Alsop y Edmund Stevens

Condensado de "The Saturday Evening Post"

"Ahora le pasaré el teléfono a Anastás Mikoyan, que está tratando de quitármelo de las manos", decía Nikita Sergeyevich Kruschef, de muy buen humor, mientras hablaba por radioteléfono con la tripulación del vehículo espacial *Voskhod,* en el curso de una de sus órbitas alrededor de la Tierra el 12 de octubre pasado.

Esta fue la última declaración pública de ese personaje gordo, jovial e implacable que durante más de dos lustros ha fascinado, asustado y divertido al mundo contemporáneo. En un sentido sus palabras vinieron a constituir un epitafio político muy apropiado, ya que explicaban algo acerca del hombre en sí y también acerca del sistema soviético sobre el cual, hasta ese mes de octubre había regido con poderes supremos.

Los cosmonautas en el interior del vehículo espacial no comprendieron la ironía de las palabras de Kruschef, ni tampoco los millones de rusos que ese día contemplaban la televisión, ni siquiera el mismo Kruschef. Sin embargo, Anastás Mikoyan, presidente de la URSS y hasta ese momento, el amigo más íntimo de Kruschef, ya sabía que éste estaba a punto de convertirse en una persona políticamente inexistente.

Una cosa es segurísima: no hubo nadie a quien le sorprendiera más su caída que al mismo Kruschef.

Ominosa reunión. El 13 de octubre pasado, Kruschef, que des-

cansaba en su villa predilecta del Cáucaso, fue llamado a Moscú para que se presentara en una reunión de los 16 miembros del Presídium del Comité Central. La escena que se desarrolló en la sala de paneles de roble, donde tradicionalmente se reúne el Presídium dentro de un edificio de oficinas de paredes amarillas, en el Kremlin, debe haber sido de gran dramatismo. Alrededor de la enorme mesa forrada de paño verde estaban Kruschef, su protegido Leonid Brejnev, de rostro grave y apuesto; Aleksei Kosygin, delgado, de cabello rubio, reservado e incluso tímido; Mikoyan, con sus facciones armenias y su expresión de inteligencia taimada; Mikhail Suslov, ya entrado en años, de tipo profesoral, un teorista nato; y once personas más, miembros y aspirantes a miembros del todopoderoso Presídium. Todos los presentes, en una forma u otra, pertenecían a este grupo selecto gracias a Kruschef y, sin embargo, de repente todos empezaron a atacarlo con el salvajismo tradicional del movimiento bolchevique.

Suslov inició el ataque. Una tras otra, empezó a enumerar las acusaciones contra el anciano líder, mientras que los demás añadían pruebas y detallaban los cargos.

En parte, eran de tipo personal. Kruschef —así le informaron sus colegas y ex-protegidos— era mal educado, burdo de modales y expresiones, malhablado, y su actitud de hombre superior era inaguantable. En sus constantes viajes por el interior del país esperaba que se le recibiera en todos lados con discursos llenos de alabanzas e, incluso, con la oferta ceremonial del pan y la sal, patrimonio de los zares. Se dio mucha importancia al hecho de que Kruschef hubiera concedido en mayo pasado el título de Héroe de la Unión Soviética al presidente de Egipto, Gamal Nasser, durante la visita que hizo a Egipto para la inauguración de la presa Asuán. Kruschef hizo tal cosa sin consultar previamente a los otros miembros del Presídium. ¿Por qué —se le preguntaba ahora— se había concedido la condecoración más importante de la Unión Soviética a un hombre que metía en la cárcel a los comunistas y protegía a los criminales de guerra nazis?

A Kruschef también se le acusó de nepotismo, y como ejemplo principal se trajo a colación la figura de su yerno Aleksei Adzhubei, quien más tarde fue despedido como director de *Izvestia.* Incluso se le acusó de utilizar el programa espacial soviético para obtener ventajas políticas. El *Voskhod* —se le dijo— lo había lanzado al espacio prematuramente para distraer la atención del mundo y ocultar sus fracasos.

Se le atacó por sus fracasos en la política nacional e internacional. Se le acusó de la duplicación burocrática sin sentido: dos cadenas separadas de mando en cada nivel administrativo; del "lío en la agricultura"; y de "despilfarros y derroches", por los cuales se habían

reducido las reservas de cambio exterior con el fin de adquirir equipo importado muy caro y grano extranjero. Esto se hizo sólo para ocultar el fracaso de las cosechas.

Tampoco podía olvidarse la "humillación en Cuba" y sus críticos atacaron su intento desastroso de establecer proyectiles nucleares en esa isla.

Se le acusó de permitir que aumentara la insubordinación en los países satélites. Incluso los partidos comunistas de Francia e Italia criticaban abiertamente a Moscú.

En juego: el interés nacional. Pero la más grave de las acusaciones que se lanzaron contra Kruschef podría resumirse en una sola pregunta: "¿Quién perdió a China?" Kruschef, se afirmó, había permitido que sus emociones personales obstaculizaran el camino de los intereses nacionales, de manera que la disputa ideológica con China se había dejado degenerar hasta convertirse en una contienda personal. A raíz de esto, los dos países comunistas más poderosos del mundo habían llegado al borde de una ruptura abierta debilitándose así todo el movimiento comunista internacional.

Ante esas acusaciones, Kruschef reaccionó primero en la forma esperada. Enrojeció de rabia; gritó que sus acusadores se habían puesto de acuerdo en su contra; amenazó con arrestar a todos los presentes. Pero de repente, sus explosiones se interrumpieron y se volvió extrañamente calmado e indiferente, como si no tuviera fuerzas para seguir luchando.

Esta no había sido la primera vez que los enemigos de Kruschef habían tratado de derrocarlo. En junio de 1957, el "grupo anti-partido" —Molotov, Malenkov, Kaganovich y demás— trató de deshacerse de él, y de hecho lo destituyeron en una votación en el seno del Presídium. Kruschef les ganó la partida, apelando al Comité Central del partido que tenía 133 miembros y que había sido elegido el año anterior durante el vigésimo congreso del partido donde la influencia de Kruschef era suprema.

Sin embargo, el pasado 13 de octubre, el Presídium concluyó su sesión sin destituir formalmente a Kruschef. Refirió esta decisión al Comité Central (hoy son 175 miembros), ante el cual, al día siguiente, Suslov repitió los cargos contra Kruschef. Éste se defendió durante largo rato pero sin recurrir a sus estudiadas rabietas. Sí, era cierto, había cometido algunos errores, dijo Kruschef, pero no veía las ventajas que se obtendrían de hacer un espectáculo de autocrítica que sólo serviría para desacreditar al régimen. Como cabía esperar, se presentó a votación la solicitud de deponer a Kruschef y la moción fue aprobada por una mayoría sustancial. Poco más tarde, el voto se hizo unánime; incluso el mismo Kruschef votó a favor de su propio derrocamiento.

¿Por qué tenía él que preocu-

parse? ¿Cómo era posible que este anciano sagaz, diestro e implacable, que soslayó tantos terribles peligros durante su carrera, que sobrevivió las purgas stalinistas y las subsiguientes amenazas a su posición, perdiera tan repentinamente las riendas del poder? ¿Cómo era posible que el Comité Central tan repentinamente lo consignara a lo que él mismo había llamado en una ocasión "el basurero de la Historia?"

La respuesta está parcialmente en el misterio de la personalidad humana. Kruschef había envejecido. Según pasaban los años su irritable personalidad se hacía más caprichosa y tanto sus protegidos como sus inferiores hervían por dentro ante los insultos del líder y sus actitudes dictatoriales. Además no hay duda de que Kruschef pensaba que su poder era monolítico. ¿Acaso no era Mikoyan, su más viejo amigo en el poder, el último sobreviviente de los antiguos días stalinistas? ¿No eran las nuevas figuras —inclusive Brejnev— hombres suyos y de confianza? ¿Por qué tenía él que preocuparse de nada?

No obstante, tenía mucho de que preocuparse. Toda persona con poder crea enemigos y en esto Kruschef le ganó la partida a muchos. Ahí estaban los stalinistas de siempre, disgustados por la intensidad con que Kruschef llevó a cabo su campaña de "destalinización". Ahí estaban los militares que resentían el despido del mariscal Georgi Zhukov y de otros oficiales y que estaban alarmados ante las amenazas de Kruschef de reducir aun más el presupuesto militar. Ahí estaban los administradores de la industria pesada, alarmados también ante las promesas de Kruschef de proteger las industrias de consumo. Ahí estaban los ideólogos comunistas que temían que Kruschef, en su furia contra China, llegara a destruir el movimiento comunista mundial y a quien veían con malos ojos por su blandura frente al capitalismo.

Y ahí estaba, sin duda alguna, una porción del pueblo ruso mismo. Moscú luce mucho más alegre que en el pasado. El pueblo está mejor alimentado y viste bastante bien. Pero continúan las escaseces y las colas, y las promesas que hizo Kruschef de una vida mejor para todos no se han podido cumplir. Hace algún tiempo Kruschef le dijo a Averell Harriman, tal como había dicho a otros, que pensaba retirarse pronto. De haberlo hecho —por ejemplo al finalizar el vigesimosegundo congreso del partido en 1961, dominado totalmente por Kruschef— sin duda, la nación le habría permitido pasar el resto de sus días en una posición de honor como uno de sus patriarcas políticos.

La seducción del poder. Pero abandonar el poder es muy difícil para todos los hombres e imposible para algunos. Según pasaron los años, su disputa con Mao Tsetung se convirtió en una obsesión y, sin duda, en una excusa perso-

nal para mantenerse en el gobierno. Por tanto, sus colegas en el Presídium decidieron que, ya que Kruschef evidentemente no tenía la intención de retirarse dignamente, había que derrocarlo.

Y, sin embargo, es importante hacer notar que la forma de derrocar a Kruschef siguió estrictamente la legalidad del procedimiento soviético. El acto se realizó por una votación mayoritaria y no poniéndole una bala en la nuca. Esto en sí simboliza los enormes cambios que han ocurrido en el sistema soviético desde la muerte de Stalin hace casi doce años, cambios que por justicia hay que acreditárselos en gran parte al mismo Kruschef.

El día de Kruschef ha terminado. ¿Qué puede esperarse del futuro?

Los hombres del futuro. El futuro inmediato, en los momentos en que se escriben estas líneas, le pertenece a dos hombres —Leonid Brejnev y Aleksei Kosygin, respectivamente, primer secretario del partido comunista y primer ministro de la Unión Soviética. Ambos, lo mismo que todas las figuras soviéticas en los niveles más elevados del poder, son hombres de gran capacidad. Ambos son comunistas ideológicos muy dedicados a la causa y, como tales, adversarios del Occidente. Pero, al igual que Kruschef, también son seres humanos.

Diplomáticos y otros extranjeros que han charlado con Brejnev se han llevado una excelente impresión. Es un conversador ameno aunque un tanto más reservado que su exaltado predecesor, muy cauteloso cuando da alguna opinión, muy cuidadoso de las palabras que utiliza cuando charla, y sin un ápice de la impulsividad que hizo a Kruschef golpear mesas con un zapato y gastar bromas constantemente. Su carrera es típica de los hombres de la generación moderna que han triunfado en el mundo comunista. Ha trabajado como ingeniero, como comisario político durante la guerra y, posteriormente, como político profesional. En 1960 se le nombró presidente del Presídium Supremo Soviético, la principal posición titular de Rusia; y en julio del año pasado consiguió una posición de verdadero poder como segunda figura, después de Kruschef, en el aparato interno del partido.

Kosygin, en la opinión general, sabe más acerca del funcionamiento de la economía soviética que ninguna otra figura en la cumbre del partido comunista. En este sentido es indispensable. Personas que lo conocen lo describen como competente, inteligente y simpático.

Otra figura que se disputa el poder es Nicolai Podgorny, que desde 1961 es miembro del Presídium, pero como Brejnev va a cumplir 58 años, Kosygin tiene 60, y Podgorny 61, los tres pertenecen a la generación intermedia entre la de Kruschef y la de un grupo de líderes más jóvenes, ambiciosos y muy capaces cuyas edades oscilan

entre los cuarenta y tantos y los cincuenta años. Entre estos se destaca Dmitri Polyansky, de 47 años, el miembro más joven del Presídium, y según creen en Moscú, el hombre que conviene vigilar. Polyansky conoce de abajo hasta arriba la estructura del partido —durante toda su carrera ha sido siempre un político. A principios de 1960 encabezó una misión a los Estados Unidos, país que no han visitado Brejnev ni Kosygin, y causó magnífica impresión. Es un hombre sociable, con un don de palabra parecido al de Kruschef pero sin el sentido del humor un tanto burdo de éste.

Otra persona que hay que vigilar es Yuri Antropov, quien desempeñó un papel importante en el aplastamiento de la rebelión húngara cuando era embajador en Budapest. Actualmente Antropov es presidente del comité de Relaciones Exteriores del Soviet Supremo, lo que le da una voz de importancia en la política exterior soviética. Otros hombres de talento alrededor de la cima del poder son: Gennadi Voronov, de 54 años, otro ex-protegido de Kruschef; el ex-líder del Komsomol Alejandro Shelepin, de 46 años; Pyotr Demichev, también de 46 años; y el último (aunque no en orden de importancia), Vladimir Semichastny, director de seguridad del Estado que acaba de cumplir 40 años. Es obvio que el juego de sustituciones que se inició después de la muerte de Lenin, y más tarde después de la muerte de Stalin, podría muy bien empezar de nuevo y que el gobierno de Brejnev y Kosygin sea sólo de transición.

Pero para el resto del mundo, los nombres de las figuras que encabezan el gobierno soviético no tienen tanta importancia. Lo importante es lo que revelan las palabras de una mujer rusa, cuando al enterarse de la caída de Kruschef, dijo: "A mí no me importa qué zar reine, siempre que no haya guerra".



Pocos minutos antes de que nuestro barco zarpara de Hawaii, un natural del lugar, parlanchín y simpático que vestía camisa anaranjada, estaba vendiendo leis (las típicas guirnaldas de flores) y a cada comprador le recalcaba la importancia de tirar el suyo al mar cuando el buque doblara la punta llamada Diamond Head. Segun la leyenda, decía, si la corriente llevaba el leis a tierra, también su dueño volvería algún día. Cuando nos íbamos alejando quise dar un último vistazo a la playa con mis binoculares. Allí, en un bote de remos, vi un figura vestida de anaranjado que apresuradamente recogía del agua las flores, frescas aún y aún aprovechables. —J. K.

Citas citables

Los jóvenes propenden a conducirse como si la adolescencia fuera la última aventura de la vida, en vez de preparación para ésta. — *Time*

Si nos dejamos llevar de los impulsos es muy posible que tengamos que arrepentirnos, pero si no les hacemos caso desperdiciamos los rarísimos momentos en que el individualismo es posible. — S. C.

La mayoría de las situaciones difíciles de la vida son como las complicadas obras de ingeniería que enlazan las supercarreteras modernas: aunque nos parezca increíble todas tienen alguna salida. — B. V.

Freud estaba muy equivocado al considerar el impulso sexual como el móvil fundamental de nuestra conducta. La pasión que domina a los hombres es la de inmiscuirse en la vida ajena. — Robert Frost

Quien en nada cree necesita, sin embargo, de una mujer que crea en él. — Eugen Rosenstock-Huessy

Un propósito ardientemente acariciado atrae a sí a otras personas, que se dejan guiar por él y ayudan a realizarlo. — Margaret Bourke White, en *Portrait of Myself* (Editores: Simon & Schuster)

La mayor desazón que sufre el que ha llegado a la edad madura es la de observar que sigue envejeciendo aun cuando considera que tiene ya suficientes años encima. — D. P. R.

La mayoría de nosotros preferimos correr el riesgo de una catástrofe a leer las instrucciones. — M. M.

La primera de las doctrinas democráticas es que todo ser humano es interesante. — G. K. Chesterton

Es preferible quemar la vela de la vida por los dos cabos, y hasta por la mitad, que dejarla en un cajón para que se la coman los ratones. — H. V. D.



Catlin retrata a Four Bears (Cuatro Osos), cacique de los mandanes.

Inmortalizó la nobleza del aborigen americano

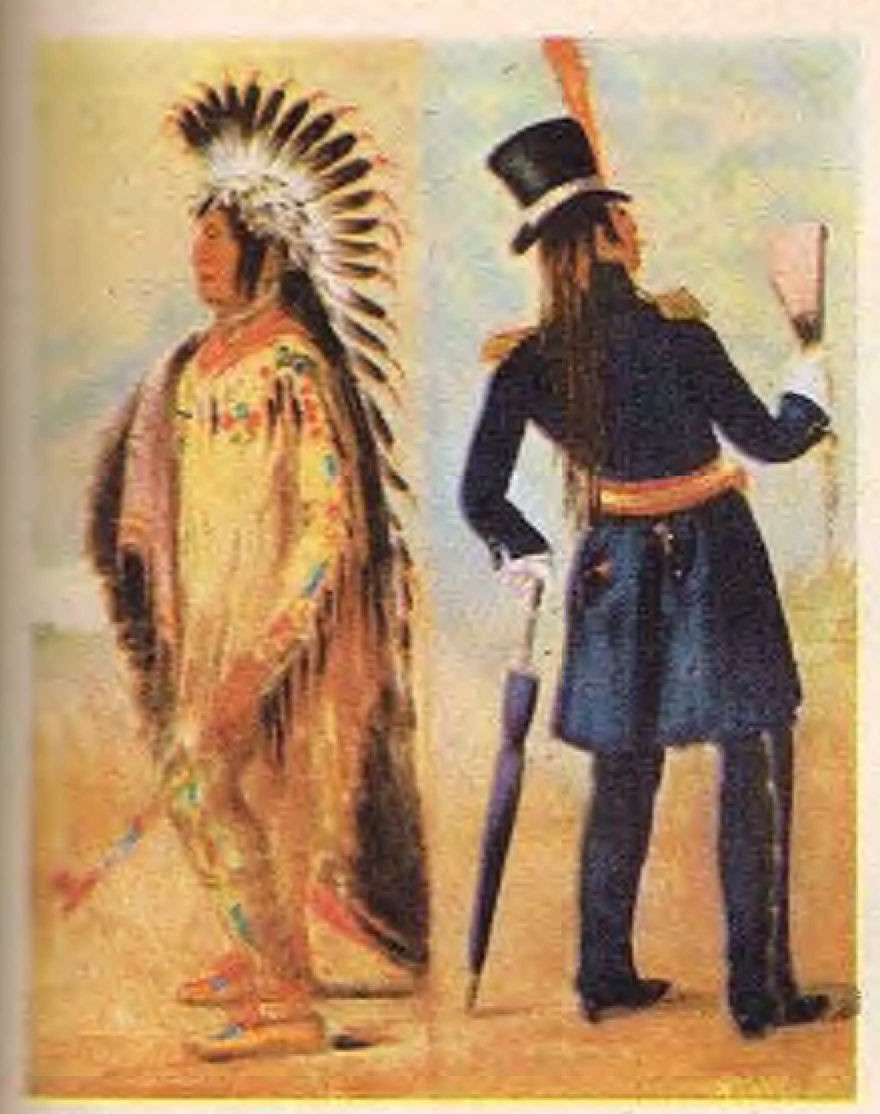
Por Louise Redfield Peattie

En los magníficos cuadros de George Catlin aparece el indio tal como era antes de que llegase el blanco: un hombre libre, altivo, aristocrático, dueño y señor de la tierra.

Desde que tuvo uso de razón oyó hablar a su madre de los indios que, cuando era niña y vivía en Pensilvania, antes de la guerra de la independencia norteamericana, se apoderaron de ella y la tuvieron cautiva. De esos indios le contaba también su abuelo que había peleado contra ellos y, tras un combate encarnizado, fue de los pocos que quedaron para contarlo. El joven George Catlin era todo oídos.

Le atraía cuanto fuese agreste y primitivo, los bosques que rodeaban la granja de los Catlin, situada a orillas del río Susquehanna, pero por encima de todo los indios, esos indios que habitaban allá en el Oeste.

Tenía 21 años de edad cuando,



Wi-jun-jon, antes de su visita a Washington y después de ella. Instituto Smithsoniano.

en 1817, lo mandaron sus padres a Connecticut para que estudiase la carrera de abogado y fuese adquiriendo práctica en ella. En los dos años que estuvo estudiando allá llenó de dibujos los márgenes de los libros de texto y cuanta hoja en blanco caía en sus manos. Por fin, resuelto a cambiar la abogacía por la pintura, viajó a Filadelfia y a Washington, ciudades en las que sus retratos en miniatura le granjearon doble éxito, tanto en lo económico como en lo social. En Albany (Nueva York), a donde se trasladó para hacer el retrato de De Witt Clinton, gobernador de ese Estado, Catlin conoció a la que sería el único amor de su vida: Clara Bartlett Gregory, joven de 20 años, criada en un ambiente de ocio y elegancia.

En ese ambiente hubiera podido vivir George Catlin, de no haberle llamado su vocación a dedicar su vida y sus pinceles a una obra de mayor aliento que la ejecución de miniaturas sobre marfil. Aspiraba a aprisionar en el lienzo la grandeza de aquel mundo que había entrevisto en sus sueños de niño: el del indómito Oeste norteamericano, habitado todavía por los indios. Serios obstáculos se oponían al cumplimiento de sus deseos. Aunque era hombre de aventajada estatura —un metro y 76 centímetros— y maravilloso dinamismo, engendrado por su temperamento nervioso, estaba expuesto a frecuentes quebrantos de salud. Por otra parte, y este era el principal obstáculo, como quiera que su esposa era de constitución delicada, tendría que partir solo. No obstante, habiendo reunido con su trabajo de miniaturista suficiente dinero, estableció a Clara en Albany y en 1830 emprendió el viaje a Saint Louis (Misurí), puerta de entrada al indómito mundo del Oeste.

Armó allá su caballete de pintor en el despacho del general de brigada William Clark, superintendente de Asuntos Indígenas, que 26

años antes había capitaneado, en unión de Meriwether Lewis, la histórica expedición al Pacífico conocida con el nombre de ambos. Al despacho del superintendente acudían dignatarios indios para discutir con el poderoso jefe blanco asuntos relacionados con las tribus. Mientras los indios permanecían en erguida actitud con sus trajes de cuero pintado y luciendo plumas de águila, garras de oso o pieles de armiño, el ágil pincel de Catlin no se daba reposo en captar todos los detalles del cuadro. Al emprender el general Clark la expedición al Alto Misisipí para negociar tratados con los indígenas, Catlin marchó con él, para recoger el ambiente de Iowa y los indios siux, omahas, saukes y fox. En esa ocasión retrató al cacique Gavilán Negro, cuya tenaz defensa de las tierras de su tribu provocó la guerra en la que combatió el joven Abrahán Lincoln.

A su regreso al hogar, Catlin llevó consigo todos esos cuadros rebosantes de vigor y de vida, que despertaron la inmensa admiración de Clara, a la cual le parecía que, para haber visto de cerca salvajes tan fieros como los retratados por Catlin, habría tenido que viajar el pintor hasta los confines del mundo. Pero él sabía que hasta entonces sólo se había asomado a la frontera de ese mundo en el que cifraba sus pretensiones de pintor. En la primavera dijo de nuevo adiós a Clara y viajó rumbo al vasto Nordoeste, donde las tri-



"Cacería de bisontes en el Alto Misurí". Instituto Smithsoniano.

bus de indios vagaban tan libres como los rebaños de bisontes que les proporcionaban alimento, y donde sólo una que otra aislada factoría de negociantes en pieles recordaba la existencia del mundo civilizado. La compañía peletera de John Jacob Astor, una de las primeras en llegar a aquellas tierras, había construido el *Yellow Stone*, vapor de dos cubiertas y de 40 metros de eslora, destinado a viajar con abastecimientos 3000 kilómetros río arriba por las cenagosas aguas del Misurí. Entre los rudos y bulliciosos pasajeros que este buque llevaba a bordo, al zarpar de Saint Louis el 26 de marzo de 1832, se singularizaba por su actitud un apacible pasajero que traía en su equipaje cuadernos de bocetos, lienzos y otros avíos de pintor.

Kee-o-kuk, cacique de los saukes y los fox. Óleo del Instituto Smithsoniano.



En el *Yellow Stone* viajaba también Wi-jun-jon, hijo de un cacique de la tribu assiniboin, en el cual Catlin veía el ejemplo perfecto de lo que la civilización estaba haciendo del indio norteamericano. Años antes, cuando pintó su retrato, era Wi-jun-jon un joven y apuesto guerrero, tipo clásico de su gente. Vestía en aquel entonces —según lo describió el pintor— "polainas y camisa de cuero de cabra montés, ricamente adornadas con púas de puerco espín y con una orla de cueros cabelludos arrancados a sus enemigos". Ahora, al volver a su tribu después de pasar la temporada de invierno en Nueva York y Washington, Wi-jun-jon lucía uniforme militar de color azul, con charreteras y fajín rojo, sombrero alto adornado con una gran pluma roja y guantes de cabritilla; además llevaba en una mano un abanico y en la otra un paraguas. Se pavoneaba al pasear por cubierta y silbaba una cancioncilla patriótica yanqui. Viéndolo así, Catlin sintió más vivamente que nunca la urgencia de retratar, mientras fuera posible, el esplendor de los aborígenes norteamericanos de la época anterior a la llegada del hombre blanco.

Mil quinientos kilómetros Misu-

rí arriba, al encallar el *Yellow Stone* en un banco de arena, Catlin se unió a los 20 hombres que desembarcaron para seguir a pie hasta Fort Pierre. La región por donde viajaban era tierra de siux. La impetuosa gallardía de estos indios, arriesgados jinetes de un metro y 80 centímetros de estatura, cautivó la admiración del pintor. Supo percibir, y retrató en sus telas, la innata nobleza del aborigen norteamericano al que la ávida codicia de los negociantes en pieles no había esclavizado ni envilecido aún mediante el whisky y el soborno. La obra de George Catlin es un constante y vehemente testimonio de que los primitivos habitantes de Norteamérica eran hombres dignos de respeto. En una época de general hostilidad para el indio, Catlin tuvo la entereza de afirmar por escrito: "Siento afecto por un pueblo que siempre ha compartido conmigo lo mejor que posee; que es honrado aunque no tenga leyes; que no necesita cárceles ni asilos de pobres; que jamás ha guerreado contra los blancos fuera de su propio territorio; ¡ah! cuán grande es mi afecto por un pueblo que no vive enamorado del dinero".

Volvió Catlin al *Yellow Stone* para proseguir la travesía, y el mes de junio llegó al término de su viaje: Fort Union, cerca de la frontera actual entre Dakota del Norte y Montana. Los principales caciques de los Blackfeet (Pies Negros) y los Crows (Cuervos) fueron a Fort Union para que Catlin los retratara. Acompañó a los indios en sus expediciones de caza, de las que volvía con bocetos que después trasformó en cuadros. Más atento a expresar la verdad que a embellecerla, sus pinturas son estrictamente documentales, y en ello estriba el gran valor histórico que tienen. En los cuadros de otros grandes pintores la imagen del indio aparece falseada por el arte; en los de Catlin vemos al aborigen norteamericano como era en realidad: aristocrático dueño y señor de su tierra, hombre altivo y libre, cuya verdadera estampa no ha menester que la idealicen.

Al volver al hogar ese otoño, Catlin llevaba 135 pinturas y dibujos —preciosa colección de especímenes etnológicos —y poseía, además, nuevos conocimientos acerca de la índole y costumbres de los indios de las grandes praderas. La mayor parte del año siguiente la pasó al lado de su esposa. En 1834 el curso de los acontecimientos le deparó la ocasión de viajar por tierras del Sudoeste.

Con la idea de explorar aquella dilatada región, el gobierno estadounidense envió una expedición, la cual atravesó por lo que hoy es el Estado de Oklahoma, en esos días tierra de indios cheroquíes, chaetas, criques y sénecas, para avanzar en dirección oeste por el país de los indómitos comanches. Catlin acompañó a los expedicionarios montado en un caballo bayo, pequeño y medio salvaje, y con ellos cruzó llanuras interminables.

Aunque contrajo una dolencia que nadie acertaba a definir, sacó fuerzas de flaqueza para trabajar en croquis y retratos en los que aparecían indios de majestuosa presencia, y cuyas proezas como jinetes, jugadores de pelota y danzantes ceremoniales, Catlin no se cansaba de admirar. Cuando dio cima a ese trabajo, su estado febril y sus escalofríos eran tales, que fue preciso acomodarlo en un furgón para conducirlo a su casa.

En su siguiente viaje lo acompañó su esposa. En una frágil canoa navegaron sosegadamente el Misisipí corriente abajo, para ir deteniéndose a visitar diversas tribus, por todas las cuales la elegante señora blanca era recibida con muestras de agrado mientras le mostraban sus pequeñuelos y la colmaban de regalos. Cuando Clara notó que estaba encinta, Catlin la dejó en casa de sus padres y se dispuso a llevar a cabo el nuevo proyecto que tenía en mente: una gira de conferencias. Había coleccionado gran número de utensilios y otros objetos de artesanía indígena; pasaban de 600 sus pinturas y dibujos de indios, y pensó que mediante exposiciones de ese material, y las conferencias que él diese, lograría que el público cayera en la cuenta de la grandeza del aborigen norteamericano, a punto de desaparecer. Acariciaba también la esperanza de que el gobierno estableciera un gran parque al pie de las montañas Rocosas en donde el indio y las grandes bestias de la pradera, amenazadas de extinción, pudiesen vagar libres para siempre.

El público que asistió a las conferencias de Catlin se mostró bastante incrédulo. Lo que él decía era tan contrario a la opinión general, que a la gente le pareció una sarta de mentiras. En el período legislativo de 1837 a 1838 se presentó ante el Congreso de los Estados Unidos un proyecto de ley por la cual se autorizaba la compra de la colección de Catlin y la creación de un museo nacional para conservarla; pero el proyecto no pasó nunca de la comisión encargada de estudiarlo.

Catlin se mordió los labios ante el fracaso y, dejando en el país a su familia, marchó a probar fortuna en el extranjero. En Londres acudió numerosísimo público a sus exposiciones y la reina Victoria encabezó la lista de los suscriptores a la publicación de sus obras. Animada por tan halagüeños resultados, Clara partió a reunirse con su esposo, llevando consigo a sus dos hijas.

Pero la suerte había cambiado. En vista de que disminuía más y más la concurrencia del público, Catlin decidió hacer una gira por otras ciudades de la Gran Bretaña: Liverpool, Manchester, Edimburgo. Continuó luego a París, en donde se repitió la misma historia: recibimiento entusiasta del público, seguido poco después de indiferencia; contratos firmados, pero no cumplidos. Estaba quebrantado de salud y de ánimo cuando una pulmonía

le arrebató a Clara, la esposa cuyo amor lo acompañó y alentó con lealtad perenne. Sumido en la aflicción, y acongojado por la tardía comprensión de la culpa que le cabía en las penalidades padecidas por Clara, hizo frente a la necesidad de proveer al sostén de una familia sin madre. Siguió pintando; gestionó la creación de un museo nacional para su obra. En el Senado, el proyecto de ley correspondiente fue derrotado por un voto de diferencia.

Falto de recursos, atacado de sordera progresiva, no teniendo adonde volver los ojos, el pintor confió el cuidado de sus hijas a la adinerada familia de Clara. Los acreedores le embargaron los muebles y demás objetos de valor. La mayor parte de su colección fue a dar a manos de Joseph Harrison, acaudalado vecino de Filadelfia, quien le había prestado dinero. Catlin buscó alivio a sus desdichas en América del Sur, donde se dedicó a conocer otras tribus de indios y a dejar testimonio de ellas. Tenía 74 años de edad cuando, tras prolongada ausencia, desembarcó en Nueva York. Era ya un viejo acartonado, sordo, y con los bolsillos vacíos, pero digno y orgulloso.

Sus hijas le instaron para que se fuese a vivir al lado de ellas, donde estaría tranquilo, rodeado de comodidades. No era George Catlin hombre para eso. Aún le empujaba el sueño de toda su vida, y se encaminó a Washington, creyendo con apasionado fervor en la posibilidad de que aquel sueño se convirtiera en realidad. Pero las fuerzas de su cuerpo no estaban a la altura de la fortaleza de su espíritu. Falleció en 1872, en vísperas de Navidad. Muchos de sus cuadros quedaron dispersos. Por fortuna, alguno de los más notables hallaron, gracias al Instituto Smithsoniano de Washington, el destino que Catlin había deseado para ellos. Por lo demás, dondequiera que se halle un cuadro de George Catlin ofrecerá a la vista de cuantos lo admiren la vívida y arrogante estampa de los primitivos habitantes libres de América del Norte, retratados en la plenitud de su bravía gloria por el pincel entusiasta de un genio.

Situación cómica

"Cuando era niña", escribe Ella Nesbitt en el diario *Irish Times*, "vivía temerosa de que, si pensaba algo groseramente distinto de lo que estaba diciendo, me saliese de la boca un gran globo en el que apareciera mi indecible pensamiento en gruesas letras de molde. Tal temor estaba basado en mi clandestina lectura de las historietas cómicas".

— *The Irish Digest*

Esperanza para los niños con lesiones cerebrales

Historia de un nuevo tratamiento muy discutido que, aplicado en el hogar, ha servido para que cientos de niños alcanzaran un desarrollo normal.

Por Albert Maisel

Hasta los cinco meses de edad, Todd Herendeen fue un niño despierto y aparentemente normal.

Pero una madrugada sus padres despertaron, no por los gorgoteos habitualmente alegres de Todd, sino por un golpeteo siniestro. Corrieron a su cuarto y lo hallaron amoratado y rígido, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos en blanco, y el brazo derecho batiendo convulsivamente contra los barrotes de la cuna.

Durante más de dos horas los médicos del hospital del distrito Lower Bucks, de Bristol (Pensilvania), estuvieron tratando de dominar las convulsiones de Todd. Cuando finalmente lo lograron, su brazo y su pierna derechos estaban fláccidos y paralizados. Las convulsiones indicaban claramente la existencia de una lesión cerebral.

Con el tiempo, la parálisis desapareció gradualmente. Pero conforme pasaron los meses, el desarrollo normal de Todd se fue retrasando cada vez más. La vida de los Herendeen se convirtió en una pesadilla de visitas a especialistas, buscando en ellos solución.

A los dos años y medio, Todd sólo podía andar unos pasos vacilantes, para perder en seguida el equilibrio y caer. No podía hablar nada.

Sin embargo, hoy Todd es tan capaz como cualquier niño normal de siete años. Todavía tiene una

cojera apenas perceptible, pero puede correr en bicicleta sin poner las manos en el manillar. Suele ser el primero que llega arriba en los juegos de barras de la escuela. Está cursando el segundo año, y tiene una capacidad de lectura normal. Su escritura es legible, su ortografía sobresaliente, su vocabulario excelente. Sería difícil encontrar un chiquillo más feliz y vigoroso.

Arrastrarse y gatear. El hecho más importante en lo que se refiere a Todd Herendeen, es que su restablecimiento de los efectos de las lesiones cerebrales no constituye un caso aislado. Cientos de niños con lesiones cerebrales han seguido la misma trayectoria hasta alcanzar un desarrollo normal o superior, mediante un sistema poco ortodoxo, e inclusive discutible, de tratamiento en casa bajo vigilancia médica. Este tratamiento fue ideado por un tenaz grupo de médicos y fisioterapeutas de los Institutos para el Logro de las Posibilidades Humanas, de Filadelfia.

En ellos, el Dr. Robert Jay Doman, especializado en medicina física, Glenn Doman, director de los Institutos, y Carl Delacato, especialista en educación, cada vez estaban menos satisfechos de los resultados que obtenían con el masaje, la hidroterapia, los soportes para caminar, las muletas, los tirantes ortopédicos, las sillas de ruedas y otros métodos tradicionales de terapéutica física. En 1956, al analizar rigurosamente los resultados de sus cien últimos casos, encontraron que apenas el 30 por ciento había logrado adelantos moderados. Otro 30 por ciento permanecían estancados. Un número terriblemente elevado de chiquillos habían empeorado.

Después, los hermanos Doman y Delacato hicieron otro análisis: el de los niños con lesiones cerebrales que se habían quedado en su hogar con casi ningún tratamiento de rehabilitación. A esos chiquillos se les había dejado arrastrarse o gatear por el suelo como mejor pudieran. Contra todo lo que se esperaba, muchos de los niños no sometidos a tratamiento habían mejorado. Algunos de los que se arrastraban comenzaron a gatear; de los que gateaban, algunos aprendieron a estar de pie. En realidad, unos cuantos habían progresado más hacia la normalidad que los niños tratados por los procedimientos tradicionales.

Los hermanos Doman y Delacato estudiaron esos datos sobre los adelantos que habían conseguido los niños no tratados. Si pudieran llegar a descubrir por qué se producían esas mejorías, quizá encontrarían la clave de una terapéutica eficaz. Iniciaron una completa revisión de todo cuanto se sabía científicamente acerca del desarrollo del cerebro en los niños normales y de cómo las lesiones sufridas antes o después del parto alteran su funcionamiento.

Una curva del desarrollo. Los hermanos Doman y Delacato idearon un diagrama en el que podían

registrar el grado de desarrollo de un niño con lesiones cerebrales, en lo que respecta a movilidad, lenguaje y aptitud manual, visual, auditiva y táctil. El registro, que titularon curva del desarrollo, indicaría el nivel en que se hubiese detenido el desarrollo del niño y señalaría la porción del encéfalo (médula, protuberancia, mesencéfalo o corteza) en el que se podría localizar la lesión. Pero consideraron que podría servir para algo más. Si se pudiera descubrir un medio eficaz para tratar esas lesiones, la curva del desarrollo podría servir para medir el progreso del niño y para guiar el curso del tratamiento, conforme superara el paciente los diversos grados de adelanto hacia su desarrollo normal.

En 1957 los hermanos Doman y Delacato intensificaron su exploración de un método para tratar, no los resultados visibles de la lesión cerebral, sino el cerebro mismo lesionado. Sabían que, en un niño normal, todo intento fructífero de arrastrarse o de gatear implicaba el envío de mensajes desde los nervios sensoriales hasta la región del cerebro que rige esos movimientos. Los actos repetidos con éxito crean poco a poco dentro del cerebro circuitos reguladores del movimiento y establecen así un esquema reflejo que permite al niño coordinar los movimientos sin necesidad de planearlos conscientemente.

Pero, ¿cómo podría restablecerse ese proceso natural en el cerebro de un niño lesionado?

Células sustitutas. El finado Dr. Temple Fay, profesor de neurocirugía en la Facultad de Medicina de la Universidad de Temple, observó que la mayoría de las lesiones cerebrales no implicaban la destrucción de todas las células de la región lesionada, e indicó que quizá fuera posible activar los millones de células sobrevivientes para que se hicieran cargo de las funciones de las muertas.

"Nos elevamos a la región de las teorías y las hipótesis", recuerda Glenn Doman, "y decidimos idear una serie de movimientos-tipo para los miembros de un niño con lesión cerebral, para que se ejercitara en los tipos de movimiento que en un caso normal obedecerían a los impulsos de la zona lesionada de su cerebro. Si se repetían constantemente esos procedimientos para formar los esquemas motores, *y si nuestra teoría era correcta*, las células ilesas de la región cerebral lesionada de nuestro enfermo acabarían recibiendo los avisos sensoriales enviados a ella con nuestros ejercicios. Poco a poco, el niño lesionado adquiriría la capacidad de realizar los movimientos tipo que anteriormente no podía ejecutar.

Los tres investigadores pasaron varias semanas perfeccionando los detalles de sus ejercicios de movimientos-tipo. Uno de ellos se acostaba sobre una mesa, mientras los otros dos y varios fisioterapeutas le movían las piernas, los brazos y la cabeza. Así aprendieron a reproducir los movimientos rítmicos de

las formas fundamentales que un niño normal utiliza para arrastrarse. Después probaron en los niños esos procedimientos para asegurarse de que cada movimiento podría realizarse tan suavemente que inclusive a un enfermo con músculos tensos y en espasmo, no le produciría dolor ni le lastimaría. Finalmente, probaron el tiempo que debía durar cada sesión de formación de esquemas, para que no se cansara el enfermo. Cuando no se sometía a los niños a este sistema, quedaban en libertad para moverse a sus anchas por el suelo.

La prueba decisiva. "Sólo había una forma de saber si ese método no tradicional de tratamiento ayudaría realmente a los lesionados del cerebro", dice el Dr. Doman. "Teníamos que someter nuestra teoría a la prueba decisiva de la práctica".

Esa prueba, en la que también participó el afamado neurólogo, Dr. Eugene Spitz,* fue la más rigurosa que se pudo idear. En su clínica del Hospital Infantil de Filadelfia el Dr. Spitz explicó la finalidad del plan a los padres de sus enfermos de lesiones cerebrales. Hizo hincapié en que se trataba de un experimento; les indicó cuán intenso trabajo sería el que tendrían que realizar si sometían sus hijos a la prueba, y que en cuanto a resultados no podía prometer nada. Los padres se ofrecieron para colaborar. Finalmente, se inscribieron 76 niños que padecían los más diversos tipos de lesión cerebral grave y que estaban clasificados en todos los niveles de retraso mental.

Una vez en los Institutos, se sometió a cada uno de los niños a una serie de reconocimientos, que se prolongaron durante todo un día, para determinar el grado preciso de su incapacidad. Al día siguiente, bajo vigilancia médica, los fisioterapeutas enseñaron a los padres cómo debían ejercitar a los niños en los movimientos-tipo. Después, en sus propias casas y con la ayuda de parientes o de vecinos, sometieron a sus hijos a un tratamiento de cinco minutos, cuatro veces al día, durante los siete días de la semana. Cada dos meses tuvieron que llevar a sus hijos a los Institutos para que valoraran su progreso y para recibir instrucciones sobre ejercicios formativos de esquemas de movimiento cada vez más avanzados.

Arrastrarse, gatear, caminar, hablar. Trascurridos dos años, se hizo un análisis detallado de los expedientes de los niños. Ninguno había empeorado. Diez permanecían en el mismo nivel que cuando comenzaron el tratamiento. Pero 66 habían mejorado; 17 andaban normalmente, entre ellos los dos que, al comenzar el experimento, no eran capaces de volverse por sí solos. Había 18 más que también andaban aunque no del todo bien.

Conforme esos niños iban ad-

*La labor del Dr. Spitz con niños hidrocefálicos se relata en *La ciencia trabaja para los niños*, en SELECCIONES de mayo de 1961.

quiriendo una movilidad normal, muchos comenzaron también a mejorar su visión, su capacidad auditiva y su destreza manual. Aunque no habían recibido un tratamiento para el lenguaje, el 59 por ciento de los que no podían hablar en absoluto al iniciarse el plan, comenzaron a hablar. Antes de que terminara el experimento algunos habían adquirido un vocabulario (y la capacidad para emplearlo) plenamente normal para su edad.

A fines de 1960, la *Revista de la Asociación Médica Norteamericana* publicó un informe sobre los dos años de estudio, en el cual describía la teoría que dio origen al tratamiento para la formación de esquemas motores, los procedimientos empleados y su efecto sobre la movilidad de los niños. Desde entonces, algunos médicos muy destacados en neurología y rehabilitación han censurado este tratamiento, tanto desde el punto de vista teórico como desde el práctico. Unos deploran el abandono de los aparatos ortopédicos y de los ejercicios musculares clásicos. Otros declaran que no se puede juzgar el nuevo tartamiento hasta que se hagan experimentos paralelos, que permitan una comparación precisa entre el procedimiento de "esquemas" y los métodos de rehabilitación más ortodoxos.

Otros más, al principio escépticos, han visitado los Institutos, han revisado los expedientes, han observado a los enfermos y han concluido que el nuevo procedimiento es eficaz. En realidad, son tantos los médicos que enviaron sus enfermos a los Institutos que hubo necesidad de establecer una lista de espera. Durante los cuatro últimos años, habiendo aumentado su personal en más de dos veces, los Institutos han podido aceptar 1100 niños recomendados por 450 médicos.

Entre los más entusiastas partidarios del procedimiento de constitución de formas de movimiento, están los médicos cuyos propios hijos se han recuperado mediante este tratamiento de los efectos de lesiones cerebrales. En un accidente automovilístico ocurrido en 1962, Gary, de nueve años de edad, hijo del Dr. Thaine Billingsley, de Monterrey (Virginia), sufrió una gran lesión cerebral que lo dejó incapacitado para hablar, para ver y para mover los brazos y las piernas. Tras dos años de tratamiento por aquel sistema, Gary volvió a aprender a arrastrarse, a gatear y a estar de pie, aunque todavía no puede andar normalmente. Ha recuperado el habla y la vista. Lee con los muchachos de su edad y escribe caligrafía sin ayuda. Recientemente pasó sus pruebas de novato y se incorporó a la asociación de Exploradores.

Rita Stack, de dos años de edad, hija del Dr. William Stack, de Cheltenham (Pensilvania), no podía andar, hablar ni aun incorporarse a consecuencia de las lesiones cerebrales que sufrió a raíz de un ataque de meningitis. Pero a los dos meses de iniciado el tratamien-

to pronunció sus primeras palabras. Unos meses después comenzó a caminar. Hoy, a la edad de ocho años, está en el tercer año escolar y en cualquier actividad importante se clasifica igual o por encima de los de su edad.

"Tomasito ya comenzó a leer". Las investigaciones que se hicieron después sobre el nuevo tratamiento han traído una serie de procedimientos técnicos complementarios. Por ejemplo, por su relativa inmovilidad, muchos niños con lesiones cerebrales no han desarrollado los hábitos de respiración profunda esenciales para abastecer el cerebro con suficiente oxígeno. Para vencer esta dificultad, se coloca sobre la nariz y la boca del niño una pequeña mascarilla trasparente durante 60 segundos de cada hora de vigilia. "De esta manera, al inspirar el aire que ellos mismos espiran", declara el Dr. Doman, "se eleva pasajeramente el nivel de anhídrido carbónico de la sangre y se estimulan los centros respiratorios del cerebro para que se forme un reflejo de respiración más profunda y regular".

Las observaciones que han hecho algunos padres cuidadosos también han ayudado a perfeccionar la técnica fundamental. Hasta los tres años de edad, Tomás Lunski, cuyo cerebro se había lesionado al nacer, apenas podía arrastrarse, pero no podía hablar. Después, con el tratamiento de esquemas motores, comenzó a realizar rápidos progresos físicos. Cuando hizo la segunda visita a los Institutos, ya se apoyaba sobre sus rodillas y gateaba. Pero los Doman no podían creerlo cuando, poco antes de cumplir cuatro años de edad, sus padres les informaron que Tomás había comenzado a leer.

En un papel, el padre del niño escribió: "A Glenn Doman le gusta tomar jugo de tomate con sus hamburguesas durante el almuerzo". Tomás clavó la vista en la oración y luego la repitió, palabra por palabra.

Todavía incrédulo, Doman dijo: "Usted puede haber hecho que Tomasito se lo aprendiera de memoria". Y escribió: "El padre de Tomasito tiene una taberna y bebe mucha cerveza", entregando el papel al niño. Solemnemente, el pequeño de cuatro años leyó en voz alta el nuevo escrito, y agregó: "¡Por eso mi papá tiene la barriga tan grande!"

Durante las horas siguientes, Tomás pasó fácilmente y sin error pruebas de lectura de tercero, cuarto y aun sexto año. Luego, mientras los asombrados testigos discutían el significado de su actuación, el chico tomó una revista y se recostó a leer en la alfombra de la oficina.

Muy pronto los hermanos Doman y Delacato descubrieron que media docena de sus enfermos a quienes se suponía demasiado pequeños para leer, en realidad habían aprendido a hacerlo mientras se les enseñaba a gatear o a caminar. Animaron a otros padres

a poner al alcance de sus hijos abecedarios y libros de lectura por la imagen, como lo había hecho la familia Lunski con Tomasito.

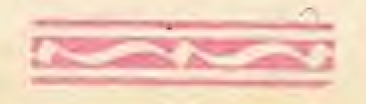
Todo el mundo ayuda. Si el tratamiento de formación de movimientos-tipo implica una carga, ésta no recae sobre los niños lesionados, sino sobre sus padres. Los instructores de los Institutos subrayan la importancia de que jamás se pase por alto parte alguna del horario diario de la formación de tipos. Para las familias numerosas, esto no plantea ningún problema grave de mano de obra. Pero en otros muchos casos la colaboración voluntaria de los vecinos con los padres ha resuelto aquel problema.

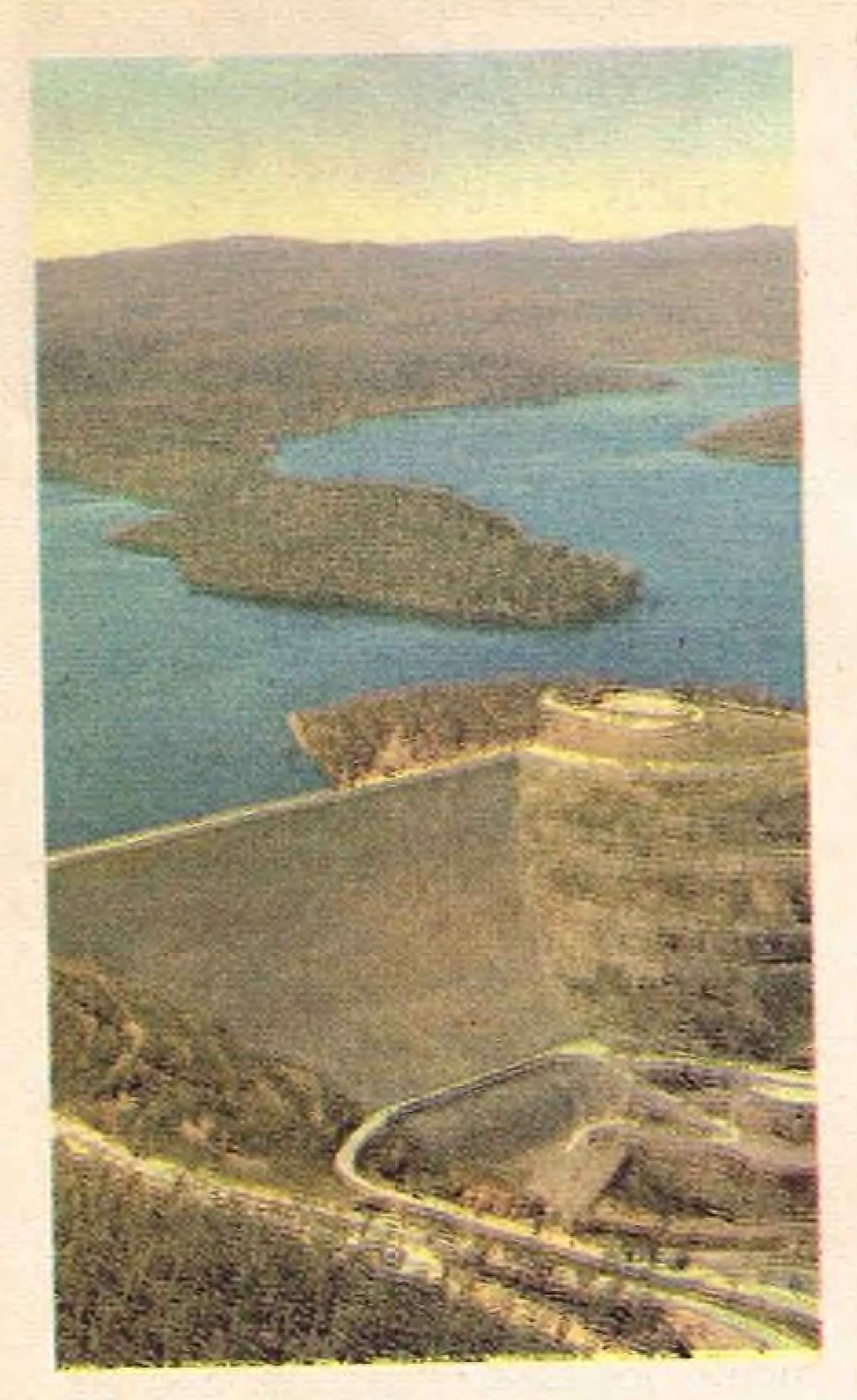
Quizá el mayor volumen de ayuda prestada por vecinos sea el que se dio a David Posnett, de once años de edad, en Buckingham (Pensilvania), quien, arrollado en 1961 por un automóvil que iba a gran velocidad, quedó reducido a la condición de recién nacido. La señora Betty Molesworth convocó a una junta de vecinos y consiguió que diez señoras asistiesen diariamente a los Institutos de Filadelfia, para seguir un curso de dos semanas sobre tratamiento para la formación de esquemas motores. Después, actuando cada una de ellas como jefa de grupo, recorrieron el distrito Bucks, en busca de más voluntarias, a quienes adiestraron.

Finalmente, el pequeño ejército de desconocidas visitadoras de turno de David llegó a tener 240 asociadas. Durante más de tres años las voluntarias llegaron a la granja de los Posnett cinco veces al día con regularidad cronométrica. Ayudar a David a vencer la parálisis y avanzar hacia una niñez normal resultó ser una experiencia muy satisfactoria. Hoy nadie recuerda cuándo ni cómo comenzó, pero al terminar cada sesión de formación de tipos, las visitadoras decían: "Gracias, David".

Nuevos adelantos. Con la esperanza de que la terapéutica para la formación de esquemas motores llegara a todas partes, hace dos años los Institutos de Filadelfia establecieron un centro de enseñanza para preparar personas como médicos y terapeutas en la recuperación del habla y de la acción física. Actualmente, los especialistas así entrenados están difundiendo los nuevos procedimientos en otros centros.

"Cuando lleguen a su apogeo esos centros independientes", dice Glenn Doman, "esperamos eliminar nuestra lista de espera de Filadelfia. Pero todavía es más importante el hecho de que habrá más médicos vigilando y observando independientemente a un mayor número de enfermos. De su trabajo deben surgir nuevos adelantos, tanto en la teoría como en las técnicas, que proporcionarán ayuda cada vez más eficaz a los lesionados del cerebro.





La presa de Adaminaby, eslabón del sistema de las montañas Nevadas, retiene las aguas del lago Eucumbene.

El descubrimiento de riquezas naturales en abundancia no sospechada ha dado a los australianos una nueva visión del futuro

Australia piensa en grande

Por Francis y Katharine Drake

Se levanta el telón y da principio el cuento de la Cenicienta del siglo, la súbita ascensión de la pastoral Australia a una posición de fabulosa riqueza y de brillante porvenir. Durante largo tiempo hijastra de Europa, y según el concepto popular tierra de canguros y del *wombat* o tejón de Australia, de conejos, tenistas que compiten por la Copa Davis y de nadadores veloces, esta isla-continente acaba de descubrir que posee lo que puede ser una reserva inagotable de algunos de los recursos naturales más valiosos de la Tierra. Para explotarlos, el país, que tiene 11 millones de habitantes y una fuerza de trabajo de 4.400.000, va a necesitar muchos millones más de trabajadores.

Oro líquido. La primera tarea que los australianos tienen que realizar en su carrera hacia el futuro consiste en derrotar a su viejo enemigo, la sequía. Todo ser viviente, hombre, animal o planta, y cualquier nuevo proyecto fabril o minero, dependen del "oro líquido". Más que ningún otro pueblo, los

australianos tienen siempre presente el problema del agua, ya que todos sus ríos combinados apenas reúnen la mitad del caudal del Misisipí; y aun cuando es cierto que sobre una buena parte del territorio caen lluvias abundantes, más del 92 por ciento de esta agua corre hacia el mar sin poder ser utilizada, o se evapora. Para remediar este desperdicio los australianos han acometido empresas gigantescas.

Entre las dos ciudades principales, Sydney y Melbourne, corren las montañas Nevadas, la alta cordillera divisoria del este del país. Sobre la vertiente de la cordillera que da a la costa los vientos alisios arrojan una enorme cantidad de lluvia y nieve, que en su mayor parte vuelve otra vez al mar, mientras que en la vertiente opuesta la tierra se reseca y va a confundirse con el abrasado interior, donde millones de hectáreas, potencialmente productivas, esperan la hora de alimentar al mundo. Para convertir parte de este Sahara en verdes campiñas, el gobierno de la Mancomunidad acometió la primera de las modernas maravillas de Australia, la construcción de la presa de Eucumbene.*

La zona es de más de 5000 kilómetros cuadrados. Por las faldas montañosas cubiertas de tupidos bosques de eucaliptos se han construido 1000 kilómetros de carreteras, 12 pistas de aterrizaje y una serie de ciudades. Se construirán nueve presas en la región del inmenso lago Eucumbene. Se han perforado túneles a través de las montañas para llevar el agua al interior y se han hecho las excavaciones para levantar diez centrales eléctricas a fin de suministrar electricidad a Sydney y a Melbourne. Con la venta de esta energía se pagarán las obras y se dispondrá de agua para riego, sin costo adicional.

Los millones de metros cúbicos de agua que produce ya la obra de las montañas Nevadas están restableciendo el equilibrio entre inundación y desierto; y no contentos con regar las tierras resecas inmediatas a las montañas por el oeste, los ingenieros se proponen aprovechar la fuerza del agua varias veces seguidas: durante la noche, la energía que no utilizan Sydney ni Melbourne se empleará para volver a elevar con bombas hasta los más altos lagos el agua ya usada, de modo que durante el día pueda correr nuevamente por los generadores.

La presa Eucumbene puede acumular 6500 millones de metros cúbicos de agua (nueve veces el volumen de la bahía de Sydney), pero los esfuerzos de la Mancomunidad no se detienen ahí: el proyectado embalse de Chowilla tendrá capacidad para 5850 millones de metros cúbicos; el del río Ord, para 3700 millones de metros cúbicos, y la presa del río Burdekin, en Queensland del Norte,

* Véase *Las cinco futuras maravillas del mundo*, en SELECCIONES de abril de 1963.



donde sólo se capta y utiliza un cinco por mil de la enorme precipitación pluvial del trópico, almacenará casi 8000 millones de metros cúbicos y creará un nuevo emporio agrícola y ganadero.

Todavía es más ambicioso el proyecto de riego de la región del interior, que parece un horno. El interior cubre una cuenca artesiana de más de 1500 kilómetros de diámetro; perforando pozos muy profundos se encontraría agua en grandes cantidades, mas para ello se necesitan poderosas bombas y la energía es escasa. Para remediar esta escasez, los australianos han apelado a la energía nuclear. Hoy funcionan ya reactores de prueba con combustible atómico importado de Inglaterra, pero los planes de ampliación han llevado a los australianos a buscar fuentes de aprovisionamiento dentro del país.

Combustible para el futuro. El primer descubrimiento importante de uranio se hizo en 1949 en el Territorio del Norte, en un remoto lugar conocido como Rum Jungle. Un individuo llamado J. M. White, que buscaba cobre, encontró un extraño mineral y, comparándolo con las ilustraciones que contenía un folleto oficial, lo identificó como mineral de uranio. Escribió a las autoridades de la capital, Canberra,

y de allá mandaron inmediatamente peritos y máquinas excavadoras. Al cabo de poco tiempo se había edificado un pueblo minero y ya se han producido varios millares de toneladas de óxido de uranio.

Un yacimiento mayor aún descubrieron en Queensland dos exploradores aficionados: el taxista Clem Walton y el maderero Norman McConachy. Avanzaban por el lecho seco de un arroyo, después de un fin de semana de inútiles exploraciones, cuando se les reventó un neumático. Mientras lo cambiaban, McConachy subió a una colina cercana para ver el terreno circundante y allí, con gran sorpresa suya, su contador Geiger giró con tal violencia que la aguja se salió del cuadrante. Acababa de descubrir la mina de uranio más grande de Australia.

Una gigantesca compañía minera angloaustraliana compró los derechos de esta mina, que ya ha producido 4000 toneladas de óxido de uranio refinado, y se calcula que el mineral descubierto hasta ahora podría llenar todas las necesidades de energía de Australia durante los próximos 40 años.

Los altos peñascos rojos. En 1955, Harry Evans, geólogo enviado por la compañía a buscar petróleo, encontró cerca de la bahía de Albatross, en el norte de Australia, un acantilado de brillantes peñascos rojos. Se conocían ya desde 1800, pero lo que comprobó Evans fue que el acantilado era bauxita pura, mineral del cual se extrae el aluminio. No había necesidad de excavar costosas galerías: la bauxita estaba a flor de tierra en una extensión de kilómetros y kilómetros. El estudio geológico reveló yacimientos de unos tres mil millones de toneladas: el mayor depósito que de este mineral hay en el mundo.

Observando los rojos peñascos, Evans comprendió que, para poder sacar la bauxita, su compañía tendría que realizar una tarea inmensa: se necesitarían diques, agua, electricidad, carreteras, poblaciones, un hospital, pistas de aterrizaje, un profundo canal entre los escollos y muelles lo suficientemente fuertes para resistir las grandes marejadas del golfo de Carpentaria.

En primer lugar había que proyectar un puerto, para lo cual se dragó un canal de 13 kilómetros, de manera que los barcos pudieran llevar los materiales para la construcción de los muelles. Al mismo tiempo se construyeron la población, los caminos y las presas, y se instalaron gigantescos trasportadores de banda, con capacidad para cargar en 48 horas un buque de 20.000 toneladas.

En Gladstone (Queensland), a 1500 kilómetros de distancia, la compañía acordó con otras empresas internacionales productoras de aluminio la construcción de la mayor beneficiadora de alúmina en el mundo, con capacidad para producir 600.000 toneladas anuales. En Tasmania, la isla situada al sur de

Australia pero que forma parte integrante de ella como Estado de la Mancomunidad, se producirá el aluminio terminado, aprovechando sus amplios recursos hidroeléctricos. Ya existen en la nueva Australia los mercados que están esperando grandes cantidades de productos baratos de aluminio.

Montañas resplandecientes. Encerrada en la soledad, detrás del gran desierto de Australia Occidental, en una región que pocos blancos se atreven a explorar, se encuentra una larga cadena de montañas, las Hamersley. En este lejano paraje se han descubierto enormes depósitos de mineral de hierro de alta calidad.

También en este caso el descubrimiento fue casi accidental. Lang Hancock, ranchero de la localidad interesado en minerales, observó la presencia de mineral de hierro en muchos sectores dispersos de las montañas. En el trascurso de muchos milenios las rocas blandas habían sido erosionadas por la violencia de los monzones, hasta dejar el mineral de hierro a la vista, listo para ser recogido. Los cálculos de los mineros indican más de ocho mil millones de toneladas. Se prevén acerías, ferrocarriles, buques y exportaciones sin límite.

Entre el sueño y la realidad, sin embargo, se alzaban serios obstáculos. Hamersley está a 1050 kilómetros de Perth y la temperatura pasa con frecuencia de 49 grados centígrados a la sombra. No hay caminos ni ferrocarriles, ni ciudades ni reservas de agua. Se ha formado un consorcio de varias compañías y se va a construir un puerto en el océano Índico, a 280 kilómetros de la mina, para poder llevar por mar los elementos necesarios y exportar el mineral al Japón. Después se tenderán rieles a través de la región y se construirán presas, para retener en embalses artificiales las lluvias del monzón.

Amenaza conjurada. Para obtener el petróleo que necesita, Australia ha dependido hasta ahora del Oriente Medio y de Indonesia, y si estas fuentes de abastecimiento quedaran cortadas, una gran parte del país se vería paralizada. Para conjurar esta amenaza, Australia realiza exploraciones a fin de encontrar petróleo. Una empresa australiano-norteamericana descubrió el Campo Moonie, cerca de Brisbane. En este campo, que promete ser el primero de importancia que se encuentra en el país, se están produciendo ya 5000 barriles diarios; se ha tendido un oleoducto de 300 kilómetros para llevar este producto a Brisbane, donde se construyen dos grandes refinerías. El petróleo pasará a ser, lo mismo que la energía hidroeléctrica, uno de los pilares de la economía nacional.

Colonización del Oeste. A 3600 kilómetros de Melbourne y Sydney, y más allá de la yerma llanura de Nullarbor, queda el rico Estado de Australia Occidental, de mayor tamaño que la República Mexicana, el cual, aunque suministra el 17 por ciento de la producción

de Australia, sólo está habitado por un siete por ciento de la población del país. Tiene de todo: carbón, hierro, oro, titanio, lana, ganado vacuno, trigo y pesca.

Para aprovechar cabalmente estas inmensas riquezas, Australia está unificando su caótica red ferroviaria, que actualmente está compuesta por vías de ancho diferente. Con el tiempo, una sola línea uniforme correrá hasta la costa occidental, para terminar en Perth, magnífico puerto sobre el océano Índico, al otro lado del cual están algunos de los mejores clientes de Australia: Singapur, Tailandia, la India, África, Europa y Japón.

En los alrededores de Perth se están levantando algunas de las mayores fábricas jamás construidas en el occidente del país: la acería BHP (de 45 millones de libras australianas), en Kwinana, alimentada con las ilimitadas reservas de las montañas Hamersley; la refinería, también con un costo de 45 millones de libras, de la British Petroleum, que elabora el petróleo crudo procedente del Oriente Medio y que más tarde, según se espera, se abastecerá de crudos australianos; la fundición de alúmina de Alcoa, que utiliza los grandes yacimientos de bauxita de la cercana cordillera Darling. Al sur de Perth, los inversionistas británicos están construyendo una fábrica para la conversión del rutilo en pigmentos para la industria de la pintura. Un poco más lejos, en Esperance, los norteamericanos financian un proyecto de desarrollo agropecuario en una superficie de 566.000 hectáreas, con pozos profundos, presas, riego controlado y el empleo de vestigios de ciertos minerales para enriquecer el suelo.

Tierra del mañana. Para explotar plenamente sus increíbles recursos, Australia necesita principalmente tres cosas:

• *Técnicos.* En un informe del Instituto Stanford de Investigaciones, de California, se dice que "el factor limitativo más importante del desarrollo de Australia es la relativa escasez de técnicos muy capacitados".

• *Capital propio.* Aunque los bancos australianos están atestados de cuentas de ahorros (2250 millones de libras australianas) y las compañías de seguros tienen cientos de millones, sólo una pequeña parte de esta riqueza se arriesga en inversiones. Los australianos han conocido auges y quiebras, depresiones y sequías, y se han tornado sumamente cautelosos; tanto que a menudo exigen a las nuevas empresas réditos elevadísimos, en general del siete al diez por ciento. Por causa de esta actitud gran parte de la riqueza que producen los recursos del país está pasando a manos de extranjeros.

• *Población.* Australia es uno de los países más despoblados del mundo, con 1,4 habitantes por kilómetro cuadrado, frente a la cifra de 216 en Gran Bretaña y de 296,5 en Bélgica. Para llenar sus grandes extensiones deshabitadas y atender

al crecimiento económico, el gobierno ha destinado 11 millones de libras para atraer inmigrantes, y espera poder alcanzar la cifra de 150.000 por año. No existe ninguna limitación. Para ser aceptados, los inmigrantes sólo necesitan presentar certificados de buena conducta, saber leer y escribir y tener voluntad de trabajar. Australia costea el pasaje en todo lo que exceda de 10 libras por cada adulto procedente de Gran Bretaña y trasporta gratis a los menores de 19 años.

También se ofrece ayuda, en materia de pasajes, para los inmigrantes procedentes de Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Holanda, Irlanda, Italia, Malta, Noruega, Suecia, Suiza, y hasta de los Estados Unidos. Los funcionarios de inmigración reciben a los recién llegados en los barcos o aviones y los encaminan (por cuenta del gobierno) a donde quieran dirigirse. En el punto de destino final, las asociaciones de buenos vecinos les ayudan y facilitan su instalación.

El porvenir de Australia está lleno de promesas, y quizá la más brillante de todas ellas se mostró en un gran desfile celebrado la pasada primavera en Melbourne, cuando decenas de millares de escolares, rebosantes de salud y vigor juvenil, símbolo del espíritu de Australia, marchaban adelante valerosamente, entre filas de espectadores entusiastas, hacia un magnífico porvenir.

Vida del deportista

Cierto cazador estuvo en un hotel y, con la ayuda de un perro llamado Vendedor, cobró una gran cantidad de piezas. Al año siguiente volvió al mismo albergue y pidió que le prestaran de nuevo a Vendedor.

—Ese maldito galgo ya no sirve para nada —dijo el entrenador.

—¿Qué le pasa? —preguntó el cazador—: ¿Está herido?

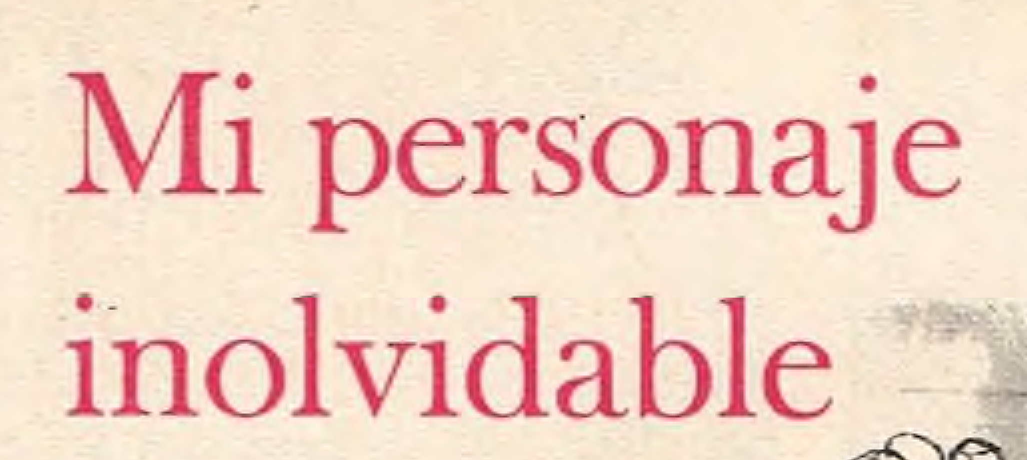
—Nada de eso; algún loco que vino aquí lo estuvo llamando Director toda la semana... y ahora lo único que sabe hacer es quedarse sentado y ladrar.

—M. M.

El 20 de julio de 1963 un grupo de destacados capitanes de industria norteamericanos estaba pescando en compañía de un indio en el Canadá. Al caer la tarde de aquel día caluroso el guía echó un vistazo al cielo y dijo: "Mmm... está oscureciendo... parece que va a llover... pónganse los impermeables". Los "grandes cerebros" obedecieron ciegamente, y se calaron las gabardinas... ¡para pasar sudando todo el tiempo que duró el eclipse!

—Sra. L. O.

Mi personaje inolvidable



POR LORD ATTLEE

NANCY ASTOR, vizcondesa británica nacida en los Estados Unidos, era muy capaz de habérselas con cualquier contrincante. Cuando en diciembre de 1919 fue la primera mujer que ocupó un escaño en la Cámara de los Comunes, muchos diputados no vieron con buenos ojos su presencia en ese cuerpo legislativo. Winston Churchill la hizo objeto de repetidos desaires por espacio de dos años. Andando el tiempo, al preguntarle lady Astor el porqué de ese proceder, Churchill le explicó llanamente: "Al verla entrar a usted en la Cámara de los Comunes me sentí como si una señora hubiera entrado en mi cuarto de baño en el momento en que yo no tenía otra protección que una esponja". A lo cual Nancy replicó: "¿Y no se le ocurrió a usted que su facha habría sido la mejor protección?"

Por aquella época los antifeministas trataron con frecuencia de ponerla en aprietos al interrogarla en los mítines. Una mujer preguntó si lady Astor sería partidaria de que enmendasen la ley del divorcio. Esto era una velada alusión al infortunado episodio del divorcio de la propia Nancy, hacía ya años. Con súbito aire de profunda solicitud, Nancy le dijo: "Siento mucho que esté usted pasando por ese trance". La risotada fue general, y la que había pretendido mortificar a Nancy escapó apresuradamente.

En otra ocasión alguien trató de desconcertarla preguntándole en

son de burla: "Dígame, señora: ¿cuántos dedos tiene el pie de un cerdo?" La contestación de Nancy fue memorable: "Descálcese, hombre, y cuéntelos usted mismo".

Sutil vizcondesa. Conocí a Nancy Astor en 1922, el año de mi ingreso en el Parlamento. Para ese entonces era ya la vizcondesa Astor un personaje de la Cámara de los Comunes. Atildada, menudita, de facciones expresivas, de genio vehemente, le era imposible callar al oírle decir a cualquiera de los diputados algo que a ella le sonase a tontería: "¡Bu!" "¡Pamplinas!" "¡Bah!" exclamaba, acompañando estas interjecciones con elegante y desdeñoso ademán. En más de una ocasión tuvo el presidente de la Cámara que llamar al orden a la honorable lady.

Incontenible, irrespetuosa, siempre con la palabra a flor de labio, la vizcondesa Astor fue la figura femenina más pintoresca del mundo político de la Inglaterra moderna. Pero fue algo más que una nota festiva en el austero recinto de la Cámara de los Comunes. Apasionada partidaria de las reformas sociales, procuró siempre mejorar la suerte de la obrera madre de familia, elevar el límite de la edad en que es obligatoria la asistencia a la escuela, reducir la jornada de trabajo de las empleadas de mostrador. Abogó ardorosamente por el mejoramiento de la vivienda, por la reforma penal, por la restricción del consumo de bebidas alcohólicas, asunto este último que constituyó su primera causa política.

En más de una ocasión trató de demostrarme que los verdaderos partidarios de las reformas sociales se hallaban en el partido conservador más que en el laborista. Aunque nunca me convenció de que así fuese, he de reconocer que a Nancy se debió, tanto como al que más, la trasformación habida en la política de los conservadores, quienes en vez de defender el *status quo* dieron en abogar por los programas de bienestar social. Con la misma acritud con que fustigaba al laborismo por lo que a ella le pareciese condenable, criticaba a su propio partido. "Algunos conservadores pertenecen a la época de Noé", dijo hace 30 años. "A más de no haber salido todavía del Arca, ni siquiera se han asomado a ver lo que hay fuera de ella".

Con el correr de los años fue formándose una copiosa colección de "astorismos", como llamaban a los agudos dichos de lady Astor. En cierta reunión electoral comentó: "No soy oradora, ni deseo serlo. Demasiadas frases bonitas he oído de labios de los mayores tontos de Europa". Feminista convencida, afirmaba rotundamente: "Nosotras haremos que el mundo sea un lugar seguro para los hombres. Harto inseguro lo han hecho ellos para

---

Clement Richard Attlee, ex-primer ministro de la Gran Bretaña y ex-jefe del partido laborista, recibió el título de vizconde de Prestwood, que fue creado para él en 1955.

nosotras". A veces la abundancia de su ingenio la descarriaba. Recuerdo muy bien aquella sesión de la Cámara de los Comunes en la cual al oírle deplorar a un diputado la creciente disminución de la natalidad en la Gran Bretaña, Nancy se puso vivamente en pie para exclamar: "¿No es verdad que en Italia ha disminuido la natalidad, pese a cuanto a fin de fomentarla ha hecho personalmente Mussolini... ayudado por el Romano Pontífice?" Lo ambiguo de la referencia al Papa ocasionó general explosión de hilaridad, en la que lady Astor participó gustosamente.

Le encantaban los torneos de agudeza verbal. En una ocasión, Jimmy Thomas, miembro del partido laborista, que fue a menudo huésped de los Astor, insinuó en son de chanza que, al llegar su partido al poder, el palacio de Cliveden, propiedad de los Astor, pasaría a ser de la nación. "En ese caso, señor Thomas", le dijo Nancy, "tendrá usted que hacer algo que jamás ha hecho antes: pagar hospedaje".

Winston Churchill fue, según parece, el único que alguna vez logró derrotarla. "Si fuese usted mi marido, le echaría veneno en el café", le dijo lady Astor en el curso de cierta famosa discusión. "Y yo, si fuese usted mi esposa, me lo bebería", repuso Churchill.

Los Langhorne de Virginia. Nancy Astor nació en 1879 en Danville (Virginia). Su padre, Chiswell Dabney Langhorne, pertenecía a la generación empobrecida por la guerra de Secesión, pero había logrado rehacer la fortuna de la familia y pudo así darles a sus cinco atractivas hijas la esmerada educación propia del Sur de los Estados Unidos en la época anterior al conflicto. En Mirador, la residencia de los Langhorne, aprendió Nancy a gobernar una gran casa, a recibir con elegancia y a ser diestra amazona. Fue escaso el tiempo que dedicó al estudio.

A los 18 años casó con un apuesto y culto bostoniano, que era un alcohólico, circunstancia esta de la cual no estaba enterada Nancy. Aunque de la unión hubo un hijo, el matrimonio acabó en divorcio. Tan amargo lance despertó en Nancy una honda repugnancia por las bebidas alcohólicas, de las que rara vez probaba una gota.

En 1905, durante una travesía a Inglaterra, conoció a Waldorf Astor, primogénito del fabulosamente opulento William Waldorf Astor, excéntrico norteamericano que se estableció y naturalizó en Inglaterra. Waldorf Astor era dado a la política, y muy poco parecido en su manera de ser a los elegantes y frívolos galanes que revoloteaban en torno de la hermosa Nancy. A ésta le cayó en gracia, tanto por lo juicioso de sus aficiones como por la coincidencia de que fuese tan abstemio como ella misma, pues nunca fumaba ni bebía.

En 1906 contrajeron matrimonio. El padre de Waldorf les hizo un suntuoso regalo: el palacio de Cli-

veden, soberbio edificio victoriano que tenía 30 alcobas de respeto y necesitaba una servidumbre de 20 personas.

La vivaz norteamericana, que conservó siempre no poco del acento de su nativa Virginia, no tardó en convertirse en figura conspicua de la sociedad inglesa. Todo el mundo visitaba Cliveden: políticos como lord Curzon y como Asquith, primer ministro en el gabinete liberal; escritores como Rudyard Kipling y James Barrie; artistas, diplomáticos, estadistas. Entre los invitados de lady Astor se contaba el rey Eduardo VII . . . a la par que oscuros visitadores sociales.

Precursora en la política. Nancy hizo su entrada en la política en 1910, cuando su esposo fue candidato del partido conservador a la Cámara de los Comunes por un distrito pobre de Plymouth. Al tomar entonces parte activa en la campaña electoral, Nancy habló en público por primera vez en su vida. Su método era sencillo: se ponía en pie y hablaba con la misma naturalidad y animación con que lo habría hecho en la sala de su residencia. La cosa fue de su agrado.

Waldorf Astor se condujo con brillantez en la Cámara de los Comunes por espacio de nueve años. De ideas progresistas, vivamente interesado en la reforma social, fue excelente guía y maestro para su esposa. En 1919, al fallecimiento de su padre, William Waldorf Astor (a quien se había conferido el título de vizconde), heredó el título Waldorf y quedó inhabilitado para seguir en la Cámara de los Comunes.

Como el año anterior se le había reconocido a la mujer británica el derecho a votar y a ser elegida, pudo Waldorf proponer la candidatura de su esposa para la diputación que él dejaba vacante. Nancy era, por de contado, sobradamente conocida en el distrito de Plymouth, y salió electa por considerable mayoría de votos. Al ocupar su puesto en la Cámara de los Comunes puso fin al monopolio ejercido en el Parlamento por los varones, hecho que fue una noticia de primera plana en la prensa de todos los países.

En el discurso con que Nancy inició su carrera en la Cámara de los Comunes, en febrero de 1920, abogó por que se mantuviesen vigentes las restricciones impuestas en la época de guerra al comercio de bebidas alcohólicas. Es dudoso que ganase muchos partidarios para la causa de la temperancia (motivo siempre de grande hilaridad en el recinto de la Cámara), pero ella continuó sosteniéndola con tesón. En 1923 consiguió la aprobación de la ley por la cual se vedaba que en los establecimientos públicos se vendiesen bebidas alcohólicas a personas menores de 18 años.

Puntual en la asistencia a las sesiones, nunca se vio que faltase Nancy Astor del escaño de la segunda fila que le habían asignado

en propiedad, aun cuando la distribución de ellos no estuviese formalmente reglamentada en la Cámara de los Comunes. Asimismo adoptó, a modo de uniforme parlamentario, un elegante vestido o traje sastre negro con un ligero toque de blanco en el cuello o en los puños.

Su carrera parlamentaria abarcó 25 años y siete períodos electorales, en los que no perdió una sola elección. Feminista entusiasta, estuvo pronta en todo momento a defender los derechos de la mujer frente a la oposición masculina, que pretendía mantenerla relegada al hogar. Calculaba astutamente el efectista alcance de sus declaraciones; así se ganaba la atención pública. A Nancy Astor se debe en gran parte que la intervención de la mujer en la política (en la Cámara de los Comunes hay en la actualidad 25 diputadas) sea hoy un fenómeno común y corriente.

Otra motivación dominante en ella era su compasión ante el padecimiento humano. Cuando quiera se trataba de cuestiones relacionadas con madres indigentes, trabajo de menores de edad, socorro oficial a la infancia desvalida, Nancy estaba invariablemente del lado de la misericordia. Por medio de obras de filantropía privada prestó un enorme servicio al fomentar en toda Inglaterra la creación de escuelas de párvulos.

En más amplio campo. Fue elocuente partidaria de la Sociedad de Naciones. Votó por la abolición de la pena de muerte. Estuvo a favor de la independencia de la India cuando esto se consideraba, hacia principios del cuarto decenio de este siglo, falta imperdonable en el partido conservador, al que ella pertenecía. En una cuestión capital estuvimos ella y yo en completo desacuerdo. Antes de la segunda guerra mundial Nancy era de opinión de que con apaciguar a los nazis se aseguraba la paz de Europa. Este trágico error (en el cual cayeron millones de ingleses) nacía en Nancy de su aborrecimiento de la guerra, pero jamás de que simpatizase con el nazismo. Al asistir en Londres a una reunión en casa de los Astor, Ribbentrop, ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, correspondió con un "*Heil* Hitler!" al saludo de Nancy. "No nos venga aquí con esas tonterías", le dijo ella, y le volvió la espalda. Después de la guerra se sintió muy complacida al enterarse de que la Gestapo tenía su nombre en la lista de los ingleses que debían ponerse a buen recaudo una vez que los alemanes hubieran conquistado a Inglaterra.

Con profundo respeto. Años de ardua prueba fueron los de la segunda guerra mundial para el vizconde Astor, alcalde de Plymouth, ciudad sometida en aquella época al tormento de prolongados bombardeos alemanes. En 1944 su quebrantada salud le inclinó a desistir de acompañar a su esposa en una nueva campaña electoral, como siempre lo hizo en ocasiones ante-

riores, en las que fue su principal apoyo. Por tanto lady Astor manifestó que al expirar aquel período se retiraría del Parlamento. Gráficamente describía lord Astor lo dificultoso que había sido para él no quedar rezagado de su esposa: "Al casarme con Nancy, enganché a una estrella el carro de mi fortuna. Cuando Nancy ingresó en el Parlamento, caí en la cuenta de que lo había yo enganchado a un cohete V-2".

El discurso de despedida de Nancy fue conmovedor. "Me oprime el corazón este adiós. Me marcho con el más hondo pesar; y con el más profundo respeto por la Cámara de los Comunes. Dudo que los miembros de ninguna otra asamblea habrían sido tan tolerantes con una mujer que siendo, como yo lo soy, nacida en el extranjero, ha combatido contra tantas cosas en las que ellos creen".

Cuando se retiró del Parlamento, lady Astor tenía 66 años de edad y mostraba la misma energía y el fervor de siempre. Un año después decía de sí misma: "Soy un volcán apagado". Pasados cinco años, sin embargo, en una entrevista de prensa declaró: "Es curiosa, ¿no les parece? la tendencia que tienen los volcanes apagados a despertar de cuando en cuando. Se diría que ahora soy, más o menos, un volcán que todavía ruge".

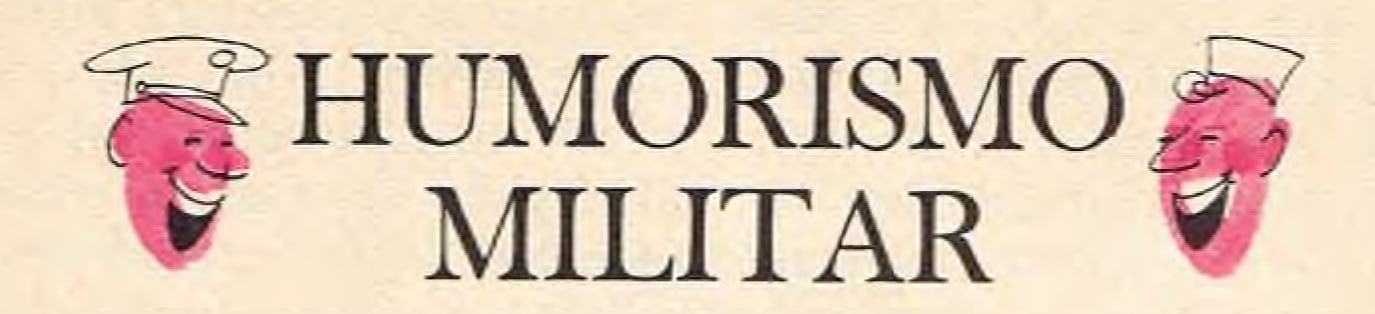
A su fallecimiento, ocurrido en mayo del año pasado, el mundo entero le rindió homenaje. Sea cual fuere el veredicto de la historia, habrá de trascurrir mucho tiempo antes que el frío del olvido cubra las volcánicas cenizas de su recuerdo.

¡Al fin!

En el libro *Presidentes que me han conocido* cuenta George Allen que una vez cenaba en casa de un amigo que tenía un invitado venido de Inglaterra. "Al caer la noche, el inglés quedó maravillado con el espectáculo de luces centelleantes que dieron las luciérnagas, y preguntó si no sería posible aclimatar algunos de estos insectos en el condado de Surrey donde vivía. Como ninguno de los invitados conocía los requisitos de aquel coleóptero, le indicaron que se dirigiera a la Secretaría de Agricultura. Al día siguiente, tras una larga busca a través de interminables corredores, el inglés se encontró en el despacho del perito en luciérnagas de la Secretaría, quien durante dos horas lo entretuvo con una disertación sobre los hábitos del fosforescente insecto. Terminada la conferencia, el visitante le dio las más efusivas gracias por la instrucción recibida.

"Al contrario", repuso el experto; "soy yo quien debe agradecer su interés. Desde hace 35 años que estoy aquí estudiando las luciérnagas, esta es la primera vez que alguien me pregunta algo acerca de ellas".

— Editores: Simon & Schuster



HUMORISMO MILITAR

No MENOSPRECIE nunca la inventiva de los oficiales de la fuerza aérea. El comandante de la escuadrilla de que forma parte mi marido volaba sobre el Atlántico a bordo de un B-47 a 10.000 metros de altura. En eso los pilotos vieron con disgusto un ratón que jugueteaba por la cabina. Como no le agradaba la perspectiva de tener como compañero de viaje al roedor durante las próximas siete horas, el comandante ordenó a la tripulación ponerse las mascarillas de oxígeno, para poder eliminar la presión de la cabina... convirtiendo así el avión de bombardeo en la trampa para cazar ratones más costosa del mundo (cuatro millones de dólares). —N. M. S.

EN UN campamento militar de Hawaii, y destinada en el cuerpo femenino de la infantería de marina, se encuentra una dama muy exigente. Quiere al instante cualquier cosa que pide. Un día tenía que ir en comisión oficial a la estación naval de Pearl Harbor. Llamó a la oficina de trasportes y solicitó que le facilitaran un medio de locomoción. El sargento de turno le explicó que en aquel momento no había ningún vehículo disponible, pero que le mandarían un automóvil en cuanto fuese posible.

—¡Sargento! —dijo perentoriamente la infante de marina—; estaré esperándoles en la calle dentro de tres minutos y quiero que me tenga listo algún medio de trasporte.

A los tres minutos salió a la calle y... le entregaron una escoba. —A. L. B.

SE HA escrito mucho sobre los médicos militares. Yo, como soy técnico radiólogo de un hospital del ejército, hacía poco caso de tales anécdotas... hasta que me tocó experimentar la cirugía en carne propia. Bajo los efectos de la anestesia local, esperaba el comienzo de la intervención, cuando oí que uno de los médicos le decía al otro:

—¿A quién le tocará este?

—¡Ojalá sea a mí! —repuso el otro—; ¡me hace falta práctica! —M. G.

MIENTRAS mi esposo, que estaba de servicio en Friedberg (Alemania), efectuaba unas diligencias en la oficina de la policía militar, oyó la lectura del siguiente parte sobre un accidente: "Viajaba tranquila-

mente por la carretera, cuando un borracho que venía por en medio del camino me atropelló". Al soldado, que obviamente estaba algo achispado, le preguntaron cómo sabía que el otro estaba ebrio, y repuso: "Tenía que estarlo; de otra manera no me explico que viniera manejando un árbol". —R. K.

A LOS coroneles del ejército norteamericano se les suele apodar "águilas gritonas" debido a la insignia que llevan en el hombro. Mi hermano, que hace poco se retiró con grado de coronel, volvió a nuestro pueblo con su esposa y su hijo de siete años. Poco después de llegar, lo llamé por teléfono y a la llamada contestó mi sobrino.

—Quiero hablar con el águila gritona —le dije en son de broma.

—¡Mamá! —gritó el muchacho—; ¡te llaman por teléfono!

—J. G.

UN AMIGO mío, que fue tercer contramaestre interino de un buque de carga en la segunda guerra mundial, me refirió la siguiente anécdota:

"La mayoría de los tripulantes, incluso el capitán, nos habíamos alistado sólo para el tiempo que durase la guerra. El primer contramaestre, sin embargo, era un marino de carrera, con 22 años de servicio. Mostraba un olímpico desprecio por los *marineros de agua dulce*, y vivía criticando a la tripulación y los métodos que empleábamos.

"Un día, cerca de Guadalcanal, hacía yo de timonel. El contramaestre se hallaba a mi lado e iba haciendo algunas observaciones que al capitán le sonaron demasiado ofensivas. Éste, pausadamente, se volvió a varios marineros y ordenó:

"—¡Echen a ese hombre al agua!

"Aunque les extrañó la orden, los marineros la cumplieron. Entonces el capitán me ordenó virar el buque en redondo. Describiendo un círculo completo, nos detuvimos para izar al contramaestre, que estaba echando chispas. Tuvo que cuadrarse con el uniforme chorreando, y entonces mi capitán le dijo:

"—La maniobra que acabamos de realizar se ejecutó sin estar usted presente. Me parece que podremos llegar a puerto sin más consejos suyos.

"Y así lo hicimos". —W. H. B.

EN CIERTO centro militar de los Estados Unidos la esposa del general —llamémosla señora Smith— se quejaba de que, cada vez que iba a visitar el alojamiento de las enfermeras, se encontraba a varios oficiales en el edificio. Insistía en que el general tenía que poner remedio a esa situación inmediatamente.

A la mañana siguiente apareció un letrero recién pintado sobre la puerta del alojamiento de las enfermeras: "Queda prohibida la entrada en este edificio a la señora Smith". —D. J. A.

El actor que vivió su papel

Un actor desempeña su papel en la vida real: la historia secreta de una crónica famosa.

POR H. ALLEN SMITH

EL CALOR y la humedad reinaban en la sala de redacción del *World-Telegram* de Nueva York aquel 26 de julio de 1938. Yo era uno de los cronistas encargados de redactar las noticias que telefoneaban los reporteros, pero había muy poco que escribir y estaba sin hacer nada, con los pies encima de la mesa. De pronto partió un grito de la mesa del redactor de notas locales.

—¡Contesta al 2, Cabeza Hueca!

Bajé los pies, me puse los audífonos y, mientras deslizaba una hoja de papel en la máquina de escribir, le dije a Ella, la telefonista:

—Páseme la llamada del 2.

Clic.

—Smith, de noticias —dije.

—Habla Lee Tracy —me respondió una voz—. Escuche, tengo algo que puede ser una crónica sensacional...

—¿Dijo usted Lee Tracy? —interrumpí—. ¿El actor?

—Así es.

Era la misma voz que había oído tantas veces desde las pantallas de cine, de manera que comprendí que no se trataba de un bromista. Lee Tracy se había hecho famoso en la escena, representando al rudo cronista policiaco. Hildy Johnson, en *The Front Page*, comedia sobre la vida periodística en Chicago.

—Vamos —repuso con impaciencia—. Aquí está la crónica. Hace diez minutos, cuando salía del hotel St. Regis...

DEJEMOS esta comunicación telefónica y trasladémonos a la parte alta de la ciudad, en el cruce de la

Quinta Avenida con la calle 55, esquina en la cual se levanta el venerable St. Regis, que tiene enfrente al hotel Gotham. Aquella mañana, a eso de las 11:30, un peatón que miraba por casualidad hacia lo alto del Gotham, que tiene 21 pisos, vio un hombre que salía por una de las ventanas del piso 17. La cornisa de piedra mide a esa altura una anchura que varía de 30 a 60 centímetros y el hombre anduvo por ella hasta que estuvo a mitad de camino entre dos ventanas abiertas. Entonces se detuvo, en el borde de la cornisa, oscilando ligeramente.

Así comenzó un suceso sensacional, al que en mi recuerdo sólo el vuelo solitario de Lindbergh a París puede superar por su emocionante interés. "El hombre de la cornisa", como se le llamó después en varios libros y en una película, se llamaba John Warde, y era un joven moreno y bien parecido, de 26 años, demente maníaco-depresivo, con dos tentativas anteriores de suicidio.

A los diez minutos de habérsele descubierto, las aceras estaban llenas de gente, el tráfico se había paralizado y comenzaban a llegar los piquetes de policías y bomberos haciendo sonar sus sirenas. Pronto las cadenas de radio habían colocado sus equipos en el lugar y comenzaban a trasmitir a todo el país el relato de lo que sucedía, segundo a segundo. En la calle, los fotógrafos se tendían de espaldas en el suelo, apuntando con sus cámaras hacia arriba e insultando a los espectadores que los pisaban. A medida que trascurrían las horas, parecía que todo el mundo en los Estados Unidos seguía en tensión y con ansiedad el suceso, en espera del salto mortal.

En las habitaciones del hotel que correspondían a las dos ventanas abiertas, había policías y bomberos, y una extraña multitud de sacerdotes, yogis, curanderos de almas y gente que tiene como profesión la de disuadir con palabras convincentes a quienes se quieren suicidar. Un policía se puso el uniforme de botones del hotel y se pasó varias horas asomado a una ventana, hablando con John Warde.

Llegó la hermana de Warde y le imploró que entrase, sin que consiguiera nada. Por último llegó una red de carga, se tendieron unas cuerdas desde el piso 18 y varios obreros estuvieron colocando la red, para que detuviera a Warde en su caída, si saltaba o se caía.

Pasaron las horas de la tarde y John Warde seguía pegado a la cornisa. A veces se acercaba hasta el borde, haciendo chillar a las mujeres que estaban en la calle. La red se había enredado entre las cuerdas y colgaba inútil pegada al edificio. De vez en cuando Warde se sentaba en la cornisa para descansar y fumaba un cigarrillo tras

---

H. Allen Smith es un periodista que se pasó al campo del humorismo. Después de publicar su famoso *Low Man on a Totem Pole* ha seguido escribiendo libros sin parar. El más reciente de ellos, *A Short History of Fingers*.

otro. La multitud continuaba abajo sin pensar en marcharse. Llegó la noche y varios reflectores iluminaron el hotel.

Alrededor de las 10:30, los obreros consiguieron desenredar la red y encontraron la forma de colocarla adecuadamente. Varios hombres con cinturones salvavidas estaban listos para descolgarse desde arriba y rodear a Warde de modo que no pudiera saltar. Pero al percatarse de lo que le preparaban, y después de 11 horas de estar en la cornisa, se lanzó al vacío.

Su cuerpo golpeó contra un saliente, cayó dando vueltas, chocó con la marquesina del hotel y por último se estrelló en el borde de la acera. Los gritos de las mujeres asustaron hasta a los policías y bomberos. Muchas de ellas se desmayaron mientras Warde exhalaba el último suspiro, y fueron necesarios 300 policías para mantener a la multitud alejada del cadáver.

VOLVAMOS ahora al comienzo de la historia y a la llamada telefónica de Lee Tracy.

—Cuando salía del hotel St. Regis —me dijo el actor— pude observar que se estaba aglomerando la gente. Alcé la vista y vi a ese hombre que parecía estar a unos 1500 metros de altura. Conté los pisos y oí las sirenas de los camiones de bomberos que se aproximaban. ¿Sabe lo que hice? En alta voz, como si hablara con alguien, me dije: "¡Esta puede ser una gran crónica! ¡Tengo que llamar al diario!" Me volví y estaba a punto de entrar en el hotel de nuevo, ¡cuando recordé que *yo no trabajaba para ningún diario!*

Usted sabe que hace diez años hice el papel del reportero Hildy Johnson en la comedia *The Front Page*, en Broadway, y que eso determinó un nuevo aspecto en mi carrera. Desde entonces he estado personificando a periodistas, con el ala del sombrero vuelta hacia arriba por delante y una botella de whisky en el bolsillo. No es que Broadway y Hollywood me hayan identificado con el periodismo, sino que yo mismo me siento metido en él. Por eso, en cuanto vi a ese hombre comprendí que revivía mi papel... tenía que llamar a mi diario.

El *World-Telegram* estaba en la calle poco después con la crónica en primera plana. Nos adelantamos a los demás diarios en tres cuartos de hora o más. Vencimos a nuestros rivales al publicar la crónica metropolitana más sensacional de los últimos años. Y todo porque un actor se había aprendido tan bien su papel que llegó a representarlo en la vida real.

HABLANDO con el consejero vocacional decía un muchacho de 16 años: "Pero ¿cómo voy a saber lo que haré al terminar mis estudios? ... A lo mejor todavía no han inventado el trabajo que haya de tocarme".

— *The Improvement Era*

Por James Poling

Condensado de
"Shreveport Magazine"

La plaga más exótica del mundo

Esta hermosa flor silvestre se ha convertido en acuática amenaza que obstruye miles de kilómetros de vías fluviales, acaba con la fauna, y se resiste tercamente a que la erradiquen.



Seducido por la galana apariencia de orquídea que tiene el jacinto de agua, o camalote, cierto romántico llamó a esta flor "sinfonía en lila destinada a ser ornato del mundo". Para el ejército de científicos que están tratando de impedir que tal lirio acuático obstruya las vías fluviales de los Estados norteamericanos colindantes con el golfo de México, o las del Asia Meridional, del África, de la América del Sur y de Australia, el nombre más apropiado al jacinto de agua sería "la plaga morada". A la circunstancia de ser una de las plantas acuáticas que

más abunda en las aguas dulces se añade la de que con su tozuda y maligna persistencia corre parejas su belleza incomparable.

El jacinto de agua se reproduce con rapidez increíble. Diez pequeños ejemplares alcanzan a dar, en una sola temporada, arriba de 600.000 plantas, que, entrelazándose firmemente unas con otras a flor de agua, forman una sólida capa de exótica y amenazadora lozanía. La densa alfombra alcanza hasta media hectárea de extensión con un peso de 180 toneladas, y es capaz de soportar el de un hombre gracias a la gran flotabilidad que le prestan las aeríferas ampollas, del tamaño de una pelota de golf, en que remata cada planta. Crece y se dilata hasta que, cubriendo por entero una superficie de agua, impide tan completamente el paso del aire que los peces y cualesquiera otras formas de vida acuática perecen asfixiadas por falta de oxígeno, y al aglomerarse luego en el camalotal presentan un obstáculo insalvable a la navegación. Suman hoy millones y millones las hectáreas de lagos, charcas, arroyos, ríos, canales y pantanos cubiertos por la maligna planta en diversas partes del mundo.

Lo calamitoso que esto resulta para el hombre, y las pérdidas que acarrea a la economía, nadie lo sabe a ciencia cierta. El camalotal es un excelente criadero de mosquitos trasmisores del paludismo. Al ocasionar la asfixia de los peces, priva a los habitantes de la región de lo que es para ellos, en ciertos casos, la única fuente de proteínas. La planta ahuyenta a las aves silvestres del lugar en donde hallaban comida. Donde quiera que se cría el jacinto de agua (sea en el Sudán, la Guayana Británica, el archipiélago de Fidji, la Luisiana o Tailandia) obstruye las acequias de las obras de riego o de avenamiento, con grave perjuicio para la agricultura. En el Brasil, una de las principales empresas hidroeléctricas, la Río Light Company, se ve precisada a combatir constantemente al camalote, que invade las turbinas.

Las dañinas actividades de esta planta son casi innumerables. En el litoral estadounidense del golfo de México más de un automovilista ha desviado su coche de la carretera hacia lo que juzgó terreno firme, para caer al fondo de lo que era en realidad una zanja de avenamiento oculta a la vista por una capa de jacintos de agua. Arrastradas por las crecidas o por los vientos, las aglomeraciones de camalotes forman grandes diques en el Congo, en el Alto Nilo, en la región de los *bayous* de la Luisiana; diques que, al ocasionar desbordamientos, aíslan poblaciones enteras.

El hombre mismo es culpable de la propagación de esta planta tan perjudicial. Hasta hace unos años el camalote se daba únicamente en la América del Sur. En 1884 exhibieron algunos ejemplares en la sección de horticultura de la exposición del centenario de Nueva Orleáns. La belleza de las flores

movió a varios jardineros a procurarse muestras para criar la planta en estanques y fuentes. Luego dieron en echar en los arroyos vecinos las plantas sobrantes. Un habitante de la Florida que estaba de paso en la Luisiana se llevó algunos de esos camalotes para hermosear con ellos el río Saint Johns. Las crecidas, los huracanes y las aguas corrientes se encargaron de dispersar la planta, que al cabo de seis años se había extendido en los Estados Unidos desde la Florida hasta Tejas, y posteriormente hasta Virginia, hacia el norte, y hacia el oeste hasta California.

El jacinto de agua llegó a Australia en 1895, llevado probablemente por alguien al que también cautivaría su belleza. Hacia 1902 lo había ya en la India. Por los años de 1950 empezó a invadir el África. En este último continente lo vieron por primera vez en el río Congo, cerca de Brazzaville, adonde lo introdujo, según se cree, un misionero. Bastaron seis años para que se propagara a lo largo de las corrientes del Congo y sus tributarios, en una extensión de 1500 kilómetros, así como en el Sudán, Uganda, Etiopía, la Rodesia del Norte, la Rodesia del Sur y Niasalandia (hoy Malawi).

El Cuerpo de Ingenieros Militares de los Estados Unidos sostiene continua guerra contra el camalote desde que, en el año de 1899, dispuso el Congreso norteamericano la destrucción de la planta, que ya desde entonces amenazaba la navegación fluvial en los Estados vecinos al golfo de México. El arma empleada al principio por los ingenieros militares fue la horca del agricultor; pero se vio que los camalotes florecían más aprisa de lo que se alcanzaba a quitarlos de en medio. Se acudió entonces a la dinamita, que tampoco dio resultado. Se recurrió, después, al arsé-



FOTO: ALLAN CRUICKSHANK



Esta hermosa profusión de purpúreos jacintos de agua es serio obstáculo para el navegante. Véase cómo se entrelazan raíces y tallos.

nico; y hubo que prescindir de utilizarlo, pues destruía el ganado y las cosechas lo mismo que al camalote. Cierto científico probó incluso el lanzallamas. En la temporada siguiente a esto, los camalotes quemados no tan sólo fueron los primeros en florecer, ¡sino que sobrepasaron en 25 centímetros la altura de las plantas vecinas!

En 1951 la sección del Cuerpo

de Ingenieros Militares del Distrito de Nueva Orleáns, encargada de la regulación de la flora marítima, empezó a utilizar un artefacto que era una especie de embarcación cortadora de césped. Las cuchillas giratorias instaladas a proa abrían en el camalotal tramos de 12 metros. Desgraciadamente, muchas de las plantas así mutiladas se alejaban a flote e iban a echar dos o tres nuevos tallos en vez del único que antes tuvieron. Sin embargo, con las embarcaciones cortadoras se conseguía abrir canales navegables... durante una temporada.

Los adelantos alcanzados en la posguerra en la elaboración de herbicidas químicos dieron al fin por resultado la creación de un arma eficaz contra el camalote: el 2,4-D. Al rociarlo en los camalotales con un pulverizador de mano, y desde barcas, aviones y vehículos de pantano (operación que supone un costo de 50 a 100 dólares por hectárea) los agricultores de la Florida y la Luisiana, que son los dos Estados de la Unión Norteamericana más invadidos por la dañina planta, han logrado tenerla a raya. En la Luisiana, 87 hombres en una flotilla de embarcaciones provistas de pulverizadores han reducido a sólo 45.000 hectáreas las 200.000 antes plagadas de camalote. El Cuerpo de Ingenieros Militares, que en épocas anteriores tenía que trabajar sin descanso para despejar 500 kilómetros de los 15.000 de las vías fluviales de la Luisiana obstruidas por el camalote, puede ahora, con relativa facilidad, mantener abiertos a la navegación 5000 kilómetros de esas vías. En la Florida, de las 25.000 hectáreas en que, antes de la aparición del 2,4-D, abundaba peligrosamente el camalote, 22.000 se han rociado ya con el nuevo herbicida; y las vías fluviales, hasta entonces obstruidas, hoy son casi siempre navegables.

No obstante, esos dos Estados desesperan de poder erradicar verdaderamente el camalote con el empleo del herbicida. En el de la Florida, John Woods, autoridad en la materia, dice: "Rociamos el herbicida, es verdad, pero la planta continúa creciendo en lugares que son poco menos que inaccesibles para nosotros". En la Luisiana, la sola cuenca del río Atchafalaya contiene 30.000 hectáreas de pantanos atestados de camalote y casi impenetrables debido a las espesuras de cedros, cipreses y musgosos robles. Durante la floración sale de esos pantanos hacia las aguas abiertas una continua sucesión de renuevos de este jacinto, que, flotando libremente, van a invadir de nuevo las vías navegables anteriormente despejadas.

A todo esto, no se sabe de manera cierta qué consecuencias pueda traer a la larga para la agricultura, los peces y la fauna silvestre el repetido empleo del 2,4-D. Con la esperanza de obviar tales problemas, ya los científicos buscan otros procedimientos para combatir al camalote. Un entomólogo cita el caso de cierta especie de escara-

bajo importado de Australia con el cual se acabó con la hierba Klamath, que había invadido 200.000 hectáreas de praderas en la región costera occidental de los Estados Unidos, y deduce de ahí que sería posible destruir el camalote valiéndose de sus enemigos naturales. A la busca de ellos se está actualmente. En el Uruguay han hallado los científicos un escarabajo que devora las hojas del camalote, y dos especies de polilla que penetran en la raíz de la planta y aceleran su descomposición. En la India, el Dr. V. P. Rao efectúa experimentos con cierto saltamontes y dos especies de oruga, que se sabe subsisten de los jacintos de agua.

Pero aun suponiendo que el hombre llegase a librar al mundo del camalote, acaso su jubilosa satisfacción fuera de corta duración. Es ley de la Naturaleza que en el encadenamiento de la vida de las plantas, cuando quiera que una especie de ellas se extinga, o la extingan, aparezca después otra que la remplace... sin que haya seguridad alguna de que la nueva planta no resulte igualmente molesta.

Movimiento feminista

Napoleón Bonaparte le dijo a Madame de Staël que a las mujeres no les correspondía inmiscuirse en la política, y aquélla replicó: "En un país donde se han decapitado mujeres es muy natural que las demás pregunten: *¿Por qué?*" — Fritz Hocke

Alguien preguntó a la señora Eleanor Roosevelt: "¿Qué han hecho las mujeres con el voto?" a lo que ella respondió en seguida: "¿Por qué no hacen a los hombres la misma pregunta?"
— Richard Harrity y Ralph Martin, en *Eleanor Roosevelt, Her Life in Pictures* (Editores: Duell, Sloan and Pearce)

Lingüísticas

Hoy los manuales de idiomas prevén todas las necesidades del viajero. Uno de los textos "Vista", por ejemplo, enseña a decir en polaco: "Por favor, le pedí café hace media hora. Si no me lo trae dentro de cinco minutos, le prenderé fuego al hotel". (*Herald Tribune*, de Nueva York) ... En Torremolinos (España), la revista en idioma inglés *Lookout*, traía en una página de lecciones de español la siguiente frase: *La estilográfica de mi tía está llena de whisky.* (F. M.) ... En Suiza un anuncio de radio de un método de enseñanza de idiomas para los norteamericanos, concluye así: "Podrá usted decir todo, desde *Doctor, no me siento muy bien*, hasta *Favor de mandar el cadáver a mi país por la vía aérea*". (R. K. D.)

Enriquezca su vocabulario

Por Carlos F. Mac Hale

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

En el conocimiento de la naturaleza lo abstracto se induce siempre de lo concreto; y en la vida el aprender suele preceder al ejecutar. Si las operaciones del espíritu son, por lo menos, tan diferentes como las de la mano o del brazo que ejecuta, es indudable que, para aprender a realizarlas, debemos insistir en lo positivo, práctico y útil. Las lucubraciones teóricas tienen poco interés para los que no desean quintaesenciar el idioma. Por esa razón a la vuelta insistimos en lo práctico y no en lo especulativo.



1) **acebo** — A: árbol. B: hierba. C: arbusto. D: hongo.

2) **cavernoso** — A: oscuro. B: bronco. C: agrio. D: agreste.

3) **cenceño** — A: enjuto. B: tieso. C: ceñudo. D: pelado.

4) **clava** — A: idea. B: teja. C: porra. D: garra.

5) **devaneo** — A: vanidad. B: desatino. C: ovillo. D: sofá.

6) **epítome** — A: poemita. B: epílogo. C: escarnio. D: compendio.

7) **exegeta** — A: interpretador. B: disector. C: censor. D: examinador.

8) **galfarro** — A: hombre pobre. B: criminal. C: ocioso. D: rústico.

9) **maraña** — A: locura. B: arácnido. C: telaraña. D: enredo.

10) **mazurca** — A: espiga de maíz. B: especie de polca. C: baya de cacao. D: mazorca.

11) **pavonear** — A: abrir las alas. B: asfaltar. C: presumir. D: tener pavor.

12) **perogrullada** — A: cierta verdad. B: una mentira. C: gallardía. D: discurso latoso e insulso.

13) **rehala** — A: cierta mula. B: ganado. C: apero de labranza. D: cercado.

14) **rictus** — A: línea. B: gesto. C: licor. D: reto.

15) **rútilo** — A: muy rústico. B: de color rubio. C: ruteno o pequeño ruso. D: que es rutinario.

16) **sayón** — A: sayo. B: tajo. C: pordiosero. D: verdugo.

17) **simiesco** — A: semejante. B: símil. C: parecido al mono. D: simbólico.

18) **trotaconventos** — A: sacristana. B: beata. C: alcahueta. D: monja.

19) **tugurio** — A: cochitril. B: sepulcro. C: montón de tierra. D: instrumento músico.

20) **zorcico** — A: molusco. B: planta. C: canción. D: zorzal pequeño.

RESPUESTAS A "ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(*Vea la página anterior*)

1) **acebo** — A: árbol de hojas crespas y espinosas. "... hizo traer unas varitas mágicas, varitas de *acebo*... cortadas la noche del Viernes Santo". (Alfonso Reyes)

2) **cavernoso** — B: bronco, sordo. "Además tenía una voz profunda y *cavernosa* que daba miedo". (Osorio y Gallardo)

3) **cenceño** — A: delgado o enjuto. "Era alto y *cenceño*, con cara de muerto". (Valle Inclán)

4) **clava** — C: porra, cachiporra, maza. "/en la garra pujante se apoyaba (el cóndor) / cual se apoya un titán sobre su *clava*". (Olegario Víctor Andrade)

5) **devaneo** — B: desatino, delirio. "Cada cual en adorar se afana / el ídolo que alzó su *devaneo*". (Menéndez Valdés)

6) **epítome** — D: compendio de una obra. "El *epítome* de la gramática de la Academia".

7) **exegeta** — A: intérprete o expositor de un texto sagrado, gramatical, etcétera. "... no saben qué inventar los exegetas de la *lengua*". (M. de Toro y Gisbert)

8) **galfarro** — C: hombre ocioso y perdido. "La muchacha es del otro *galfarro* que se ríe de ambos, que os peláis por emplumar sus hijos". (Fr. Alonso de Cabrera)

9) **maraña** — D: enredo de hilos, cabellos, etcétera. Fig. "Se simplifica la *maraña* lingüística". (Augusto Malaret)

10) **mazurca** — B: especie de polca. "Afinadas las vihuelas, rompieron en el acompasado son de una lánguida *mazurca*". (Javier de Viana)

11) **pavonear** — C: presumir, blasonar. "Ruega por el orgulloso / que ufano se *pavonea* / ..."(Andrés Bello)

12) **perogrullada** — A: verdad de *Perogrullo*, o sea, verdad que por sabida es simpleza el decirla. (De *Pero*, nombre propio, y *grullo*, tomado de *grulla*, ave de escasa inteligencia.) También *grullada*.

13) **rehala** — B: ganado lanar de diversos dueños. "Oyó el rústico ¡aoa! del pastor que junta la *rehala*". (Concha Espina)

14) **rictus** — B: contracción de los labios que simula la risa. "Y un *rictus* sardónico le dañó los labios". (Daniel Belmar)

15) **rútilo** — B: de color rubio subido, que brilla como el oro. *Rutilar* es brillar, resplandecer.

16) **sayón** — D: verdugo. "Diez doblas pediste, *sayón* mercenario". (Patricio de la Escosura)

17) **simiesco** — C: que se parece al simio o mono. "El Diablo *simiesco* que vosotros habéis imaginado". (Salvarrué: Salvador Arrué)

18) **trotaconventos** — C: alcahueta. (Viene este significado de uno de los personajes de *El libro del buen amor* del Arcipreste de Hita.)

19) **tugurio** — A: cochitril, habitación mezquina, choza de pastores. "En aquel *tugurio* encontré a Mestanza". (José Ortega y Gasset)

20) **zorcico** — C: composición musical de las provincias vascongadas. "Melancólico un *zorcico* se prolonga en la mañana". (José M. Eguren)

Calificaciones

20 respuestas acertadas........sobresaliente
15 a 19 acertadas........................notable
12 a 14 acertadas..........................bueno
9 a 11 acertadas........................regular

Por castigo conocí a Teodoro Roosevelt

Cuando el director llama a su despacho, hay que estar dispuesto a todo . . .

Por Jhan Robbins

El 27 de octubre de 1964 fue el 106 aniversario del nacimiento de Teodoro Roosevelt. Me imagino que pocos celebraron ese día con mayor nostalgia que yo.

La primera vez que comprendí lo que significaba esa fecha fue en 1932, cuando tenía 10 años. Estaba encargado del pizarrón en una escuela de Brooklyn (Nueva York), y mi trabajo consistía en limpiar los borradores golpeándolos en una pared exterior. Una mañana los sacudí en la espalda de un condiscípulo y el director me llamó a su despacho.

El director solía hacer girar la insignia de su fraternidad universitaria cuando estaba enojado. La insignia se movía como una hélice mientras me decía que estaba castigado durante el resto de la semana. Esa tarde me presenté en el salón 321 —al que llamábamos Sing Sing (el famoso penal)—, en donde los estudiantes indisciplina-



Condensado de "Christian Herald"

dos debían permanecer sentados durante una hora, con las manos cruzadas, bajo la vigilancia de la señorita Ethel Driscoll, maestra de literatura.

Aquella semana había otros dos castigados. En voz baja, me dijeron lo que les había ocurrido. Uno de los muchachos había hecho una escuadrilla de aviones con las hojas de examen y los había echado a volar por todo el salón. El otro había puesto un ratón muerto en la fiambrera de su maestra. Ambos opinaron en seguida que consideraban mi delito insignificante y falto de imaginación.

En mi fuero interno decidí elevar mi prestigio. Estábamos sentados en la parte posterior del salón, escuchando a la señorita Driscoll aleccionar a los alumnos que concursaban por la Medalla Conmemorativa Teodoro Roosevelt. Era este el trofeo no atlético más importante que se otorgaba cada año "al estudiante que escriba la mejor composición sobre la vida de Teodoro Roosevelt y la declame en una reunión pública con voz alta y clara".

Uno de los concursantes se puso en pie y exclamó: "Teodoro Roosevelt nació el 27 de octubre de 1858. Era un muchacho enfermizo que se marchó a la Dakota del Norte, donde compró un rancho y cazaba gatos monteses".

Bajé la vista a mis manos enlazadas e imité el ronquido de un gato montés. La señorita Driscoll frunció el ceño, pero mis dos compañeros de castigo se apresuraron a esbozar unas sonrisillas de aprobación.

El siguiente candidato a la medalla dijo que Teodoro Roosevelt había creado el famoso cuerpo de caballería conocido como los *Rough Riders*. Esta vez hice unos ruidos semejantes al martilleo de los cascos, tamborileando sobre el escritorio con mis puños.

Me di cuenta en seguida que había ido demasiado lejos. La señorita Driscoll, alta, delgada y de cabello entrecano, exclamó:

—¡Quienquiera que haya hecho eso, venga aquí inmediatamente!

Alentado por risitas de satisfacción, recorrí tímidamente el pasillo como un héroe asustado.

—Jovencito —empezó ella— ¿qué es lo que le parece tan divertido?

No respondí.

—¿Cree usted que podría hacerlo mejor?

De nuevo guardé silencio. La maestra se volvió a los concursantes por la medalla:

—Muchachos ¿qué les parecería si este joven escribiera una composición sobre Roosevelt para recitarla ante nosotros, con quienes ha sido tan grosero?

Su propuesta se aprobó en seguida por unanimidad. Con ese apoyo, la señorita Driscoll me ordenó redactar una composición de 1500 palabras sobre la vida de nuestro vigesimosexto presidente.

—¡Estaremos aquí para escucharla el viernes! —exclamó.

Le hice notar que era lunes por

la tarde, que en realidad sólo me quedaban tres días para hacer el trabajo, y que tenía montones de tareas más, aparte de una cita con el dentista para que me empastara seis muelas. La señorita Driscoll no se la tragó.

—Debió haber pensado en eso antes —contestó.

La tarde siguiente estuve en la biblioteca y saqué dos libros sobre la vida de Teodoro Roosevelt. De ahí me fui al consultorio del dentista. El viejo Dr. Berkson echó una mirada a los libros que tenía en mi regazo y dijo:

—¡De manera que te interesa Teodoro Roosevelt! ¿Te he contado alguna vez que al terminar la secundaria trabajé en su oficina, cuando era comisario de Policía de la ciudad de Nueva York?

El Dr. Berkson me colocó unas pinzas forradas de algodón en la mandíbula inferior, me metió un aspirador de saliva debajo de la lengua y comenzó a contarme sus experiencias en la oficina del comisario:

"El señor Roosevelt se empeñaba en no cerrar nunca la puerta de su oficina. Mi escritorio se encontraba a unos pasos de la puerta, así que podía oír claramente sus conversaciones. Un día, un político de modales melosos vino a quejarse porque la policía estaba cumpliendo la ley que ordenaba cerrar las tabernas los domingos.

"—Señor comisario—, dijo el político —sé que se publicó esa ley para evitar los domingos la presencia de borrachos en las calles. Pero los taberneros de mi distrito tienen salones decentes, de tipo familiar. No necesita preocuparse por ellos. Además, siempre se ha llegado a un arreglo con ustedes. Yo consideraría como un favor personal el que usted..."

El Dr. Berkson había colgado su taladro y me estaba rociando la boca con un líquido color de rosa. Me lo tragué y pregunté:

—¿Qué pasó entonces?

—Sucedio— dijo él, dándome un vaso de papel con agua helada —que el comisario vociferó:

"—¡El favor que le voy a hacer es echarlo a la calle! —Obligó al político a salir de su oficina, lanzando su sombrero de hongo tras él, y le gritó—: ¡Y puede usted decir a sus simpáticos amiguitos que Teodoro Roosevelt está aplicando la ley con imparcialidad!

"Realmente, cuando se le provocaba, el comisario sacaba un genio terrible. Recuerdo la ocasión en que dos patrulleros, acusados de haberse dejado sobornar por modestos comerciantes de su barrio, vinieron a la oficina del señor Roosevelt. Uno de ellos, grandote y gordo, le dijo que sólo había tomado un par de tomates.

"Ese día de veras que me preocupó el comisario. Tenía la cara enrojecida y parecía a punto de querer saltar por encima de su enorme escritorio.

"—No me importa, aunque sólo hubiera tomado un cacahuete! bramó—. ¡Queda usted despedido!

"El fornido policía se puso en pie de un brinco y se encaminó hacia la puerta a paso veloz... con los brazos del sillón todavía ceñidos firmemente alrededor de sus caderas. Si lo vieras en el cine no lo creerías".

En aquel momento comprendí con angustia que el Dr. Berkson estaba gozando de sus recuerdos y que me iba a empastar las seis caries de una vez.

"Desde luego", continuó, "recordarás que Teddy Roosevelt era un excelente boxeador en su época de estudiante. Fomentó las competiciones de boxeo en el cuerpo de policía de Nueva York, y una vez alguien le dijo que el campeón de uno de los departamentos se las daba de bravucón.

"El señor Roosevelt llamó a aquel hombre a su oficina. Fui uno de los que ayudaron a retirar los muebles y me quedé a ver. Cuando aquel tipo entró en la oficina del comisario, el señor Roosevelt le estrechó la mano, se quitó la corbata y la chaqueta y le pidió al policía que hiciera lo mismo. Luego le entregó al oficial un par de guantes de boxear y dijo:

"—Póngaselos.

"Empezaron a boxear. Poco tiempo después, el comisario ya había confundido al bravucón. Pasados unos cinco minutos, éste se percató de su inferioridad y dejó caer los brazos. Inmediatamente, el comisario le entregó la guerrera de su uniforme de policía, y le dijo:

"—Ahora vuelva a su trabajo, ¡pero recuerde que siempre está uno expuesto a encontrarse con la horma de su zapato!"

Estaba seguro de que el Dr. Berkson quería continuar, pero su enfermera entró para decirle que estaban esperando otros pacientes. El doctor me quitó la toalla de debajo del cuello y me escabullí del sillón. Me pasé aquella noche y la siguiente trabajando hasta mucho después de la hora de irme a dormir, escribiendo lo que el Dr. Berkson me había relatado y utilizando el material más conocido que sacaba de los libros de consulta. El viernes entregué mi composición a la señorita Driscoll. Mientras la leía, la maestra tomó un pañuelo varias veces y se lo llevó a la boca, como si estuviera tratando de ahogar una tos. Cuando terminó, me dijo:

—Léala ahora en voz alta.

Obedecí. Entonces me dijo que me levantaba el castigo.

El lunes por la mañana un estudiante mensajero interrumpió mi clase de historia diciendo que debía presentarme en el despacho del director inmediatamente. No podía adivinar qué era lo que había hecho esta vez. Atravesé el corredor con paso inseguro y encontré al director y a la señorita Driscoll sentados a la gran mesa ovalada de conferencias. El director tenía en sus manos mi ensayo sobre Teodoro Roosevelt. Me preguntó:

—¿De dónde sacó usted esta información?

Se lo dije. Entonces miró a la señorita Driscoll e hizo un leve ademán de asentimiento con la cabeza. La maestra exclamó:

—Va usted a concursar por la Medalla Roosevelt. ¡Tenemos mucho que hacer!

Durante las dos semanas siguientes me reuní regularmente con la señorita Driscoll, en compañía de los demás finalistas. La víspera del concurso, por la tarde, la señorita Driscoll nos dijo:

—Bien, ya no podemos hacer nada más. ¡Qué tengan todos mucha suerte y no dejen de ponerse mañana su mejor traje!

Aun cuando yo no tenía traje, mi madre era una mujer preparada para cualquier situación imprevista. Subió al desván y poco después había confeccionado un par de pantalones de golf de la época de "los veintes", propiedad de mi padre, y una chaqueta de lana que había pertenecido a mi hermana.

Protesté porque la chaqueta se abrochaba del lado contrario y porque los pantalones me quedaban demasiado grandes. Mi madre no pudo contestar: tenía la boca llena de alfileres. Aquella noche, mientras soñaba caprichosamente con los datos y acontecimientos de la vida de Teodoro Roosevelt, tuve la impresión de que estaba encendida una luz en la cocina. Por la mañana, los pantalones me venían bien; la chaqueta tenía otra forma.

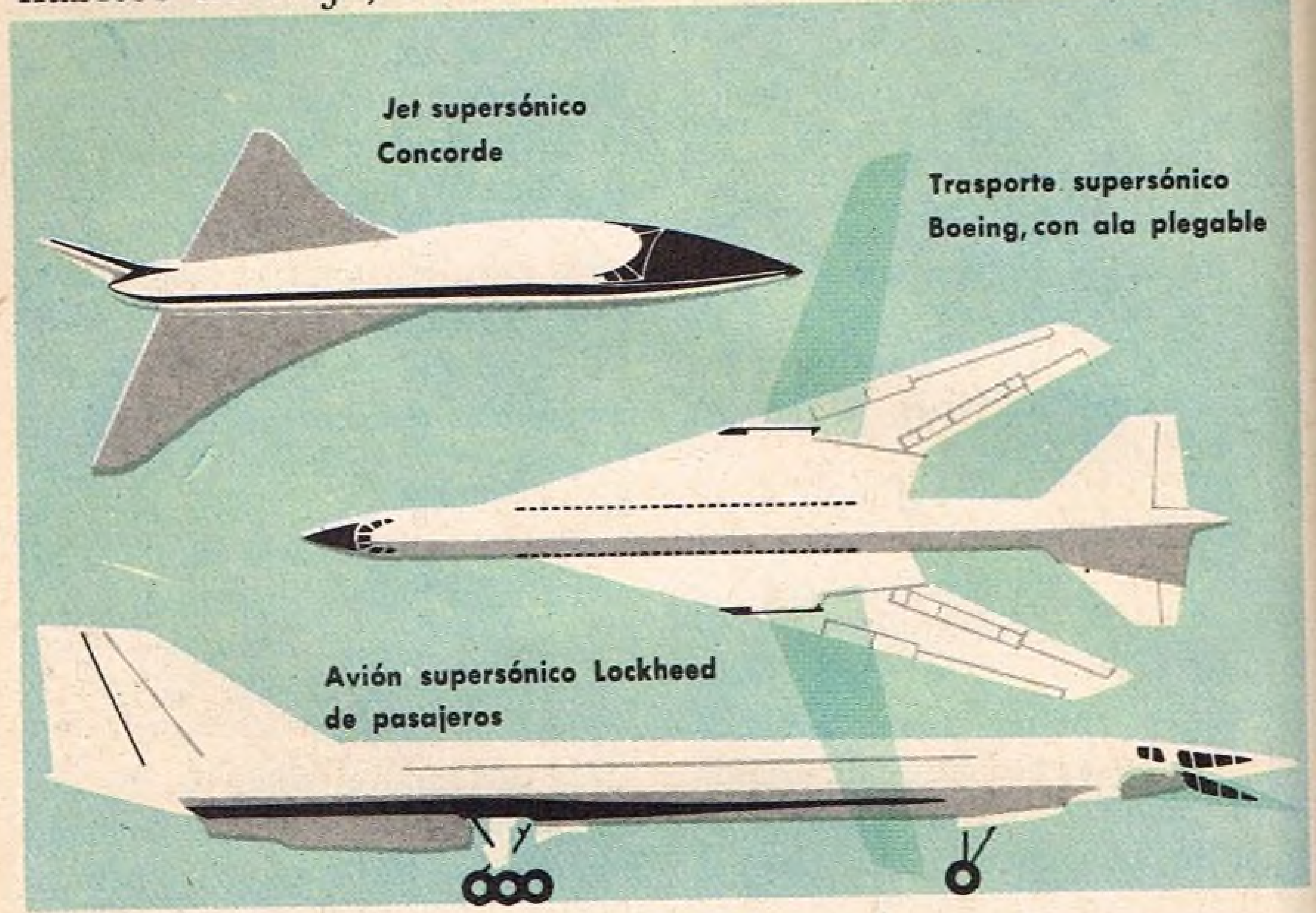
Unas horas después, cuando avanzaba de cara al auditorio, vi a mi madre, a mi padre y al Dr. Berkson sentados en la primera fila. También vi a los jueces: el director de la escuela del distrito vecino, el señor Wilson, rector de una iglesia situada a dos calles, y el vicepresidente del banco de ahorros local.

Me aclaré la garganta y empecé, tal y como la señorita Driscoll me había enseñado:

"Señor director, dignos maestros, honorables padres, distinguidos invitados y compañeros: Los grandes hombres viven para siempre. Los hechos de nuestros ilustres caudillos constituyen una inspiración para todos los que les siguen. Teodoro Roosevelt, nacido el 27 de octubre de 1858 . . . "

He olvidado el resto de mi alocución. Recuerdo que cuando el señor Wilson me entregó el primer premio —"Por su excelente declamación del tema Teodoro Roosevelt"—, al adelantarme a recibirlo, se me desprendió la valenciana de la pierna derecha de mis pantalones y se deslizó hasta el piso de la plataforma. Miré hacia mi madre, pero ella, por alguna razón desconocida, miraba al techo y aplaudía con entusiasmo; mi padre se encogía al recibir el vigoroso apretón de manos del Dr. Berkson; la señorita Driscoll, sentada detrás de ellos, garrapateaba furiosamente en una libreta de apuntes amarilla. Comprendí que al día siguiente conocería mis errores con todo detalle. También comprendí que el 27 de octubre iba a ser una fecha que recordaría toda mi vida.

El sensacional avión que promete trasformar los hábitos de viaje, es causa de febril competencia.



El mundo compite por la superioridad en el aire

POR WOLFGANG LANGEWIESCHE

TSS SIGNIFICA Trasporte Supersónico, y ya podemos irnos acostumbrando a emplear esta expresión, porque pronto veremos el aparato mismo a que se refiere: el avión de pasajeros que vuela más veloz que el sonido, quizá al triple de la velocidad de los actuales *jets*.

El primero de estos monstruos de la velocidad lo están construyendo conjuntamente las fábricas

inglesas y francesas de aviones, con subsidios de sus respectivos gobiernos. El proyecto es demasiado costoso para que la industria privada pueda acometerlo sin ayuda, y aun para que cualquiera de los dos países pueda realizarlo por sí solo. El avión anglofrancés se llamará el Concorde y estará listo hacia 1971.

También los Estados Unidos han resuelto construir un TSS y el proyecto está ya en marcha. En 1963, la Dirección Federal de Aviación de ese país invitó a las grandes empresas constructoras de aviones a que presentaran planes para un TSS de 125 a 160 asientos (el Concorde, que empezó con 105, ya tiene 118). Las principales fábricas norteamericanas dispusieron de cinco meses para elaborar sus propuestas. Cada una de éstas era un simple esbozo —sin embargo los documentos de que se componía llenaban un anaquel de metro y medio de largo— y se apoyaba en investigaciones anteriores sobre el problema, en las cuales se habían empleado no menos de 20 millones de dólares.

En la primavera pasada, el presidente Johnson nombró una comisión de altos funcionarios del gobierno para que estudiara las propuestas. Esta comisión aprobó dos de los proyectos presentados: el de la Lockheed y el de la Boeing. Ambas compañías se encuentran ahora perfeccionando sus estudios de diseño, y a comienzos del presente año deberá resolverse tan importante asunto. Se espera que una de estas compañías habrá de ser la encargada de proyectar y construir un prototipo de este avión, de llevar a cabo los vuelos de prueba y de obtener la necesaria licencia para el aparato como avión de pasajeros. En estos trabajos se emplearán por lo menos cinco años, de modo que no estarán terminados hasta 1970 y más probablemente hacia 1972. La fabricación de este avión costará alrededor de mil millones de dólares y será financiada principalmente por el gobierno, pero también el fabricante que obtenga el contrato tendrá que poner algo de dinero de su propio peculio. ¿Cuánto? En un principio el gobierno calculaba que un 25 por ciento, pero las compañías dicen que no pueden aportar un porcentaje tan elevado al total del programa. Así pues, el Congreso resolverá en definitiva.

El gobierno espera recuperar su inversión en dos formas: primero, cobrando una suma entre 200.000 a 500.000 dólares por cada avión que se venda (costarán entre 25 y 35 millones de dólares cada uno); y, segundo, mediante una participación de 1,5 por ciento sobre lo que cada aparato produzca por concepto de pasajes vendidos.

Dardos y pájaros. Ambos proyectos norteamericanos son más vastos que el Concorde anglofrancés. Los aparatos planeados son más grandes y más veloces, y el costo del pasaje será más bajo. Ambos aviones serán de titanio, mien-

tras que el Concorde es de aluminio. El titanio es costoso y difícil de trabajar, pero en los vuelos a gran velocidad las alas se recalientan por el rozamiento con el aire y el aluminio se empieza a ablandar, mientras que el titanio resiste. Por eso los aviones de aluminio tienen un límite de velocidad de unos 2400 kilómetros por hora, en tanto que los de titanio pueden ser mucho más veloces. Una velocidad de 2400 kilómetros por hora podrá parecer más que suficiente, pero en los vuelos supersónicos una velocidad mayor resulta más económica, y por eso los norteamericanos se proponen alcanzar tal vez hasta 3000 kilómetros por hora.

Aparte el hecho de que ambos emplean titanio, los dos proyectos norteamericanos son distintos. El de la Lockheed, que se parece más al Concorde, es un avión tipo "delta doble"; se asemeja más a un dardo de papel que a un pájaro. Con esta forma se obtiene una estructura ligera y sencilla. Una curiosa característica es su "nariz caediza". La larga proa (o nariz) en forma de pico de ave, va engoznada y se inclina hacia abajo al aterrizar para dar al piloto mayor visibilidad sobre la pista.

El Boeing es de "ala plegable". En vuelo subsónico, es en su forma como la mayor parte de los aviones conocidos, pero en el vuelo supersónico las alas se pliegan hacia atrás y toma la forma de un dardo. El ala plegable es más pesada y más complicada que el ala en delta doble, pero en cambio da al avión mayor suavidad en el aterrizaje y el despegue. Cuál de los dos proyectos será el del futuro, no es posible saberlo desde ahora.

Estos TSS no desarrollan velocidades supersónicas hasta que llegan a la estratosfera. Por debajo de los 10.000 metros, por ejemplo, vuelan lo mismo que los *jets* de nuestros días y, si es necesario, pueden volar durante muchas horas a velocidades subsónicas. Así pues, encuadran en las actuales modalidades del tráfico aéreo y pueden utilizar los aeropuertos existentes. La seguridad, la autonomía de vuelo y el gobierno del aparato no parecen ofrecer serios problemas. (Se ha adquirido mucha experiencia al respecto, gracias a los aviones supersónicos de tipo militar que están actualmente en servicio.) El verdadero problema del TSS es el económico.

Más rápido y barato. A medida que avanza el proyecto, una idea se va perfilando cada vez con mayor claridad, y es que el TSS tiene que ser *económico* para justificar su existencia. No sólo deberá volar más velozmente que los actuales *jets*, sino que tendrá que resultar más barato por asiento-kilómetro. Para que alcance éxito, el TSS tiene que lograr en el próximo decenio lo que hoy está haciendo el *jet* de pasajeros; es decir, reducir las tarifas de los pasajes y aumentar la velocidad.

Un TSS que sólo ofreciera mayor velocidad a un precio más alto, a la larga resultaría un fracaso.

Todas las grandes aerolíneas tendrían que comprar unos pocos, por razones de prestigio, pero no se venderían en número suficiente para que el gobierno recuperara su inversión, y posiblemente las mismas compañías de aviación necesitarían subsidio oficial para poder sostenerlos en servicio.

En cambio, un TSS económico sería un triunfo mundial. Remplazaría a los actuales *jets* en todo vuelo largo; por ejemplo, de 2400 kilómetros en adelante. Ninguna compañía de aviación podría dejar de comprarlo... por docenas. Los peritos predicen que se vendería en todo el mundo, por un valor total de más de ocho mil millones de dólares. El gobierno de los Estados Unidos recuperaría su inversión y la industria norteamericana conservaría el mercado mundial de aviones de trasporte, que ha dominado durante 30 años. Así pues, uno de los aspectos más importantes del problema del TSS es su efecto sobre la balanza de pagos de los Estados Unidos: la solidez del dólar. La sola exportación de aviones TSS mantendría sólido el dólar durante varios años.

¿Pero es posible construir este *económico* TSS? Por el momento el costo de operación parece tal vez un 25 por ciento más alto que el de los *jets* actuales, aunque algunos ingenieros opinan que con el tiempo llegará a ser menor que el de cualquier avión existente en la actualidad. A medida que se perfeccionen los proyectos, se irán introduciendo mejoras que harán bajar los costos: más fuerza con menos peso; mayor capacidad ascensional con menor resistencia al avance; motores de superior rendimiento por litro de combustible. La mayor velocidad es en sí misma un medio de reducir costos, puesto que hace al avión mucho más productivo. Un TSS que efectúe dos viajes trasatlánticos de ida y regreso por día ¡puede dar más rendimiento por mes que dos *Queen Marys*!

Debe observarse, sin embargo, que la manera de hacer más económico el avión es hacerlo más grande. Los dos proyectos norteamericanos se han ampliado ya hasta unos 220 asientos. Con 250 asientos estaría el asunto arreglado, es decir, que podría volar al triple de la velocidad actual y con tarifas más bajas.

El pérfido estampido. Por desgracia aquí entra en juego el problema del estampido sónico, perturbación atmosférica que desciende del avión a tierra como si fuera un pesado cable amarrado a la cola del aparato. Cuando pasa el avión, la extremidad del "cable" da un rápido latigazo y sigue adelante a gran velocidad para alcanzar a otras personas. Así pues, cuando el avión pasa por encima a velocidad supersónica, por lo general, se oye como el restallar de una inmensa fusta.

El estampido más fuerte no se produce cuando el avión vuela ya normalmente, sino al principio, cuando pasa de la velocidad sub-

sónica a la supersónica. El avión debe pasar de una a otra velocidad aproximadamente a la mitad de la altura del vuelo normal. No se puede hacer más abajo porque el estampido sería demasiado fuerte, ni más arriba porque el motor no tendría suficiente potencia para ello. La carrera de aceleración a esta menor altura tarda unos cinco minutos, durante los cuales el estampido puede ser violento. (Naturalmente, aun durante ese tiempo, en tierra sólo lo sentimos como un solo golpe breve.) En seguida el aparato sube y se aleja, y el ruido disminuye.

Esta es la secreta preocupación de cuantos tienen que ver con el asunto del TSS. ¿Hasta qué grado de intensidad en el estampido va a tolerar el público? ¿Qué dirán sobre ello los tribunales? Lo grave es que el ruido depende del peso y tamaño del avión, lo cual significa que el estampido sónico afecta al TSS en su aspecto más sensible: el económico. El avión de 250 asientos bien podría resultar demasiado ruidoso.

Algunos técnicos sostienen que para ello existen ciertas soluciones. La mayor parte de los viajes sobre tierra son cortos y se pueden efectuar con menor carga de combustible, lo que reduciría el estampido. En los vuelos sobre el mar, que requieren pesada carga de combustible, el estampido no plantea un gran problema. En cuanto al estampido por aceleración a baja altura, se observa que en la mayoría de las grandes ciudades del mundo la ascensión se efectúa sobre el mar. Es posible también que se encuentre la manera de controlar el estampido. Ciertos peritos han señalado que es posible dirigirlo, en forma tal que, en vez de descender verticalmente, siga en dirección oblicua, hacia un lado, y vaya a dar en tierra a gran distancia y muy amortiguado. También debe tenerse en cuenta la ventaja que ofrece la altura mayor. Tal vez el TSS tenga que acelerar a 15.000 metros y volar normalmente a 28.000. Para ello se necesitarían motores más grandes, lo cual vendría a complicar el aspecto económico. Esto crearía a los ingenieros nuevos problemas, cuya solución costaría más dinero. Por otra parte, la historia ha demostrado que el vuelo a grandes alturas siempre ha resultado más económico, porque el aire enrarecido de las capas superiores de la atmósfera ofrece menor resistencia.

Todavía no se conocen bien los fenómenos físicos del estampido, ni sus consecuencias sicológicas. Si el público comprende qué es el estampido y por qué ocurre, ¿seguirá protestando? La Dirección Federal de Aviación de los Estados Unidos hizo algunas pruebas sobre la ciudad de Oklahoma. Una vez por hora, durante 26 semanas, veloces aviones de caza produjeron estampidos supersónicos de diversa intensidad, cuyo impacto midieron en tierra varios observadores provistos de instrumentos apropiados.

Casas destinadas al efecto, llenas de instrumentos, sirvieron para investigar efectos tales como la trepidación de las ventanas, el agrietamiento del enlucido, etcétera. Se ha acumulado una montaña de datos que serán analizados con computadoras. Los observadores extranjeros han seguido esta prueba con mucho interés, pues el estampido sónico es el principal obstáculo para el desarrollo de la aviación civil. La conclusión más importante a que se ha llegado hasta ahora es que el estampido es un fenómeno caprichoso, que en una zona puede hacerse sentir con suavidad y en otra violentamente.

¿Para qué ponerse en tantos trabajos? preguntan algunas personas. Los actuales *jets* han alcanzado ya una velocidad suficiente, se dicen, y en realidad el TSS no nos hace falta. Pero lo mismo se dijo en otra época de los ferrocarriles y, antes, de los caballos. Sin duda, en 1974 los *jets* de hoy no nos parecerán tan veloces.



Caricaturas

En una empresa de tabacos el director recomienda al agente de publicidad que redacte el anuncio así: "Con nuestros cigarrillos es más fácil *dejar el vicio*".
— Angelo

El empleado de una estación de servicio a la señora que viene conduciendo un coche con un guardabarros abollado: "No sé si debo venderle gasolina . . . me parece que este coche ha tomado ya más de la cuenta, señora".
— B. B.

El profesor de violín a un alumno de corta edad que toca el instrumento de mala gana: "Mira, Osvaldo, cuanto más estudies, más músculos te saldrán en el brazo para jugar a la pelota".
— Lichty

Una vendedora, a la cliente que se está probando un vestido muy escotado: "También trae esta chaquetilla, por si se arrepiente a última hora".
— Shirvanian

Cierta señora, al consejero de problemas conyugales: "Ya no puedo más: mi marido me cuenta *absolutamente todo* lo que pasa en la oficina".
— J. T.

Ante el altar y con rizadores en el pelo, comenta una novia: "Quiero estar bien para la recepción".
— R. D.

El arquitecto de un templo ultramoderno, al sacerdote: "¿Sabe usted lo que sería un bonito detalle? Bancos con respaldo ajustable".
— R. D.

Las voces del amor

Muchas, y a menudo indirectas, son las formas con que expresamos esos preciosos momentos en que el bienestar ajeno nos preocupa más que el propio.

Por Marjorie Shearer

Condensado de "The Episcopalian"

En la comedia *The Curious Savage*, de John Patrick, ocurre el siguiente diálogo:

Señora Savage: ¿Qué te pasa, Fairy May?

Fairy: Nada. Sólo que en todo este día nadie me ha dicho que me quiere.

Señora Savage: Pues yo oí que Florencia te lo decía durante la comida.

Fairy: ¿De veras?

Señora Savage: Sí. Cuando te dijo: "No comas tan de prisa".

A veces sentimos timidez para expresar nuestro cariño. Por temor a cohibir a la persona objeto de nuestro afecto (o a nosotros mismos) vacilamos en decir claramente: "Te quiero". Entonces tratamos de comunicar la misma idea de otra manera diciendo: "Ten cuidado" o "No corras demasiado". Como ya lo indica la perspicaz señora Savage, tales recomendaciones llevan un mensaje de cariño: "Tú eres importante para mí y me preocupa lo que pueda sucederte. No quiero que te hagas daño".

Pero es preciso prestar oído, si queremos percibir la voz del cariño. Cuando un padre dice a su hijo que conduzca el coche con cuidado, el hijo puede pensar que el padre supone que él no tiene bastante sensatez para conducir con cuidado. En vez de responder con cariño, contesta con resentimiento, y ambos sufren con el cambio de frases agrias.

A veces son necesarias las palabras expresas, pero *la forma* de decir las cosas tiene mucha mayor importancia aún. Un término insultante dicho de buen humor encierra más afecto y simpatía que cualquier buen sentimiento expresado de modo insincero. La sonrisa y la mano extendida son como un rito, manifestación exterior y visible de una gracia espiritual e íntima. Un breve abrazo impulsivo

da a entender: "Te quiero" aunque las palabras que lo acompañen sean: "¡Viejo sinvergüenza!"

Cualquier expresión del interés de una persona por otra significa: "Te quiero". A veces la expresión empleada es torpe. En otras, debemos oír y mirar con mucha atención para descubrir el amor que aquélla contiene. En tales ocasiones, cuando por nuestra parte escuchamos atentamente estamos expresando de manera inconsciente nuestro propio cariño, nuestra preocupación por la otra persona. "El primer deber del amor es escuchar", dice el teólogo Paul Tillich.

Decimos: "Te quiero" en muchas formas: con tarjetas y regalos de cumpleaños, con sonrisas y lágrimas, con poemas y cestillos de frutas; a veces con guardar silencio, otras hablando franca, incluso bruscamente; con un proceder delicado, con prestar atención, con nuestra solicitud, con un ademán impulsivo. Con frecuencia debemos demostrar nuestro cariño perdonando a alguien que no ha sabido percibir el que tratábamos de expresarle.

Tal vez lo más difícil que tengamos que hacer sea *aceptar* el cariño que se nos brinda. Casi todos queremos elegir a quién hayamos de querer y a quién permitir que nos quiera. Esto es parte de nuestra vanidad.

Pero, ¿es que la vanidad puede decir con sinceridad: "Te quiero"?

En la Primera Epístola a los Corintios, San Pablo dice que el amor nunca es jactancioso, no se envanece, nunca es descortés, nunca egoísta . . . Sin embargo, como seres humanos, bien sabemos que somos todas esas cosas: a veces jactanciosos, engreídos, descorteses, a menudo egoístas. Y cuando estamos atados por esas cadenas, no somos libres de querer.

Sólo comunicamos nuestro cariño cuando rompemos esas cadenas, tal vez por un momento apenas, y sentimos más preocupación por alguna otra persona que por nosotros mismos. Entonces la paciencia y la bondad del amor, el calor, la esperanza y la alegría del amor, pueden ser expresados por seres tan débiles como sabemos que somos nosotros.

¡Bis, bis!

El humorista inglés A. P. Herbert pronunciaba un discurso y, cuando iba a contar un chiste, advirtió: "Si lo han oído antes, no me interrumpan. No hay ninguna razón que impida saborear un buen chiste más de una vez. Piensen qué poca música buena disfrutaríamos hoy si, por ejemplo, los directores de orquesta, se negaran a tocar la Quinta Sinfonía de Beethoven porque el auditorio ya la hubiese oído".

El general que organizó el bazar más grande del mundo

POR JOHN REDDY
Condensado de "Discovery"

La extraordinaria carrera del general Robert Wood, a quien se deben las fortunas que han logrado hacer millares de empleados de Sears, Roebuck & Co.

UNA EMPLEADA de Sears, Roebuck & Co. se jubiló hace poco, después de 35 años de servicios a la empresa. Últimamente ganaba como dependiente 3900 dólares anuales, pero a lo largo de su carrera había venido invirtiendo cada año 100 dólares, por término medio, en el extraordinario programa que tiene la compañía para hacer a sus empleados partícipes de sus utilidades. Al jubilarse le correspondió la suma de 117.580 dólares en efectivo y en acciones.

Entre los que la felicitaron se contaba el general Robert Wood, presidente retirado de la directiva de Sears, que fue quien convirtió el plan de participación en utilidades de la compañía en uno de los más grandes del mundo. Durante un cuarto de siglo el general Wood ha insistido en que administradores y empleados, si trabajan de común acuerdo, pueden hacer que el sistema de libre empresa resulte altamente beneficioso para ambas partes; y ha practicado lo que predica, con resultados sensacionales.

Bajo su progresista dirección, la casa Sears, que comenzó como un

negocio de ventas por correo, a base de su famoso catálogo, se convirtió en el bazar más grande del mundo. En 1928, cuando Wood se encargó de la presidencia de la empresa, Sears tenía 29 tiendas y vendía anualmente unos 319 millones de dólares de mercancía, principalmente entre los granjeros. Las utilidades eran de 26 millones de dólares. En 1954, cuando Wood se retiró, Sears tenía 700 tiendas, vendía tres mil millones de dólares de mercancía y obtenía utilidades de 141 millones. Hoy cuenta con 761 tiendas en que se vende más del 75 por ciento de los cinco mil millones de dólares a que asciende el volumen anual de ventas. Y el negocio a base del catálogo sigue tan próspero como siempre.

Participación para todos. Los empleados han participado en generosa medida de la prosperidad de la empresa. Cuando el general Wood entró en la compañía, una de las primeras cosas que hizo fue ampliar el modesto plan de participación en utilidades que existía en aquélla. Hoy cada empleado contribuye al plan hasta con un cinco por ciento de su sueldo anual, pero sin pasar de un total de 500 dólares, y así todos, desde las mujeres que hacen el aseo hasta el presidente de la directiva, pueden participar equitativamente en las ganancias. La compañía aporta hasta un 10 por ciento de su utilidad neta anual, que se divide entre los empleados según fórmula basada en antigüedad de servicios. El año pasado la empresa aportó cerca de 55 millones de dólares para 146.000 empleados participantes.

La mayor parte del dinero de este fondo se invierte en acciones de Sears, y el fondo mismo es el principal accionista. El valor de las acciones ha aumentado tanto que el fondo vale hoy dos mil millones de dólares. A lo largo de los años de él se han pagado casi mil doscientos millones de dólares a los empleados que se jubilan, y millares de empleados han podido retirarse con una fortuna considerable. No ha de sorprender, pues, que en la empresa Sears exista un elevado espíritu de solidaridad y que muy pocas personas piensen en separarse de la compañía. "La manera de hacer que el capitalismo funcione es formar más capitalistas", declara el general Wood.

Aunque ya no interviene activamente en las operaciones diarias de la empresa, el general Wood va a su oficina cuando está en Chicago. "No lo importuna a uno", me dijo uno de los jefes, "pero está disponible cuando uno lo necesita... y es sorprendente cuán a menudo necesitamos de su ayuda".

Al desarrollo de Sears, Wood contribuyó con algo más que simples teorías y buenas intenciones. Tenía una energía inagotable. Cuando resolvía atacar un problema, fijaba en sus colaboradores una mirada penetrante y gritaba: "¡A la carga!" Es una enciclopedia ambulante de cifras y datos, y puede leer complicados informes de una

sola ojeada. Cierta vez Sidney Weinberg, del banco de inversiones Goldman Sachs, le mostró un informe que pensaba presentar a la junta directiva de Sears. El general Wood lo vio por encima y se lo devolvió.

—¿No lo va usted a leer? —le preguntó Weinberg.

—Ya lo leí —contestó el general; y en prueba de ello enumeró los datos esenciales del informe.

Todavía se recuerdan sus visitas de inspección a las tiendas de Sears. Tocado con un sombrero arrugado y envuelto en un abrigo procedente de los anaqueles de Sears, descendía de un avión en Seattle o en Syracuse y echaba a andar como un torbellino. Aunque siempre tenía su brusco aspecto de viejo oficial de caballería, en el fondo su carácter era tan dulce como los caramelos que con frecuencia se llevaba a la boca. Mientras hacía su visita de inspección en una de las tiendas, se detenía a charlar con todo el personal. Su prodigiosa memoria le permitía retener nombres y fisonomías y con frecuencia dejaba asombrado a algún empleado a quien sólo había visto una vez, tiempo atrás, preguntándole por sus hijos por su nombre.

Años de vida militar. Robert Wood, hijo de un capitán del ejército, se graduó en la academia militar de West Point en 1900. Nombrado comisario jefe del proyecto del canal de Panamá, trabajó duramente durante casi diez años bajo los abrasadores calores y las lluvias torrenciales del trópico, sin más tregua que una breve visita a Nueva York para contraer matrimonio.

Cuando los Estados Unidos entraron en la primera guerra mundial, Wood, que ya era coronel, se embarcó para Francia. Posteriormente fue llamado de regreso a Washington, donde se le ascendió a general de brigada y se le dio el cargo de intendente general del ejército, encargado del aprovisionamiento de los cuatro millones de hombres que constituían la fuerza armada del país.

Después de la guerra, el general Wood ingresó como vicepresidente en la empresa Montgomery Ward, que comerciaba por correo. Tenía tantas ideas para mejorar la compañía que pronto ocurrieron rozamientos entre él y algunos de los jefes más antiguos de la empresa. Mientras hacía un viaje por el Oeste de los Estados Unidos, en 1924, la directiva le mandó una carta en que se le proponía que renunciara.

Julius Rosenwald, presidente de Sears, la más temible rival de Montgomery Ward, lo contrató inmediatamente como vicepresidente y le dio carta blanca. Mientras estuvo en Panamá, a falta de otro material de lectura, Wood se había puesto a leer los informes del censo de los Estados Unidos. Con su clara inteligencia supo dar valor a esas frías cifras. Se dio cuenta de que la población tendía a aumentar en el Sur y el Oeste. Previó que los hombres del campo se habrían de

trasladar a las ciudades y que el automóvil iba a cambiar totalmente la fisonomía del país.

Revolucionario sistema de ventas. Lo que había aprendido lo puso al servicio de Sears y recomendó a esta casa de ventas por correo que abriera tiendas para vender al por menor. Sostuvo que ya los granjeros no tenían que hacer pedidos valiéndose del catálogo de Sears, sino que podían meter a toda su gente en el viejo automóvil familiar e ir a la ciudad a hacer sus compras. Y los habitantes de la ciudad, por su parte, rodeados de tiendas de toda especie, no era probable que hicieran pedidos guiándose por un catálogo. Lo que había que hacer era abrir tiendas a lo largo de la creciente red de carreteras del país, al paso de la móvil población.

Sears abrió su primera tienda de ventas al por menor en 1925, en un rincón del establecimiento de ventas por correo que tenía en Chicago. El éxito fue inmediato, y ese mismo año se abrieron otras seis tiendas. El general fue ascendido a presidente de la compañía en 1928. Entonces se lanzó de lleno a construir y gastó 35 millones de dólares en hacer 300 tiendas a un mismo tiempo. Durante un período de 12 meses se abrió un nuevo bazar de Sears cada tercer día. Al mismo tiempo el general Wood reorganizó la compañía. A los administradores de las tiendas les dio mucha independencia, con facultades para contratar y despedir empleados, fijar el precio de la mercancía y planear la propaganda.

Iniciativa genial. El desastre de la bolsa de valores en 1929 no asustó al general, que siguió construyendo nuevas tiendas e ideando nuevos métodos para estimular el negocio y no dejar decaer las ventas. Tal vez su más genial iniciativa fue la que tuvo cierto día de 1931, cuando desconcertó a sus colegas en la empresa con la propuesta de vender seguros de automóvil por correo. Todos lo miraron como si se hubiera vuelto loco. "¿Para qué ensayar cosas nuevas en medio de esta crisis?" le preguntaron con pesimismo. "¿Y qué sabemos nosotros del negocio de seguros?"

Wood insistió. Organizó la nueva compañía, Allstate Insurance, en una oficina de la matriz de Sears, en Chicago, y rápidamente amplió las operaciones para abarcar también los ramos de seguros de incendio y de vida. Hoy la Allstate tiene 249 oficinas administrativas en los Estados Unidos y el Cañadá, con activos por valor de más de mil millones de dólares.

Además de conducir la compañía por nuevos rumbos, el general Wood trabajó constantemente para mejorar la calidad de la mercancía de Sears. Exigió que todos los artículos que se ofrecieran a la venta pasaran rígidas pruebas de laboratorio. Sostuvo la tesis de que la manera de obtener la mejor mercancía era trabajar de común acuerdo con los fabricantes, y no tratar

de obtener ventajas sobre ellos. Gastó millones de dólares de la compañía en mejorar los productos y en ayudar a los industriales modestos a fabricarlos. A éstos le prestaba ayuda técnica y les daba contratos a largo plazo con el fin de que pudieran iniciarse.

Por ejemplo, en una pequeña ciudad de Míchigan los hermanos Upton fabricaban máquinas de lavar ropa. Wood invirtió en su empresa y en seguida arregló que los Upton se asociaran con otra compañía que también estaba luchando para salir adelante. De esa fusión nació la Whirlpool Corporation, que es hoy una de las mayores fábricas de los Estados Unidos en el ramo de artículos eléctricos para el hogar. De esta manera el general Wood inició a centenares de pequeños fabricantes, sobre todo en las poblaciones chicas. Los negocios siguieron prosperando.

Responsabilidad social. Sin embargo, al general Wood, lo mismo que a su antecesor Julius Rosenwald, le interesaba algo más que el solo hecho de ganar dinero. "Toda empresa tiene que rendir cuentas", declaró, "no sólo en los balances financieros, sino también en materia de responsabilidad social". Por medio de las asociaciones de agricultores y de los asesores agrícolas oficiales, la Fundación Sears, Roebuck proporcionó fondos para conservación de suelos, regulación de inundaciones y mejoramiento de razas de ganado. Siguiendo un programa de "cría en cadena" entregó vacas, cerdos y gallinas de pura raza a granjeros adolescentes de ambos sexos en 11 Estados del Sur, con el propósito de fomentar la diversificación de la industria agropecuaria. Cada uno de los jóvenes participantes, que eran millares, se comprometía a entregar un animal de su primera cría a otro joven que lo mereciera.

A últimas fechas la Fundación viene proporcionando su ayuda más bien a ciudades y pueblos y a diversos programas educativos. Uno de estos, por ejemplo, ofrece ayuda financiera a individuos que quieran especializarse en planeamiento urbano.

Sears en Iberoamérica. Después de la segunda guerra mundial, el general Wood llevó a Sears a comerciar en el exterior. Desde que estuvo en Panamá le había entusiasmado la idea de ensayar en Iberoamérica los métodos norteamericanos de ventas al por menor. En 1942 se lanzó a ese campo con una tienda que abrió en La Habana, pero no fue un buen comienzo, por la escasez de mercancía en tiempo de guerra.

Posteriormente, sin embargo, Sears se estableció en Bogotá, en diversas ciudades en México y en algunas otras poblaciones de Iberoamérica. Hoy tiene 47 tiendas de mercancía en general y 20 de artículos eléctricos para el hogar en nueve países iberoamericanos. Estas tiendas ocupan un personal de 9500 empleados, de los cuales sólo unos pocos son estadounidenses.

Las ventas pasan de 100 millones de dólares al año, y la mayor parte la constituyen mercancías fabricadas en el país mismo donde se venden.

A los 84 años de edad, Robert Wood es todavía apuesto y vigoroso, se mantiene muy erguido y no ha perdido el entusiasmo por la competencia. Hace unos años dejó de montar a caballo "porque sus amigos se estaban volviendo muy viejos para acompañarlo", pero todavía caza aves al vuelo y recientemente jugó en un torneo de golf.

Con su esposa Mary, que lo es desde hace más de medio siglo, vigila con cálida mirada patriarcal los progresos de sus cinco hijos, 15 nietos y 17 bisnietos. Todos los años por Navidad celebra para sus descendientes varones una partida de tiro en un club de Illinois; y entonces se le puede ver dando órdenes como si fuese de nuevo a la cabeza de una carga de caballería.

El general Wood sigue siendo miembro de las juntas directivas de Sears y de Allstate, y tiene siempre a mano un cuaderno de apuntes con datos y cifras relativos a las 761 tiendas de la empresa. Sobre todo, observa con interés la marcha del fondo de participación de utilidades. "Me enorgullezco más de él", dice, "que de cualquier otra cosa que haya hecho en el mundo de los negocios".

Uno de los jefes de Sears, hoy retirado, hizo un comentario que explica en gran parte lo que ha inspirado a este extraordinario hombre de negocios: "El general Wood", dijo, "siempre tuvo fe en los demás. Su vida misma demuestra lo que pueden lograr las personas cuando trabajan de común acuerdo".

La dulce vida del campo

Cierto muchacho de la ciudad pasaba por primera vez una noche en el campo. Mucho más temprano de lo que era su costumbre lo despertó la actividad matinal del lugar. No bien despabilado aún, observó: "Aquí no tarda uno mucho en pasar la noche, ¿verdad?"

—O. W. F.

Mi hijo de cuatro años pasaba una tarde en la granja del abuelo, e instó a éste a que lo llevara en el tractor mientras araba los campos. Después de varias horas al sol volvieron a casa en busca de un trago de agua.

—¿Qué hacéis en el campo? —preguntó la abuela al chiquillo.

—No lo sé bien —repuso el muchacho—; no sé si estamos sacando o poniendo tierra, pero lo que sí es seguro es que la estamos haciendo más ancha.

—H. H. B.



Vencedores de las tempestades

El tornado es una de las fuerzas más destructoras de la Naturaleza, aunque hoy, gracias a los servicios preventivos de la Oficina Meteorológica de los Estados Unidos, ya no arrebata tantas vidas.

POR JAMES WINCHESTER
Condensado de "Empire"

TORNADO, POR JOHN STEUART CURRY
Cuadro cortesía de la
Hackley Art Gallery,
de Muskegon, Míchigan.

EL POLICÍA Louis Watkins mantenía la mirada fija en el cielo, mientras recorría en su automóvil las calles de Leavenworth (Kansas) el 12 de abril último. Se anunciaban tempestades y posibles tornados.

Mediada la tarde eran fuertes los

vientos, la lluvia y el granizo. Luego se presentó una calma inquietante, y de ahí a pocos minutos se informó que un tornado avanzaba hacia la ciudad. La sirena de incendio instalada en el techo del edificio municipal empezó a sonar. La estación local de radio previno repetidas veces: "Tomen medidas de seguridad". El policía Watkins empezó a recorrer las calles sistemáticamente, haciendo sonar su estridente sirena. Cada dos manzanas decía por el altavoz: "Esta es una alarma de tornado. No es un simulacro".

Todavía estaba dando la alarma una hora después cuando el tornado barrió la ciudad como una gigantesca aspiradora eléctrica. El viento, soplando como un remolino a 150 kilómetros por hora, volteó el automóvil de Watkins y lo empujó de lado hasta una distancia de 75 metros. Unas 1300 casas y edificios de negocios quedaron destruidos o dañados, 200 árboles arrancados de raíz y centenares de coches estrellados. Los daños materiales pasaron de un millón de dólares, *pero no hubo un solo muerto y sólo tres personas tuvieron que ser llevadas al hospital, con heridas leves*. Advertidos con tiempo suficiente, los 25.000 habitantes de la población se habían guarecido en sótanos y refugios.

Para poder dar tales avisos, la Oficina Meteorológica de los Estados Unidos estableció en Kansas City (Misurí) un Centro de Alarma contra Severas Tormentas Locales (SELS), que previene al público con mucha anticipación en el caso de la mayoría de los 600 a 800 tornados que azotan el país todos los años. Los resultados están a la vista: durante la primera mitad del siglo que corre, los tornados segaban por término medio 200 vidas al año. Desde 1954, año en que se estableció el SELS, ha habido más huracanes y, como es mayor la densidad de la población, las pérdidas materiales han aumentado muchísimo; sin embargo, el total de vidas perdidas anualmente por causa de ellos ha descendido a menos de 50.

No más conjeturas. Hasta hace pocos años la causa fundamental de los tornados permanecía en el misterio. Todos parecían tener su origen en las tormentas eléctricas, pero no todas estas tormentas producían tornados. Como quiera que, según se calcula, cada día se desatan sobre la superficie terrestre 44.000 tempestades, 1800 de las cuales ocurren en un momento determinado, el predecir un tornado no pasaba de ser simple conjetura. Durante mucho tiempo la Oficina Meteorológica se abstuvo por completo de hacer predicciones en cuanto a tales fenómenos porque, no siendo éstas de fiar, podían causar más mal que bien y provocar un pánico innecesario. Cuenta un veterano meteorologista que la manera más segura de hacerse despedir era mencionar la palabra "tornado" en algún pronóstico del tiempo.

Esta situación empezó a cambiar en 1948, cuando un tornado inesperado azotó la base Tinker de la fuerza aérea, cerca de la ciudad de Oklahoma, en el Estado del mismo nombre, y causó daños por valor de diez millones de dólares. Todavía aullaban los vientos cuando dos meteorologistas de la base, el comandante Ernest Fawbush y el capitán Robert Miller, fueron llamados a cuentas. Ellos explicaron: "No podemos predecir un fenómeno que no comprendemos".

Los dos científicos de la fuerza aérea empezaron a estudiar las condiciones atmosféricas que prevalecían antes de la tormenta. A la semana siguiente, al observar la presencia de iguales condiciones, predijeron un tornado. Como medida de precaución, los aviones de Tinker fueron trasladados a otras bases, y todos los objetos que quedaron se amarraron fuertemente. Siete horas después se desató un pavoroso tornado, más violento que el anterior; pero esta vez, gracias a que la alarma se dio a tiempo, los daños que sufrió la base fueron mucho menores. "Este fue probablemente el primer tornado que se haya anunciado con precisión", dice la Sociedad Meteorológica Norteamericana.

Alentados por este primer éxito, Fawbush y Miller profundizaron en sus investigaciones. Estudiaron centenares de antiguas cartas meteorológicas y poco a poco fue revelándose a sus ojos cierta pauta. Comprobaron que casi siempre los tornados habían ocurrido al chocar un viento húmedo y cálido del sur con una corriente fría y seca del oeste. Teniendo en cuenta otros datos, como las temperaturas a diversas altitudes, la velocidad de los vientos y la dirección en que se movían las grandes masas de aire, idearon un método práctico para predecir los tornados. Sus predicciones, correctas en un 40 por ciento de los casos, quedaron a disposición del Servicio Meteorológico Militar y de la Oficina Meteorológica civil.

Luego, en 1953, en dos días sucesivos de junio, desastrosos tornados azotaron las ciudades de Flint, en Míchigan, de Cleveland, en Ohío, y de Worcester, en Massachusetts, con un saldo de 223 muertos y 2555 heridos. La Oficina Meteorológica fue objeto de severas críticas por no haber hecho una oportuna prevención. Ante esto, se dio mayor importancia a la predicción de los tornados. El SELS se amplió y se trasladó a la ciudad de Kansas, más cerca del llamado "corredor de los tornados", en el Oeste Medio.

En la actualidad, 651 estaciones meteorológicas y puestos de radar envían diariamente más de 1.750.000 datos al SELS en Kansas. Estaciones terrestres y globos meteorológicos trasmiten informes sobre temperaturas, humedad, precipitación pluvial y dirección de los vientos. El satélite meteorológico Tiros III envía señales que permiten al Centro formarse idea de

la disposición y movimiento de las nubes en todo el mundo, y todos estos datos son ordenados y clasificados en computadoras electrónicas. La información recibida por teletipo de 200 puntos de observación diferentes se compila y analiza automáticamente en 45 minutos en las máquinas de alta velocidad del SELS. Para llegar a los mismos resultados por métodos manuales se necesitarían 800 horas-hombre.

Vigías contra las tormentas. Puesto que todavía no es posible predecir con exactitud dónde y cuándo va a azotar algún tornado, la Oficina Meteorológica ha ayudado a establecer centenares de redes locales de observación con el fin de dar a los residentes de cada zona aviso oportuno cuando ya un tornado se está formando. Por ejemplo, el 3 de abril de 1964, después de que el SELS dio la alarma, una docena de autos de la policía, ayudados por 50 observadores civiles, formaron un arco de 80 kilómetros alrededor de Wichita Falls, en Tejas, centro de la zona sospechosa. La estación local de la Oficina Meteorológica puso sobre aviso a cinco estaciones de radio y televisión, y la trasmisión de la alarma se inició a las 11:35 de la mañana.

A la 1:45 de la tarde una gran tempestad, que abarcaba más de 500 kilómetros cuadrados, se había formado a 40 kilómetros al sudoeste de Wichita Falls. Antes de que llegara a la ciudad, un vigía civil telefoneó para informar que estaba cayendo granizo de casi dos centímetros de diámetro. Se intensificaron las advertencias por radio y televisión. Los coches de la policía empezaron a recorrer las calles de las afueras haciendo sonar las sirenas.

Cerca de Iowa Park, 20 kilómetros al oeste, un policía de caminos vio un furioso torbellino negro que descendía serpeando desde las nubes cargadas de electricidad hasta la tierra, y avisó por radio: "Está avanzando en dirección a la ciudad". En el aeropuerto de Wichita Falls reinaba una calma amenazadora. Luego aumentaron los vientos revolviendo el polvo del suelo. Un meteorologista del aeropuerto trasmitió por el teletipo este mensaje: *"Urgente . . . favor retrasmitir sin demora.* Todos los residentes de Wichita deben tomar inmediatas medidas de seguridad".

Al escuchar esta advertencia, las maestras de escuela empezaron a conducir a los niños a los refugios de los sótanos, los automovilistas detuvieron sus vehículos y buscaron abrigo, y las ambulancias, alertadas desde el mediodía, se pusieron en camino hacia el sector contra el cual avanzaba el tornado.

El torbellino abrió una faja de 750 metros de anchura y ocho kilómetros de longitud a través de Wichita Falls y causó daños por valor de 15 millones de dólares. El huracán levantaba de los rieles los vagones de ferrocarril y los estrellaba contra las casas a 300 metros de distancia. Centenares de casas y edificios quedaron reducidos a es-

combros. De la ciudad pasó a la base aérea Sheppard, donde destruyó docenas de hangares, cuarteles y otros edificios; pero a pesar de estos destrozos, sólo perecieron siete personas y quedaron heridas 111. "El número de muertos habría sido muchísimo mayor si no hubiera sido por la alarma dada por el SELS", informa el jefe de la policía C.C. Daniel. "Eso nos salvó".

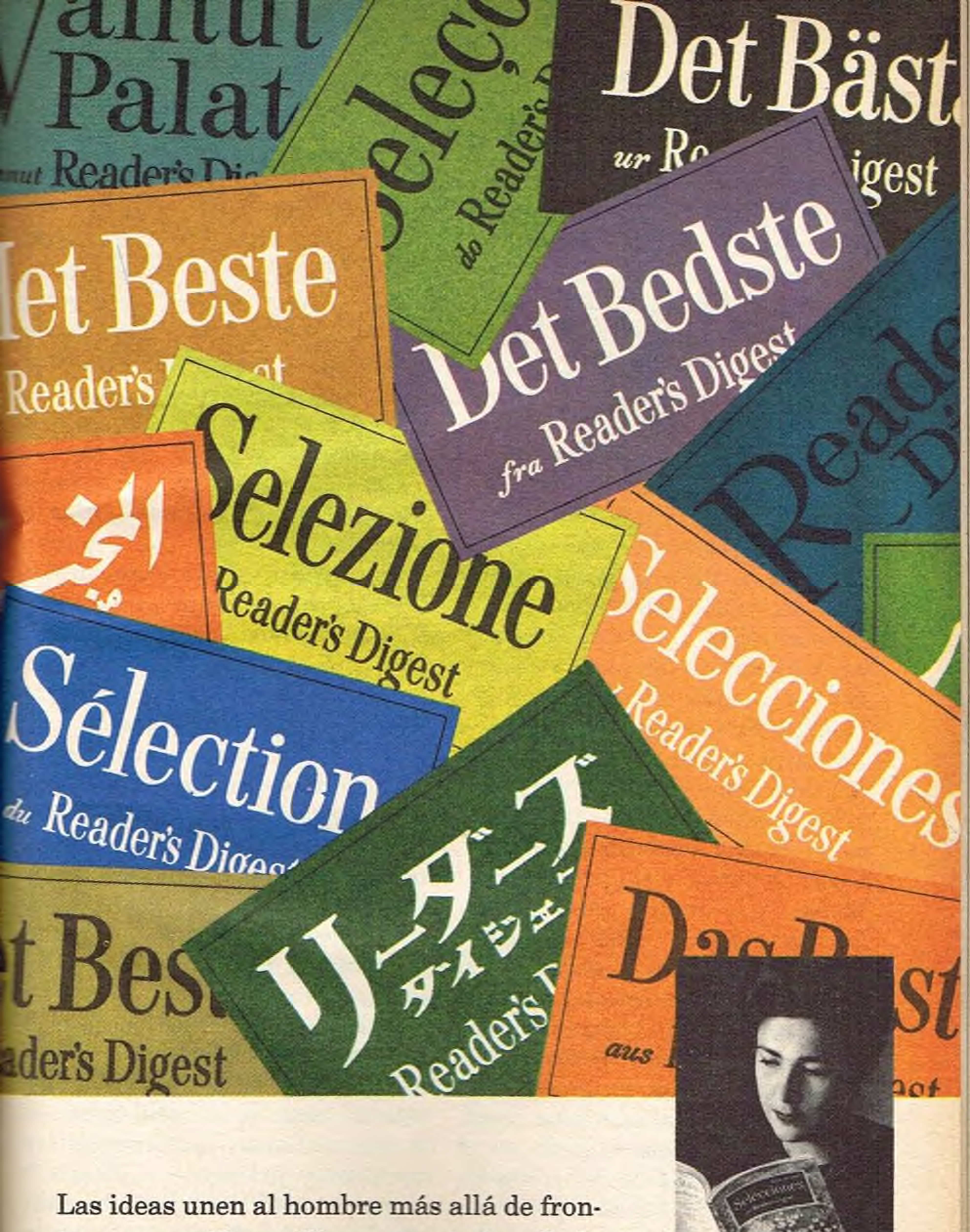
Por fortuna este tornado ocurrió durante el día. La población estaba despierta y por consiguiente se le pudo prevenir. En la predicción de huracanes la prueba más ardua la ofrecen los Estados al este del Misisipí, donde casi siempre ocurren ya entrada la noche. Los vientos que causan las tempestades en las cuales se producen los tornados, se forman generalmente sobre las Grandes Llanuras, durante el día, y luego se mueven hacia el este para descargar sobre Indiana, el sur de Míchigan o los Estados del sudeste del país cuando la gente duerme. A esas horas la radiodifusión de la alarma resulta inútil. SELS trata de hacer predicciones oportunas para esas zonas, de manera que sea posible poner sobre aviso a la gente antes de que se acueste.

Jinetes de la tempestad. Todavía hay muchas lagunas en el conocimiento que los meteorologistas tienen de los tornados, pero la intensa lucha que sostiene la ciencia para combatir la ignorancia en lo relativo a los tornados, viene contribuyendo a que el SELS se halle en condiciones de predecir estos fenómenos con mayor exactitud. La Oficina Meteorológica de los Estados Unidos se encarga de coordinar los esfuerzos conjuntos de civiles y militares por medio de su Laboratorio Nacional para el Estudio de Tormentas Severas, con base en Norman (Oklahoma), situación ideal para el caso.

En las investigaciones que hace el laboratorio acerca de los tornados, se emplean muchos aviones *jet* llenos de instrumentos, inclusive aviones U-2 para vuelos a gran altura. A los pilotos les dicen "los rudos jinetes de la tempestad", y no sin razón. Penetrar en una tempestad es juego de niños en comparación con ir a caza de un tornado, según los que han volado en misiones de ambas clases.

Una tarde de mayo pasado, por ejemplo, el comandante O. Patrick Arquilla y el teniente Ed Miller llegaron a Yukon, en Oklahoma, en su avión interceptor F-100 para observar una serie de tempestades eléctricas. Desde el laboratorio en Norman un operador de radar los guiaba hacia su meta. A 7500 metros de altura Arquilla metió su avión dos veces, casi a la velocidad del sonido, en el centro de la tempestad. "Ligera turbulencia, lluvia, nieve, aguanieve y granizo", informó. "Muy moderada".

"Pruebe otra vez", le ordenó el coordinador. "Está bien", replicó Arquilla, y nuevamente puso proa hacia la turbulencia. De pronto cambiaron los colores en el centro de la tempestad y de un negro casi



Las ideas unen al hombre más allá de fronteras geográficas, idiomas y credos. Cada mes, el mensaje fraterno se tiende a través de 13 idiomas, para más de 100 millones de hombres en 101 países diferentes.

La gente confía en
SELECCIONES
del Reader's Digest

total pasaron al amarillento. Fulguraron los rayos y una fuerte granizada con aguacero envolvió el avión, "como si estuviera volando en medio de una catarata".

"¡Viento ascendente!" informó el piloto. Más veloz que cualquier ascensor rápido, el pesado F-100 subió verticalmente 1800 metros. Instintivamente Arquilla empujó hacia adelante las palancas de mando, y en ese mismo instante lo alcanzó una corriente que hizo descender el avión 3000 metros, casi en un rizo, antes de que pudiera recuperarse. Bajo la fluctuante presión del viento, las tomas del *jet* no alcanzaban a pasar bastante aire en corriente continua para mantener en marcha el compresor del motor, y éste se apagó varias veces. Los rayos corrían sobre la superficie del avión como fuegos artificiales.

En seguida, tan súbitamente como habían aparecido, la turbulencia, la lluvia y el granizo amainaron, y Arquilla se encontró nuevamente en una atmósfera tranquila. Mientras se hallaba en el interior de la tormenta, de esta había surgido un tornado que tocó tierra en las afueras de Yukon.

En veces pasadas, los aviones destinados a estas tareas habían regresado con el fuselaje abollado por el granizo en diversos puntos; con los estabilizadores quemados por el rayo; en los bordes delanteros de las alas, las cabezas de los remaches estaban torcidas y rotas por las lluvias, que azotaban con una presión de 1200 kilos por centímetro cuadrado. Esta vez el aparato de Arquilla no sufrió daños de tanta consideración y pudo elevarse al siguiente día.

Interrogantes sin respuesta. Los jinetes de la tempestad han recogido informes sorprendentes acerca de lo que realmente ocurre dentro de una violenta tempestad, pero quedan todavía mil interrogantes que tienen confundidos a los investigadores.

Cuando se conozcan las respuestas, el laboratorio nacional abriga la esperanza de contar con información que le permita dominar los tornados antes de que puedan destruir al hombre y sus propiedades. Los satélites meteorológicos en órbita podrían observar reveladores vórtices en las capas de nubes, y las estaciones de tierra podrían seguir el curso de sospechosas tempestades para determinar las fluctuaciones eléctricas. Luego, los pilotos de altura o los cohetes podrían "acribillar" las nubes con hielo seco u otros agentes que aceleran la condensación y eliminan la humedad de las nubes.

"Sin embargo, antes de llegar a eso", me dijo el Dr. Edwin Kessler, el joven jefe del laboratorio, "tenemos la tarea de demostrar qué es lo que ocasiona las tormentas con tornados y granizadas. Cuando lo sepamos, tendremos que aprender algo más sobre la ciencia de predecirlas. Entonces podremos protegernos porque tendremos una idea exacta del fenómeno que nos amenace".



¡Claro que existe Santa Claus!

POR W. J. LEDERER

Condensado de "The Beacon"

Hermosa realidad del milagro de todas las nochebuenas

6 *p.m., 23 de diciembre de 1962.* Escribo esto a bordo del avión que me lleva de Nueva York a Los Ángeles. Mañana, al llegar a Honolulú, debo tener listo el cuento de Navidad que me han pedido los niños de mi barrio. Quieren que se titule: "¿De verdad existe Santa Claus?" Pero ¿cómo responder honradamente a esa pregunta de unos jovencitos escépticos?

Ojalá lleguemos a tiempo a Los Ángeles. Casi todos los que vamos en este avión hemos de trasbordar allá a las líneas de trasporte que empalman con ésta.

8:10 p.m. El piloto acaba de darnos una mala noticia. El aeropuerto de Los Ángeles está cerrado por

causa de la niebla. Tendremos que desviarnos a Ontario, en California, para aterrizar en un aeródromo de emergencia poco distante de Los Ángeles.

3:12 a.m., del 24 de diciembre. Por fas o por nefas, lo cierto es que acabamos de llegar a Ontario... con seis horas de retraso. El frío, el cansancio y el hambre nos han puesto a todos de pésimo humor. No habiendo podido trasbordar, muchos de nosotros no llegaremos a casa a tiempo para la nochebuena. Aviado estoy yo ahora para cuentos de Santa Claus.

7:15 a.m. Escribo esto en el aeropuerto de Los Ángeles. Muchas cosas han ocurrido en las cuatro últimas horas. El aeródromo de Ontario parecía una casa de orates. Aterrizaron allí docenas de aviones que debían de haberlo hecho en Los Ángeles. Los desesperados pasajeros —eran más de 1000— creyeron que podrían telegrafiar a sus casas para que supiesen que iban retrasados. Pero el telégrafo estaba cerrado, y frente a los teléfonos públicos formaba la gente interminables colas. No había donde tomar un bocado, ni tan siquiera una taza de café.

Con el personal del aeródromo tan rendido de cansancio y tan de mal humor como los viajeros, todo andaba manga por hombro. Los equipajes estaban amontonados a troche y moche, fuese cual fuese el punto de destino. Nadie daba razón de cuáles eran los autobuses que había que tomar, ni de la hora a que saldrían. Lloriqueaban los niños, hacían preguntas a voz en grito las mujeres, refunfuñaban los hombres y se volvían cada vez más mordaces. En el empeño de dar cada cual con su equipaje, los viajeros se empujaban y arremolinaban alocadamente como legión de espantadas hormigas. Imposible parecía que ese día fuese la víspera de Navidad.

De pronto, en medio del nervioso barullo, oigo una voz reposada, segura de sí misma. Domina esa voz la confusión reinante como el claro tañido armonioso de una gran campana se sobrepone a todos los ruidos.

—No se preocupe, señora —oigo que está diciendo por ahí cerca esa voz—. Encontraremos su equipaje y llegará usted a tiempo a La Jolla. Todo saldrá bien, se lo aseguro.

Es la primera vez, desde hace rato, que oigo expresarse a alguien en forma bondadosa y alentadora.

Busco con la vista al que así acaba de hablar. Es un hombre de cuerpo achaparrado y risueño semblante rubicundo. De la especie de gorra de uniforme, parecida a las que usan los guías de turistas, se escapan los rizosos cabellos canos. Calza botas de montar, como si hubiese venido guiando un trineo tirado por renos. Bajo la gruesa y ceñida blusa de lana roja se dibujan el abultado pecho y la redonda panza.

El hombre tiene a su lado un cajón de regular tamaño que descansa sobre cuatro ruedas de bicicleta. Hay en el cajón humeantes cafeteras y montones de cajas de cartón.

—Acepte usted, señora, esta taza de café mientras buscamos el equipaje —dice el hombre de la voz confortante, que en seguida, empujando ante sí el carrito, marcha a cumplir lo prometido, aunque no sin detenerse por el camino el tiempo preciso para repartir tazas de café acompañadas de un "¡Felices pascuas, hermano!" o de la promesa de volver pronto a ayudar en la busca del equipaje entre los rimeros de bultos que se ven dondequiera. Por fin halla el hombre el equipaje que ha ido a buscar, lo acomoda en el cajón, vuelve con él y dice a la señora:

—Venga conmigo y la llevaré al autobús que sale para La Jolla.

En cuanto deja a la señora instalada en el vehículo, Santa Claus (así he empezado yo a llamarle) vuelve al aeródromo. Me uno a él y empiezo a ayudarle a repartir tazas de café. He averiguado que el autobús que debo tomar no sale antes de una hora.

El paso de Santa Claus por entre el gentío es como el haz luminoso de un faro en la noche oscura. Irradia de él un no sé qué para hacer que se iluminen los rostros con una sonrisa. Ofreciendo aquí una taza de café, limpiando allá las narices de un mocosillo llorón, riendo más allá, tarareando acullá un villancico, calma a los desesperados viajeros, les ayuda a hallar la manera de trasladarse a sus casas.

Si a una señora le da un desmayo, es Santa Claus quien se abre paso por entre los que la rodean sin atinar a socorrerla, saca del providencial cajón un frasco de sales aromáticas y una manta, reanima a la desmayada y pide luego a tres de los allí presentes que, después de acomodarla en un banco, hagan uso del altavoz del aeródromo para llamar un médico.

¿Quién será —me digo yo— este curioso hombrecillo rechoncho que a todo sabe hallar pronto remedio? Y, dirigiéndome a él, le pregunto:

—¿Por cuenta de qué empresa trabaja usted?

—Hijo —me replica—: ¿ve aquella niña, la del abrigo azul? Está perdida la pobrecilla. Dele esta barra de chocolate y adviértale que no se mueva de donde está. Como empiece a vagar de un lado a otro no podrán encontrarla sus padres.

Hice lo que me pedía, y al volver le pregunté de nuevo:

—¿Por cuenta de qué empresa trabaja usted?

—¡Dale que le das! No trabajo por cuenta de nadie. Hago esto por darme gusto. Todos los diciembres, en mis dos semanas de vacaciones, ayudo en lo que puedo a los viajeros. Con lo mucho que viaja la gente en esta época del año, siempre hay miles de personas que necesitan que les tiendan una mano. ¡Oiga! Ahí tenemos algo.

Al decirme esto ha señalado al grupo de una llorosa y joven madre con su bebé. Haciendo un picaresco guiño, se ladea Santa Claus la gorra y echa a andar empujando su inseparable cajón de ruedas. La joven madre, sentada en una male-

ta, estrecha tiernamente al bebé entre sus brazos.

—Vaya, vaya, hermana —le dice Santa Claus—. ¡Qué criatura tan preciosa tiene usted ahí! Pero, dígame: ¿por qué tan afligida?

Entre sollozo y sollozo le cuenta la joven que lleva más de un año lejos de su marido, el cual está ahora esperándola en San Diego y se angustiará al ver que no llegan ella ni el niño. Además, el niño tiene hambre.

Saca Santa Claus del cajón una botella de leche tibia, se la da a la joven y le dice:

—Ea, no se aflija usted más. Todo se arreglará.

Acto seguido la conduce al autobús que sale para Los Ángeles (el mismo que yo debo tomar), apunta el nombre de ella y el del hotel en que la espera su marido en San Diego; le promete a la joven que él, Santa Claus, telegrafiará al esposo informándole de lo que ocurre.

—¡Que Dios le premie a usted esto que ha hecho por nosotros! —le dice la joven madre al subir al autobús con el bebé que ahora duerme apaciblemente en sus brazos—. Le deseo unas pascuas muy felices y con muchísimos aguinaldos.

—Gracias, hermana —responde Santa Claus llevándose la mano a la visera de la gorra—. Ya he recibido el mejor de los aguinaldos, y a usted se lo debo... ¡Hola! ¿Qué pasa ahí? —continúa diciendo mientras apunta hacia el gentío—. Ese anciano está en aprietos. Adiós, hermana. Voy por otro de mis aguinaldos.

Se aleja Santa Claus del autobús. Yo le sigo. Sé que faltan todavía unos minutos para que salga el vehículo. Se vuelve Santa Claus a mirarme, y pregunta:

—¡Qué! ¿No es ese el carricoche que ha de tomar usted para Los Ángeles?

—Sí.

—Bueno. Ha sido usted un magnífico ayudante y quiero darle *su* aguinaldo. Al tomar el autobús, ocupe el puesto que queda cerca del de la señora y atiéndalos a ella y al bebé en lo que se les ofrezca. Y al llegar a Los Ángeles —aquí saca un papel del bolsillo— telefoneará usted a San Diego al hotel que está ahí apuntado, preguntará por el marido de la señora y le explicará por qué no llegan a tiempo ella y el niño. ¿Entendido?

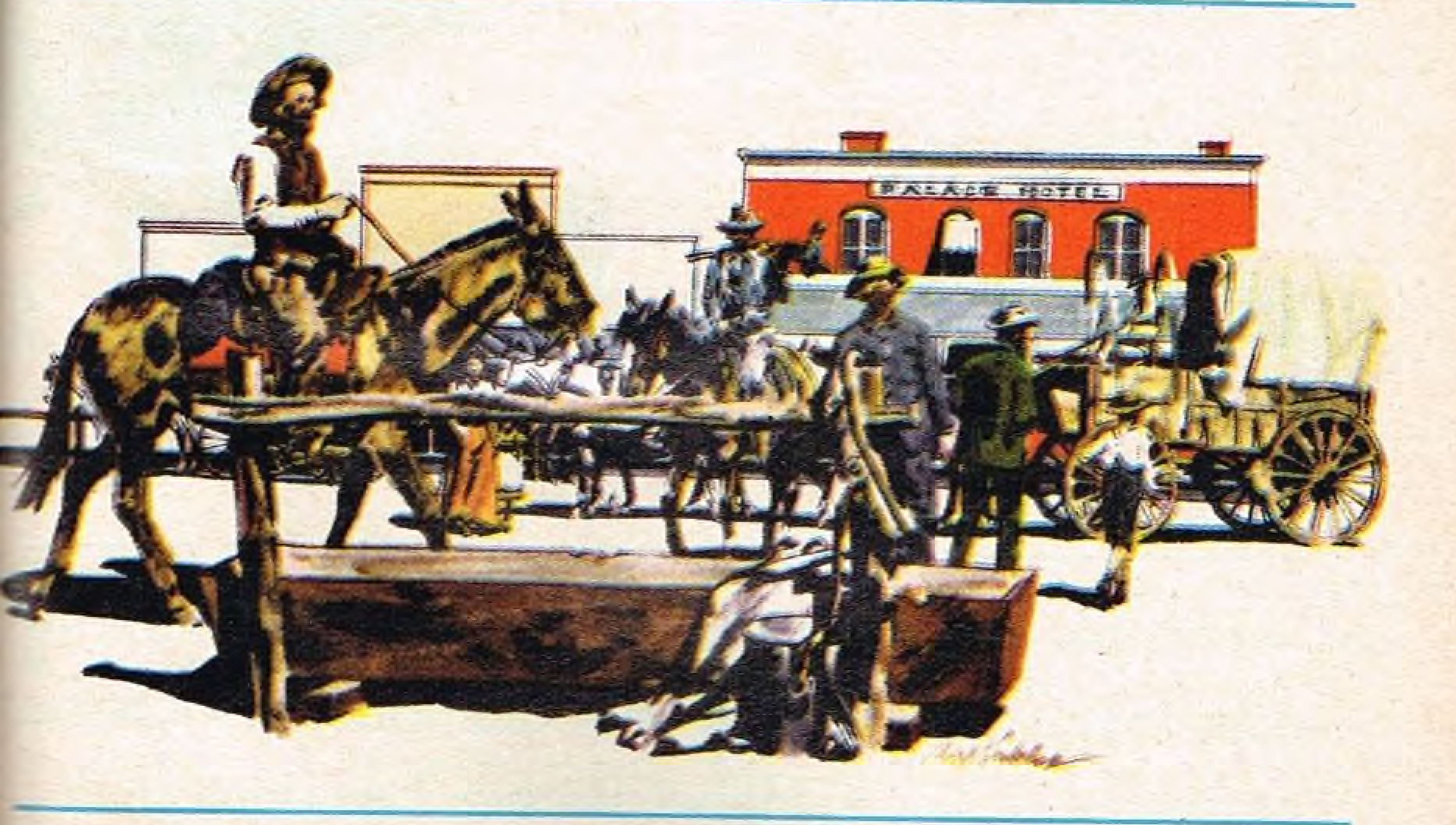
Tan seguro está él de que así lo haré, que se marcha sin esperar mi respuesta afirmativa. En el autobús ocupo el asiento contiguo al de la joven madre. Me hago cargo del bebé. Al mirar por la ventanilla, distingo la voluminosa blusa roja de Santa Claus que va perdiéndose entre el gentío.

Ha arrancado el autobús. Estoy contento. Pienso en mi casa, en la Navidad, en los niños de mi barrio. Me digo que sabré cómo responder a la pregunta: "¿De verdad existe Santa Claus?"

¡Claro que sí! Acabo de conocerlo personalmente.

NO ERA LUGAR PARA UNA DAMA

Años de la fiebre del oro



Condensado del libro* de MABEL BARBEE LEE

Esta condensación contiene material adicional proporcionado por la autora.



NO ERA LUGAR PARA UNA DAMA

Cripple Creek fue uno de los pueblos mineros más salvajes y borrascosos del indómito Oeste norteamericano, y Mabel Barbee Lee tiene poderosos motivos para recordar el lugar, pues su padre fue buscador de oro y ella se crió allí.





"Las condiciones de vida aquí son abominables", escribía papá desde el nuevo campamento minero de Cripple Creek, en el Estado de Colorado. Corría el otoño de 1892. El año anterior, por la misma época, se había descubierto oro en aquellos parajes, y la migración de veteranos y bisoños mineros y buscadores del áureo metal estaba en su apogeo. El hospedaje y la comida resultaban costosos y escasos, agregaba papá; todas las noches se veía gente durmiendo sobre las mesas de los billares y en el suelo de las cantinas. "Enviaré por vosotras cuando pueda", prometía, "pero por ahora, este agujero dejado de la mano de Dios no es lugar para ti ni para Mabel".

Mamá leyó la carta, largamente esperada, apretando los labios. Cuando papá salió para Cripple Creek nos había dejado en casa de su hermano, Graham Barbee, en la ciudad de Kansas, mientras podía conseguir alojamiento para nosotras cerca de sus concesiones mineras. Aunque al principio mis tíos nos recibieron cariñosamente y trataron de hacernos sentir como si estuviésemos en nuestra propia casa, una mujer de más, y con una hija de ocho años, no caben fácilmente en cualquier hogar. Al ver que pasaban las semanas sin recibir noticias de mi padre, y a pesar de que mi tío seguía mostrándose cordial, la tía Ella dio en hacer preguntas, cada vez más intencionadas, acerca de nuestros planes.

En esta ocasión, mientras mamá leía la carta de papá, toda la fa-

milia la rodeaba en espera de noticias.

—¿No menciona siquiera si ha encontrado casa? —preguntó la tía Ella.

—No —le respondió mamá, a la vez que sus mejillas enrojecían—. Pero no te apures; diga lo que diga, nos marcharemos. Pienso resolver las cosas por mí misma.

Esto diciendo salió del cuarto como una exhalación y subió las escaleras con la cabeza erguida. Cuando me uní a ella en la alcoba me habló como si fuera yo una persona mayor.

—Jonce no ha debido dejarnos empeñadas con sus parientes en esta forma —me dijo—. Ya se cansaron de nosotras y no quiero seguir aquí. ¡No puedo soportar esto ni un momento más!

Resueltamente sacó las maletas y comenzó a empacar. Al día siguiente por la mañana le puso un telegrama a papá anunciándole que nos íbamos a Cripple Creek, de un modo u otro.

"Un resbalón, y . . ."

El viaje fue penoso: dos días en tren y los últimos 50 kilómetros, desde Florence (Colorado), en diligencia. El paradero de las diligencias estaba colmado de barbados mineros de tosca catadura y, como era la única mujer que allí se encontraba, mamá atraía sus miradas, curiosas y admirativas. A pesar del largo y fatigoso viaje, mamá se veía fresca y guapa, y su jubón de casimir y su sombrerito emplumado hacían extraño contraste con los trajes de pana y las pesadas y encintadas botas de aquellos hombres. También yo me sentía muy elegante con mi nuevo abriguito rojo y mi gorro con adornos de piel.

Cuando apareció la enorme diligencia, avanzando pesadamente, se registró un gran alboroto para subir a ella. Antes de que mamá y yo alcanzáramos a recoger nuestros bártulos ya el vehículo estaba atestado. Nos quedamos desconsoladas, hasta que el mayoral, al salir de la posada con sus papeles, advirtió nuestra solitaria presencia.

—¿No iba usted para Cripple Creek, señora? —preguntó.

Y al saber que sí, a tirones hizo bajar a dos mineros para hacernos sitio dentro del coche.

—A fe mía que más falta hacen mujeres decentes en ese apestoso campamento que un atajo de tahúres y picapleitos y de mineros bisoños —dijo a los que había desalojado—. Pero podéis sentaros conmigo en el pescante.

El mayoral nos dejó cómodamente instaladas, cerró la portezuela, subió al pescante, hizo chasquear el látigo, soltó un terno enderezado a los tres troncos de caballos, y el vehículo, pesadamente cargado, se puso en movimiento con una sacudida. Aunque la diligencia llevaba seis pasajeros dentro y seis en el techo, los caballos partieron al galope como si fueran a desbocarse y el pueblo se perdió detrás de nosotros entre la nube de polvo que levantábamos.

Eran las primeras horas de la tarde y hacía calor a pesar de que estábamos a mediados de octubre, pero apenas llegamos a las estribaciones de la montaña levantóse un viento frío y cayeron las sombras del crepúsculo. Subíamos rápidamente; yo iba acurrucada en un rincón, haciendo esfuerzos para no mirar a través de la ventanilla que tenía a la izquierda. No obstante, una y otra vez volvía la cabeza contra mi voluntad, fascinada por el abismo aterrador que se abría a nuestros pies. Seguíamos por un camino estrecho, abierto a tajo en la falda de la montaña; a menos de un palmo de las ruedas se acababa el terreno y el precipicio se abría a pico hasta una profundidad de 300 metros.

—Dicen que más arriba hay una curva estrecha donde es preciso desenganchar los caballos para poder pasar —apuntó uno de los mineros sentados frente a nosotros—. Un resbalón, y . . . —Movió la cabeza significativamente y tomó un sorbo de una botella de whisky. Otro de los pasajeros agregó:

—Cuentan que hace un par de meses le fallaron los frenos a una diligencia y todo el tren se fue al abismo.

—Y hay salteadores en la montaña— afirmó un tercero.

Yo me estremecía de miedo, mas, arrullada por el monótono gemir de las ruedas, me fui amodorrando hasta quedarme profundamente dormida. No volví a saber de mí sino cuando mamá me sacudió para despertarme al llegar a una posada del camino donde paramos con el fin de remudar los caballos.

—Anda —me dijo—. Vamos a tomar una taza de café.

La fonda, una gran barraca cubierta de cartón embreado y asentada en un recodo del camino, estaba ya llena de gente que había llegado hasta allí, bien caminando por los atajos, ya conduciendo sus propios carromatos. El acre olor a humo de tabaco, aguardiente y ropas de pana sudadas me dio náuseas. Los más de los parroquianos se encaminaron al tablón que hacía de mostrador de cantina; mamá y yo encontramos una mesa desocupada en un rincón. A poco un hombre corpulento y rubicundo se sentó al lado de mamá y dijo llamarse Oscar Burnside y que tenía negocios en Cripple Creek.

—¿Conoce usted a mi esposo, Johnson Barbee? —le preguntó mamá.

—Todo el mundo lo conoce en esta región —le respondió—. Es un gran tipo. Yo lo considero buen amigo mío y el mejor de mis clientes.

Mamá pareció muy complacida al oír esto . . . ¡hasta que descubrió al correr de la conversación que Oscar Burnside era cantinero!

Estaba silenciosa y pensativa cuando subimos de nuevo a la diligencia. En esta última etapa, el camino parecía aun más estrecho y empinado que antes, y los caballos resoplaban al salvar forcejeando los profundos lodazales. Pero a

despecho del violento bamboleo volví a quedarme dormida.

"¡Bandidos!"

Lo QUE ocurrió después más parece una pesadilla que una realidad. De lo primero que me di cuenta fue de una confusión de voces y del nervioso relincho de los caballos. Luego sentí que mi madre me tiraba de un brazo tratando de sacarme del vehículo.

—Chist... No hagas ruido —me dijo al oído— y agárrate de mi brazo. ¡Son bandidos!

Me aferré a ella con todas mis fuerzas en tanto que vagábamos por allí a la luz de una linterna. Dos bandidos enmascarados, con el rostro cubierto hasta los ojos con sendos pañuelos de hierbas, obligaban a los pasajeros a formarse en fila. Aunque a mamá le hablaron cortésmente, como pidiéndole excusas, nos hicieron alinearnos con los demás. Los salteadores procedían con rapidez y destreza. Sendas linternas pendían de sus cananas, y uno de ellos encañonaba a las víctimas con su revólver de seis cartuchos mientras el otro las registraba en busca de joyas y dinero. Casi el único ruido que se oía era el tintineo de las monedas de oro y plata al ser arrojadas en un maletín.

Cuando salimos de Kansas, mi tío Graham me había regalado un dólar de plata. Jamás había poseído yo tanto dinero, y gran parte del viaje había llevado la moneda entre mis manos. Al ver que se nos acercaban los ladrones, yo apretaba mi moneda dentro del bolsillo con mayor fuerza todavía. Muerta de miedo pensé esconderla en otro lugar más seguro. Pero indudablemente me verían si me agachaba a meterla en la media y no podía evitar que se cayera al suelo si me arriesgaba a guardármela en el corpiño. Entonces, en el instante en que los bandidos se acercaban a mamá, me vino una inspiración. Haciendo como que me rascaba la nariz, me metí la rodaja de plata en la boca.

Sentí que una mano se apoyaba pesadamente en mi hombro.

—Ponte en fila —dijo una voz ronca—. ¡Este asalto también va contigo!

El bandido que hacía la colecta desenfundó el revólver como para demostrarme que hablaba en serio. Yo apenas podía respirar y la saliva me escurría por las comisuras de los labios.

—Por favor, señor, tenga piedad de ella, no la asuste más —le rogó mi madre.

El bandido la miró con ceño por un momento, luego pestañeó y se inclinó hacía mí, mirándome con ojos entrecerrados, como si no diera crédito a lo que veía.

—¡Esto es lo último! —exclamó, y le hizo una seña a su compañero—. ¿No te parece el colmo lo que está haciendo esta mocosa para estafarnos?

—Me parece que debemos darle una lección para que escarmiente— respondió el otro.

El caso, sin embargo, parecía hacerles mucha gracia a los dos bandidos, que llamaron al resto de los pasajeros para que se acercaran a ver. Éstos rieron también, y me pareció que hasta mi madre hacía esfuerzos para contener una sonrisa. Yo no había podido cerrar la boca y de pronto comprendí de qué se reían: ¡La moneda había quedado a la vista de todos! Lágrimas de vergüenza y de terror vinieron a mezclarse con la saliva que me corría por la barbilla. Uno de los ladrones se inclinó y me acarició la cabeza. Luego, sin decir palabra, tomó otro dólar de plata del maletín lleno del producto del pillaje y lo deslizó sobre el que tenía yo en la boca abierta.

—La próxima vez, chatita —me dijo— no ensayes más marrullerías... Podría irte peor, pues no todos los días se encuentran caballeros como nosotros.

Cuando los salteadores se perdieron de vista camino abajo, los pasajeros comenzaron a comparar pérdidas y a alardear de la astucia con que habían ocultado sus billeteras. Pero todos convinieron en que yo había sido la más afortunada.

—Apuesto a que esta es la primera vez que un minero dobla su capital antes de llegar siquiera a la mina —exclamó el mayoral.

A eso de medianoche subíamos la última de aquellas montañosas cuestas; cruzamos la vertiente y distinguimos allá abajo el centelleo de las luces de Cripple Creek. El mayoral detuvo las caballerías para darles un respiro después de la larga subida y luego, siguiendo una invariable costumbre, las fustigó con brío y las hizo emprender furioso galope cuesta abajo hasta parar en el último momento, con gran chirriar de frenos y aparatoso patinar de ruedas, frente al hotel Continental. Una gran multitud, que había estado esperando confiadamente aquel teatral proceder, nos deparó una tumultuosa acogida con alaridos, entusiastas disparos de pistola y gritos de: "¡Bienvenidos, ilusos!"

Fue aquella una presentación adecuada en el turbulento y ostentoso campamento minero donde iba yo a ver pasar los años de mi adolescencia.

Una tienda con anexo

Fuera de la poco menos que tumultuosa algarabía del lugar, esa noche no pude ver mucho del carácter de Cripple Creek. Papá nos aguardaba un tanto apartado de la multitud; su aventajada estatura hacía destacar entre el gentío su fina y apuesta figura pelirrubia. En seguida nos llevó al endeble hotelucho de tablones de pino, donde ni siquiera la importancia que me daba el haber sido víctima de un asalto consiguió quitarme el sueño.

A la mañana siguiente pudimos apreciar claramente el campamento. Su pobreza y su primitiva vitalidad nos parecieron igualmente abrumadoras. Estaba enclavado en el cráter de un volcán extinguido,

República Democrática Alemana
VEB FILMFABRIK WOLFEN



FILM

testimonio de una
tradición creadora



revelación en 48 hs.

ROLLOS 120 y 620 monocromo y color • PELICULAS de 35 mm. para blanco y negro, color reversible, negativo color • PELICULAS DE CINE DOBLE 8 blanco y negro, color reversible • PELICULAS RADIOGRAFICAS en todos los tamaños y PELICULAS DENTAL RAYOS X.

Representante - importador - distribuidor

OPTICA PLATENSE S.A.

Viamonte 448 - Buenos Aires

casi a 3000 metros de altura, así que el aire resultaba vigorizador, aunque un tanto difícil de respirar. Había unas cuantas aceras de tablones y dos o tres manzanas de destartaladas casas de comercio con altas fachadas postizas. Más allá de este sector, que bullía con el movimiento matinal, se alzaban multitud de tiendas, chozas de cartón embreado y una que otra bien cuidada cabaña de madera. Cripple Creek prosperaba, evidentemente. Se ufanaba ya de tener alumbrado de arco y una población que, desde el verano, se había elevado de 600 a 2000 habitantes.

Papá había hallado alojamiento para nosotras. Era una sucia y remendada tienda de lona, con un anexo.

—Fue una suerte encontrarla —dijo papá, curándose en salud.

Había recibido el telegrama de mamá apenas la mañana anterior. Los antiguos inquilinos de la tienda acababan de desocuparla cuando llegamos. Aún había cenizas calientes en el brasero; latas de leche condensada y trastos sucios se apilaban sobre la rústica mesa; en un rincón se veía una vieja cama de madera con un colchón nudoso, y una delgada colchoneta cubría el catre que había en el anexo destinado a servirme de "habitación". Un palanganero de rajada plancha de mármol y unas cuantas sillas incalificables completaban el mobiliario.

En el pueblecito de Utah donde habíamos vivido siempre, teníamos una buena casa con cerca de madera blanca, y mi madre se había opuesto plañideramente a dejarla. Pero los yacimientos de plata que allí explotaba papá se habían acabado al fin.

—El minero tiene que ir donde están las minas, Kitty —díjole a mamá con firmeza.

Y ahora, como buena esposa de minero, ella se puso inmediatamente a limpiar y a fregar nuestro nuevo alojamiento. Ventiló las ropas de cama, restregó las tablas del piso con lejía, raspó y pulió la cocina. Papá y yo le llevamos agua de la pila pública; el agua potable había que comprarla a los carros aguateros, a cinco centavos el cubo, pues la traían de afuera. Poco había que escoger entre las provisiones que ofrecía la tienda de víveres, pero mamá sabía dar a las cosas más comunes un sabor delicioso, y a la hora de la cena nuestra vivienda despedía un olor apetitoso a café caliente, pan fresco y tocino frito.

—Ya le has dado a esto apariencia de hogar —le dijo papá tomándole la mano—. Me alegro de que no me hicieras caso cuando te escribí que tú y Mabel no podíais venir a Cripple Creek.

Y mi madre, en vez de decirle "cuatro cosas", como había prometido en Kansas, se limitó a sonreír mientras un rubor de felicidad coloreaba sus mejillas.

Al día siguiente muy de mañana me puse a explorar el vecindario. Cerca de nosotros había una casa

de tablas, de pulcra apariencia, encerrada dentro de una cerca de malla para gallinero. Tenía en las ventanas varios tiestos de geranios en flor y, con gran sorpresa mía, oí que alguien practicaba escalas al piano. Corrí a contárselo a mamá.

—Debe de ser gente adinerada —me dijo—. Quizá algún minero rico. Ya te compraremos un piano cuando tu papá halle una buena veta.

Esperé ansiosamente a ver si allí había niños y al cabo de tres días salió una chiquilla de mi edad que se puso a saltar la cuerda. Era muy guapa, con la naricilla respingada y las trenzas doradas cogidas con cintas rojas. Me acerqué a la cerca poco a poco, sonriendo amablemente con la esperanza de que me viera, pero ni una sola vez se volvió a mirarme. De pronto, una mujer de rostro severo apareció a la puerta.

—¡Blanca! —gritó—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no salgas de casa? ¡Ven acá inmediatamente!

Cuando volví al día siguiente, la chiquilla salió de puntillas hasta el porche y me miró como si yo fuera un ogro. Decidí entonces emplear una táctica atrevida y me llegué, fingiendo indiferencia, hasta la cerca.

—¿Quieres ver mis dos dólares de plata? —le dije, enseñándoselos—. Uno de ellos me lo regaló un bandido... ¡palabra de honor!

Ella titubeó un momento, miró en derredor furtivamente, y luego vino hacia mí sin quitar los ojos de las monedas que tenía yo en la mano. Ya hacía ademán de alcanzarlas cuando se abrió la puerta y Blanca desapareció por ella dentro de su casa.

—¡Vete de aquí! —me gritó colérica su madre, amenazándome con el dedo—. ¡Que no te vuelva a coger yo por aquí! Blanca Burnside no puede jugar contigo. ¿Lo oyes?

¡Blanca Burnside era la hija del tabernero! Cuando volví a casa llorando mamá no hizo caso de mis lágrimas.

—De modo que allí es donde viven los Burnside —comentó indignada—. Bueno, nosotros no tenemos por qué aceptar desprecios de la familia de un tabernero. ¡Ya le diré a la señora Burnside cuántas son cinco y cinco!

Me tomó de la mano, se encaminó a la casa vecina y llamó. La señora Burnside entreabrió la puerta; por el resquicio alcancé a ver a Blanca, que nos miraba medrosamente escondida tras las faldas de su madre. Después de presentarse como recién llegada al campamento, mamá le habló sin rodeos:

—Dice mi hija que usted la echó de aquí y que le dijo que no volviera a acercarse a esta casa. Quisiera saber si cometió alguna falta. Si acaso no se ha portado como una señorita...

—No, no, no hay nada de eso —repuso la señora Burnside.

—Pero me ha dicho Mabel que

usted no quiere que Blanca hable con ella ni siquiera a través de la cerca —insistió mi madre—. Tendrá usted algún motivo...

—Como está recién llegada tal vez no sepa lo de la epidemia de difteria —dijo la señora Burnside, bajando la voz como si temiera que pudieran oírla los microbios–. Los niños se están muriendo como moscas en todo el campamento.

Mamá se puso pálida.

—¿Ha estado Blanca expuesta al contagio? —preguntó.

—El contagio está en el aire —replicó la otra temblando—. En la tienda donde ustedes viven un chiquitín cayó enfermo no hace una semana... y se fue en pocas horas ...murió asfixiado. Su niña ha podido coger la enfermedad y no quiero que se la contagie a Blanca. Y diciendo esto cerró la puerta y le echó llave.

Apenas llegamos a casa mi madre sacó el frasco de aceite de ricino, su preventivo contra todos los males infantiles. A duras penas pudo esperar la llegada de papá para verter sus exacerbados temores y resentimientos. Él confesó que estaba enterado del caso de difteria y de la muerte del chico, pero dijo que la tienda había sido fumigada y el doctor Whiting le había asegurado que no existía riesgo de contagio. En todo caso, agregó, era el único alojamiento que había podido conseguir.

Ni a Blanca ni a mí nos dio difteria. Mamá lo atribuyó al fuerte purgante que me administró. Papá, en cambio, opinó que me había salvado mi innata inclinación a ir contra la corriente, a más de la "constitución de hierro de los Barbee".

La mina Mariquita

UNA TARDE papá me llevó a su mina. Dimos una larga caminata; atravesamos todo el campamento y subimos por buen trecho la loma del Faro, al lado del pueblo. Como de costumbre, cuando salíamos juntos, no dejaba de entretenerme con su fascinante conversación. Parecía conocer a todos los que encontrábamos.

—¡Hola, Pete! —exclamó, saludando a un hombre pequeño y fornido de aire hosco—. ¿Cómo está Willie?

El hombrecillo le respondió con efusión, sonriendo de pronto con expresión casi radiante, y cuando nos alejamos papá me explicó:

—Es Pete Genoudski, peón de la Manzana de Oro. Ayer tuvieron un derrumbe en esa mina y Willie, su compañero, salió herido.

Al llegar junto al tiro de una de las excavaciones más activas por donde pasamos, se detuvo para decirme:

—Este es el fundo de Mike Cavanaugh. Parece que le va a resultar muy rico. Los ensayos del mineral que sacó la semana pasada le dieron 200 dólares por tonelada.

Y cuando topamos con un minero entrecano que acababa de llegar, con cama, tienda, pico y sartén

a lomos de un burro de ojos tristes, papá habló con él durante diez minutos sobre los sitios más a propósito para denunciar una mina.

—Bueno, aquí tienes la Mariquita —dijo al fin señalando un gran agujero coronado por tres gruesos palos colocados en forma de trípode—. Allá abajo puede estar la bonanza que nos permita mandarte a la universidad.

Yo me asomé a aquel profundo abismo, muy impresionada.

—¿Quieres bajar? —me preguntó papá.

Yo tragué saliva, vacilé un momento y al cabo asentí con la cabeza, indecisamente. Era la primera vez que me hacía tal oferta.

—¡Entonces, arriba! —dijo, y me levantó para meterme en el gran cubo de hierro destinado a sacar el mineral. Luego comenzó a darle vueltas a la manivela del malacate. El corazón me latía furiosamente, mientras descendía en aquella oscuridad y el cuadrado de luz allá arriba se hacía por momentos más pequeño. Una humedad acre se me metía por las narices, parecida al olor de los hongos, y muy abajo pude oír el ruido de una piedrecilla desprendida que cayó en el agua acumulada en el fondo debido a las filtraciones causadas por el deshielo del pico Pike, que se alzaba hacia el norte. El tiro estaba apuntalado con troncos de madera y atravesado a trechos por túneles laterales, o socavones abiertos por mi padre en persecución de prometedores veneros. Papá lo había hecho todo con sus propias manos, pues no tenía dinero para pagar trabajadores.

El cubo se detuvo de pronto frente a un túnel y oí la voz de papá que repercutía espectralmente desde arriba.

—Bájate allí. Yo iré en seguida para mostrarte una cosa.

Me salí del cubo que se bamboleaba, pasé a una plataforma de madera y luego me volví a mirar a papá que descendía por una serie de improvisadas escaleras hasta reunirse conmigo. Con aire misterioso me hizo señas de que lo siguiera por la galería, apenas alumbrada por la llama vacilante de la vela que llevaba prendida en su casco de minero.

Comencé a toser; no hacía mucho que papá había puesto dinamita y el aire estaba impregnado de un acre y penetrante olor a pólvora quemada. No obstante, papá siguió adelante, deteniéndose únicamente para encender las velas que había en toscos candeleros clavados a las paredes. Además de darnos luz, las velas nos advertían contra el peligro, me dijo papá; pues si una de ellas se apagaba de pronto, esto significaba que se estaban acumulando gases letales en el socavón.

Al final de la galería nos encontramos en una especie de gruta apenas lo suficientemente alta para que papá pudiera mantenerse de pie.

—¡Mira! —exclamó triunfante.

Al principio nada vi salvo la negruzca roca que goteaba. Sola-

mente cuando arrimé una vela a la pared alcancé a distinguir unas cuantas escamillas de metal grisáceo.

—¿*Eso* es oro? —pregunté, muy defraudada—. Yo creía que sería amarillo.

—En esta clase de minas, no —repuso papá riendo—. Está engastado profundamente entre el mineral y siempre parece opaco hasta que se calienta en la fundición. Entonces se vuelve amarillo.

Examiné la roca con más respeto y luego pregunté.

—¿Es esta nuestra bonanza? ¿Somos ricos?

—Ricos, precisamente, no —respondió él alzando los hombros—; pero sí es posible que tengamos un buen filón.

Ya el día anterior le había llevado muestras al ensayador para su análisis, y tan pronto como salimos de la mina nos dirigimos a la oficina de ensayes a recibir el informe. Era este despacho uno de los sitios de más movimiento en Cripple Creek y uno de los más importantes: allí era donde el minero venía a saber si su mineral contenía oro, y en qué cantidad.

Una media docena de individuos nos precedían en la miserable casucha de madera, y en el ambiente flotaban la expectación y la nerviosidad con que recibían los dictámenes o pasaban los taleguitos de mineral sobre el mostrador. El ensayador debía moler las muestras, separar el oro por procedimientos químicos, fundirlo luego en pequeños lingotes y pesarlos. Papá me susurró al oído:

—En la trastienda tienen una balanza tan precisa que puede pesar la raya que hace un lápiz en un papel.

Esperamos nerviosos. Al fin salió un empleado de la misteriosa trastienda y llamó aparte a papá, le habló en voz baja y le pasó un papel. Papá frunció el ceño al leerlo. Yo corrí hacia él.

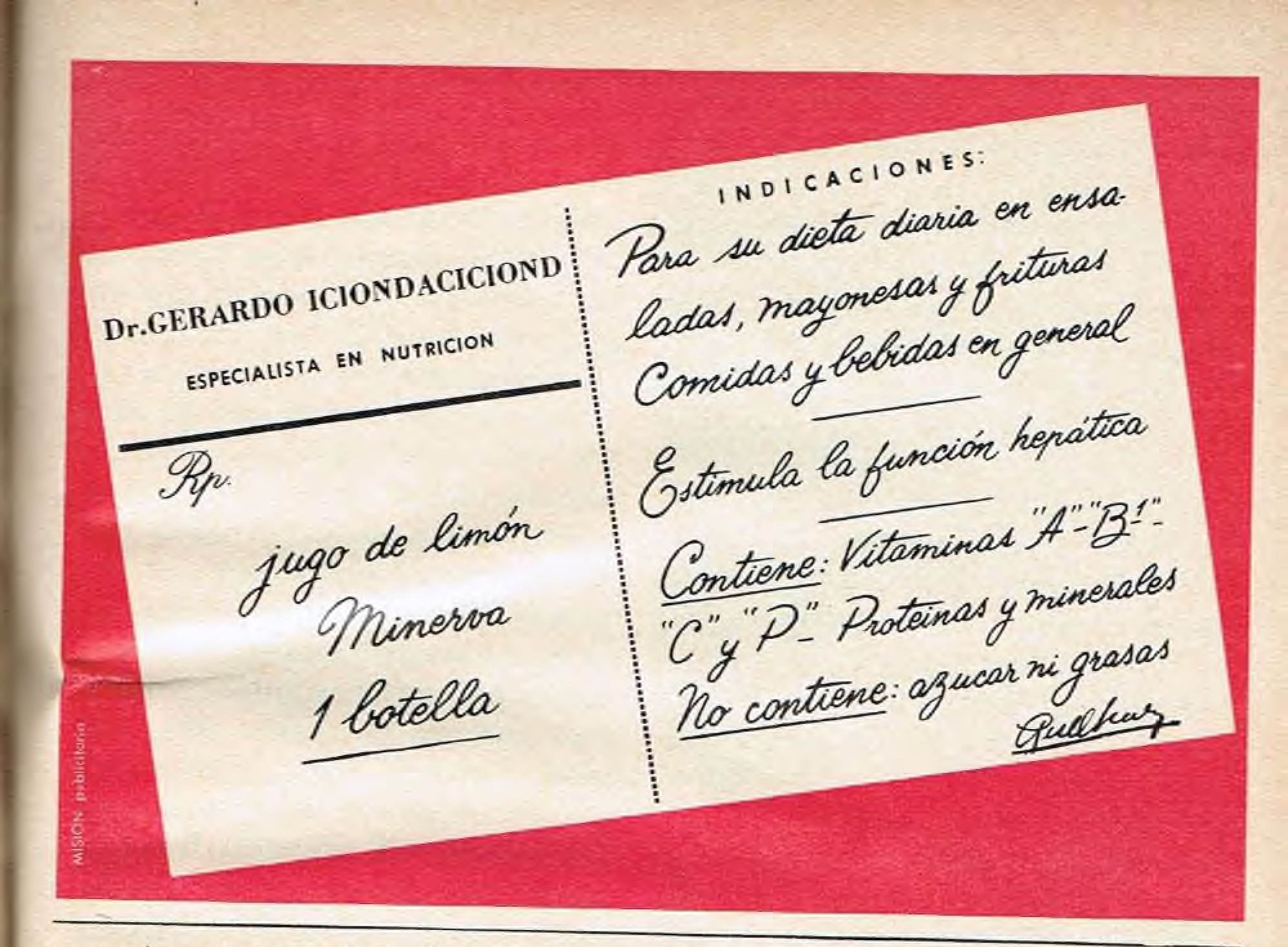
—¿Tenemos una bonanza?

—No, Mabel —respondió pausadamente y haciendo un esfuerzo para ponerme atención—. Es un mineral de muy baja calidad, después de todo. Pero no te preocupes, que ya daremos con una bonanza un día de estos.

Educación estilo campamento minero

Hacia las postrimerías de aquel otoño se abrió en Cripple Creek una especie de escuelita. Las clases se daban en una cabaña rústica de una sola habitación. Cuando me matriculé sólo había 14 alumnos, pero el número de estudiantes aumentó tan rápidamente que pronto tuvimos que mudarnos al segundo piso de un edificio hecho de láminas de cinc que se levantaba en la avenida Myers, en un sector que ya mostraba indicios de convertirse en barrio de la vida airada. Esto contribuyó a ampliar considerablemente nuestros conocimientos.

Por la mañana, cuando los chicos nos dirigíamos a la escuela, las



persianas aparecían discretamente corridas y todo estaba en silencio; pero a media tarde, mientras repasábamos las tablas de multiplicar o las reglas de ortografía, a veces alcanzábamos a oír los escándalos que armaban las mujeres en la calle. Y cuando terminaban las clases, marchábamos a casa entre groseros preludios de vida nocturna. En las mancebías tintineaban los pianos y aullaban los gramófonos alguna pieza de *jazz*; se habían alzado ya las celosías en todos los cuartuchos, donde se veían mujeres a medio vestir y fumando cigarrillos. Los muchachos sonreían maliciosamente y se cambiaban guiños sabihondos; las niñas grandes miraban a aquéllas de soslayo, se sonrojaban y apretaban el paso.

Al poco tiempo ya conocíamos de vista a ciertas damiselas escandalosas, como Juanita la mexicana, Blanca la francesita y Lilí la rubia, aunque la chismografía escolar apenas si me proporcionó una vaga idea de sus actividades nocturnas.

Sentía yo una enorme curiosidad por aquellas "pobres y desgraciadas mujeres", como mamá invariablemente las llamaba. Mi instinto me decía que las rodeaba un encanto siniestro y prohibido, y deseaba preguntar a mamá qué hacían. Pero dudaba que ella lo supiera, así que me pareció mejor ocultarle la curiosidad que sentía. Además, durante los meses de la primavera había estado mala varias veces, y con frecuencia se quedaba en cama días enteros, de manera

que preferí no aumentar sus preocupaciones.

En realidad, mamá estaba esperando un nene, pero de acuerdo con la gazmoñería de la época, tal hecho se me ocultó cuidadosamente. Pero al irse acercando la fecha, la oí decir a papá, con creciente ansiedad, que sería necesario mandarme fuera de casa por una temporada.

Mi hermano Billie nació ese verano. (En espera del acontecimiento a mí me hospedaron discretamente en casa de una señora dueña de una granja.) La presencia de Billie hacía la vida en la tienda aun más difícil, y cuando papá acertó a dar con un rico filoncito que le permitió vender la Mariquita en mil dólares al contado, nos mudamos a una casa de cuatro habitaciones en la avenida del Dorado Oeste.

Esta empinada calle pasaba por las faldas del monte del Mineral, montaña de considerables proporciones. Ni vehículos ni animales de carga se aventuraban por la peligrosa rúa donde vivíamos, pero en cambio gozábamos de un magnífico panorama de las montañas circundantes y del campamento minero.

La población del campamento había aumentado rápidamente hasta llegar casi a los 10.000 habitantes; fluía el oro de 150 minas, cuyos feos cobertizos, chimeneas y gigantescos vaciaderos eran estridentes testigos de las fortunas que se hacían de la noche a la mañana. Tantos de los fabulosos descubrimientos hechos habían sido obra de aficionados, que ya se conocía a Cripple Creek con el sobrenombre de "el campamento de los novatos". En la cantina de Burnside, que seguía frecuentando, mi padre oía historias asombrosas.

"Cuanto menos saben de minas, más afortunados son", comentaba una noche durante la cena, al relatarnos el caso de la mina del Farmacéutico. Ocurrió que dos boticarios que no tenían ni idea de dónde comenzar a cavar, resolvieron el problema tirando un sombrero al aire y, donde cayó, allí abrieron el tiro y descubrieron una rica veta que en los ensayes dio 600 dólares por tonelada. Ya con esto se hicieron ricos, y con el tiempo la mina del Farmacéutico habría de hacer a ambos millonarios.

Dos hermanos, Sam y George Bernard, abaceros en un pueblo vecino, no sabían qué hacer para cobrar una cuenta de 37 dólares. Se enteraron de que el deudor moroso se había metido a minero en Cripple Creek y hasta allá lo siguieron para hacer efectiva la deuda. A cambio del dinero que no tenía, el hombre ofreció a sus acreedores la mitad de su poco prometedora mina, llamada la Elkton y situada en la cañada de Arequa. A regañadientes aceptaron los Bernard la dudosa oferta; excavaron en los alrededores y, con gran sorpresa suya, dieron con un rico depósito de mineral. En unos cuantos años ellos también iban a hacerse millonarios.

El primer millonario

Pero fue en este año de 1893 cuando Cripple Creek logró su primer millonario; y no fue uno de los novatos, sino un minero experimentado, un amigo de papá, de nombre Winfield Stratton. Solamente una suerte loca impidió que su bonanza se le fuera de las manos. Ese verano, descorazonado por la pobreza de su mina, la Independencia, había aceptado una oferta que le pareció muy generosa y dio una opción de compra durante 30 días a un tahúr de San Francisco, de apellido Pearlman. El precio, si se hacía efectiva la opción, sería de 150.000 dólares. Al día siguiente, cuando sacaba sus herramientas de un socavón abandonado, Stratton dio con un gran filón, cuyas muestras rindieron en los ensayes cerca de 400 dólares por tonelada. Deslumbrado, calculó que tenía allí varios millones de dólares en mineral... ¡y acababa de cedérselos a Pearlman! Cubrió el filón con rocas y, cuando la cuadrilla de Pearlman empezó a excavar en la Independencia, Stratton sudaba, pidiendo a todos los santos que no fueran a descubrir su tesoro.

Al expirar la opción, Pearlman le habló con franqueza.

—No he encontrado nada. No compro. Iba a trabajar esa galería abandonada el último día, pero me pareció que no valía la pena.

Exhalando un suspiro de alivio Stratton recuperó su bonanza, que resultó ser una de las más ricas de

Cripple Creek. En diciembre ya había producido oro en cantidad suficiente para dar a su dueño su primer millón. Este y otros hallazgos hicieron de él, con el tiempo, el más rico y famoso de los mineros de Cripple Creek.

Papá hacía sus sondeos con una varita mágica, y a pesar de que pocos mineros creían que encontrara algo bueno en la loma del Faro, él seguía fiel a la región. Stratton, cuya rica mina Independencia estaba en el monte de la Batalla, lo instaba a explorar en la loma del Cuervo o en la peña del Toro, más al oriente.

—Si un par de boticarios fueron capaces de dar con el filón del Farmacéutico tirando al aire el sombrero —le decía —, tú con tu varita mágica fácilmente puedes hallar una Golconda.

El consejo cayó en saco roto. Papá era hombre tenaz.

—Un día de éstos —le decía a mamá— voy a hacer cantar la palinodia a todos los sabihondos del campamento.

Creía implícitamente en su varita mágica como medio de determinar la presencia del oro. Una tarde que yo recogía flores silvestres a su lado, me llamó muy emocionado.

—¡Mabel, ven aquí! ¡Corre!

Yo di un salto y corrí a ver si era que había matado alguna culebra de cascabel. Él iba caminando despacio por una leve prominencia del terreno con la varita mágica en las manos. La horqueta se inclinaba hacia abajo, temblequeando.

—Mira a esta picarona . . . Parece que se me quisiera ir de las manos. Si no está aquí abajo el premio gordo . . . me quito el nombre.

—Déjame ensayar a mí —le dije mirándolo escépticamente.

Él me dio la horquilla y me enseñó a manejarla. Nada pasó. En mis manos, la varita estaba completamente inmóvil.

—Es que no tienes suficiente electricidad en el cuerpo —dijo mi padre. Tomó otra vez la varita y echóse de nuevo a caminar sobre el terreno—. Mira, mientras más la aprieto más se resiste. ¡Se me va! ¡Ya no la puedo tener!

La varita mágica vibró un segundo y luego se arqueó violentamente hacia el suelo.

—¿Qué es lo que la tira hacia abajo? —pregunté completamente perpleja.

—El magnetismo —respondió papá con aire de autoridad—. La fuerza magnética pasa a la varita a través de mi cuerpo, y desde lo profundo de la tierra el oro la atrae con su canto de sirena—. Recogió su herramienta, pronto a volver a casa—. Tarde o temprano he de encontrar uno de los veneros más ricos del distrito, a unos 120 metros debajo del sitio donde estás parada en este momento. ¡Acuérdate de lo que te digo!

Correría clandestina

La fiebre del oro es sumamente contagiosa; ni siquiera una chica de diez años era inmune a ella. Cierto caluroso día de junio, ca-


Jazmines
Jazmines
Jazmines
FULTON

mino de la mina denunciada más recientemente por papá, la Orizaba, encontré una bocamina abandonada. Las escaleras, todavía en su sitio, parecían bastante fuertes, y la curiosidad me impulsó a bajar al tiro sola, cosa que tenía yo estrictamente prohibida.

La mina era relativamente de escasa profundidad, con una sola galería lateral y, al encontrar un cabo de vela escondido a la entrada, así como unos fósforos secos en un frasco, decidí explorar. Me forjaba ilusiones pensando hallar un maravilloso depósito de oro que hubiera pasado inadvertido. Unos tres metros adentro el túnel se bifurcaba en forma de Y; recorrí los dos ramales, pero sólo encontré desnudas rocas de granito.

Ya había apagado la vela y había vuelto a colocarla en su sitio, y me disponía a subir por la escalera cuando esta se estremeció en mis manos. ¡Alguien bajaba! A poco oí voces. Eran dos hombres. El pánico me oprimió el pecho; debían de ser los dueños de la mina, e iban a cogerme *in fraganti* tratando de robarles su mineral.

Corrí otra vez al socavón y me interné a tientas por el ramal de la izquierda. Pronto también ellos entraron en el túnel. Ambos usaban cascos de minero con velas encendidas al frente, y uno de ellos llevaba una escopeta de dos cañones. Me acurruqué contra el fondo del socavón y no volví a respirar hasta sentir que los hombres habían entrado en el ramal de la derecha.

—Espero que hayas cebado bien los cartuchos —le oí decir a uno.

La respuesta fue ininteligible, pero al cabo de un momento oí una detonación, y poco tiempo después otra.

En seguida sospeché de qué se trataba. Varias veces había oído hablar a papá de los distintos métodos de "sazonar" una mina para venderla a algún incauto comprador. A veces los tunantes llevaban piedras que contenían mineral de alta calidad y las esparcían por el piso; otras, como en el caso presente, cargaban los cartuchos de una escopeta con oro en polvo y disparaban los dos cañones contra las paredes de una mina.

No tardaron en marcharse los dos hombres, riendo quedamente. Yo volví a encender la vela y examiné el ramal de la derecha. Como lo había previsto, en la antes negra y monda pared de roca brillaban ahora manchitas doradas. Y, engañado por ellas, muy pronto algún primo pagaría un dinero trabajosamente ganado por una mina que no tenía valor.

Yo comprendía que era mi deber denunciar lo ocurrido. Pero sentía miedo; esos dos hombres tenían mala catadura y eran capaces de matarme si llegaban a enterarse de que yo los había espiado. Además, ¿cómo podría justificarme con papá por mi desobediencia al haber entrado sola en la mina?

Así pues, guardé mi culpable secreto y pocos días después supe que habían vendido la mina a un

Pepsodent descubre la belleza de sus dientes!



Compruébelo!

Cepille sus dientes con PEPSODENT, luego... páseles la punta de la lengua; los notará muy suaves y libres de la película opaca que tanto los afea!



y sonría... segura de su atractivo personal!

Pepsodent
CREMA DENTAL CON IRIUM®

PEPSODENT contiene IRIUM, ingrediente que asegura la EFICACIA LIMPIADORA de su blanquísima pasta, brindando a sus dientes esa esplendente limpieza que destaca su atractivo personal!

PEP-24

viejo llamado Konrad Schmidt. Atormentada por la conciencia me acerqué cautelosamente hasta donde mi atrevimiento me lo permitió, para verlo trabajar. Subía trabajosamente por la escalera con un morral lleno de mineral a la espalda. Se puso luego a clasificar los pedruscos a la luz del día y de vez en cuando movía la cabeza con desconsuelo.

Descendiendo a toda carrera la falda de la loma, me volví a casa.

—¡Qué pálida estás! —me dijo mamá, y me dio una poción de azufre con miel de caña.

Pero no había medicina que curase mis terribles remordimientos.

No obstante, una tarde llegó papá de la taberna de Burnside visiblemente contento y nos dijo:

—Konrad Schmidt acaba de encontrar un rico filón y se puso a pagar las copas de todo el mundo.

Según se supo después, Schmidt había ahondado el túnel unos tres metros más y dio con una veta de mineral de oro que valía a razón de 500 dólares la tonelada.

Un padre de quien enorgullecerse

La costumbre que tenía papá de beber y jugar con "esa caterva de pelafustanes de la taberna de Oscar Burnside" era una mortificación constante para mamá. Una vez lo encontró por allí, con mi hermanito en brazos, sonriendo muy satisfecho. Papá lo había sacado a lucir entre sus amigotes, y en los

bolsillos de Billie tintineaban las monedas de oro y plata.

—El chico se ha ganado un dineral a las cartas —nos dijo con orgullo.

—¡Ya te he dicho que no lo lleves a la taberna! —le reprochó mamá—. Allá irá, más pronto de lo que quisiéramos, sin tu ayuda.

Pero sus reproches fueron haciéndose cada vez más superficiales y rutinarios, y yo presentía que algo mucho más serio que la afición de papá a la bebida era lo que la preocupaba. Hacía ya un año que éste venía sufriendo de una tos persistente y seca que ella atribuía a "inflamación de los bronquios", y papá se negaba obstinadamente a dejarse ver del doctor Whiting.

Una tarde de febrero sufrió un colapso cuando volvía a casa, subiendo por el callejón. Yo lo encontré recostado contra la leñera, fatigado y jadeante, el rostro contraído y pálido. Lo tomé del brazo tratando de ayudarlo a incorporarse.

—Ya estoy bien, déjame —dijo apartándome de sí.

Y siguió su camino lentamente, con las manos a la espalda y los ojos bajos.

Mamá bajó corriendo a su encuentro.

—Vamos, dame acá esa fiambrera —le dijo ansiosamente—. ¿Por qué subiste la cuesta tan de prisa? Eso te provoca siempre accesos de tos.

Pero papá entró en casa sin decir palabra.

Nuestra vecina, Molly Letts, que estaba tendiendo la ropa, se aproximó a la cerca.

—Yo me moriría de la angustia si fuera mi marido. ¿Por qué no hace usted que vaya a ver al doctor Whiting? Apuesto cualquier cosa a que ha cogido la tisis de los mineros.

—¡No hable usted así! —respondió mamá airadamente—. ¡No tiene usted derecho a decir tales cosas!

En aquel tiempo se consideraba oprobioso para cualquiera tener "el mal de los pulmones", como se llamaba entonces a la tuberculosis, y la familia del enfermo trataba de ocultar la existencia del mal hasta la muerte del paciente.

—Es un resfriado pertinaz que con nada se le quita —siguió insistiendo mi madre.

Papá se acostó en la alcoba. Mamá lo arropó con una manta y luego se sentó a la mesa de la cocina a mondar manzanas para una tarta.

De pronto dejó a un lado el cuenco de las cáscaras y se tapó la cara con el delantal. Aunque no hacía ruido alguno, yo sabía que lloraba.

Fue Molly Letts quien mandó llamar al doctor Whiting. Cuando éste llegó dijo que había entrado nada más "para pedirle consejo a John sobre una mina que pensaba comprar". Se quedó allí un largo rato hablando con papá y examinándole el pecho. Después le dio un remedio y le advirtió que tendría que guardar cama durante varios días. Cuando se hubo marchado, papá observó, soñoliento:

—Es raro; al fin no me dijo nada sobre lo que quería consultarme.

Yo sabía que papá contaba con muchos amigos en el campamento, aunque pocas veces los nombraba. Ahora, mientras los días de su enfermedad se convertían en semanas, los visitantes llenaban nuestra sala. Sólo se les oía mencionar por sus nombres y apodos: Speck, Chip, Bert, Griff, etcétera, y un viejo a quien llamaba Tomás el ciego.

—No hay nadie más respetado en el campamento que John —decíale Jim Letts a mi madre—. Nunca ha faltado a su palabra y es capaz de quitarse el pan de la boca para dárselo al prójimo. Allí está Tomás el ciego que no me dejará mentir... Antes de perder la vista en la explosión de una mina, recibía ayuda de John, cuando me apuesto que John no tenía lo suficiente para darle de comer a usted y a sus hijos.

—Yo nunca le oí decir que estuviera ayudando a nadie —respondió mi madre tratando de hacer memoria—. Pero, en realidad, nunca se le habría ocurrido hablar de ello.

Stratton nos visitaba con frecuencia y reía con mi padre contándole sus primeras andanzas de carpintero y buscador de minas, aunque a veces le daba serios consejos.

—Si llegas a encontrar un filón que valga cien mil dólares —díjole una vez— hazme caso y véndelo.

Es lástima que el que tuvo la opción de la Independencia no me la comprara al fin por los 150.000 dólares que me había ofrecido. Me hubiera podido retirar entonces y vivir de la renta, libre de las amarguras y los dolores de cabeza que traen consigo las grandes riquezas. Tanto dinero no le hace a uno bien.

A mamá no la convencieron estas palabras, y cuando Stratton se marchó dijo:

—Generalmente son los millonarios los que hablan así. No hay peligro de que Jonce tenga que seguir su consejo.

Una vez, estando él enfermo, mi madre me llevó aparte y me habló del pasado de mi padre.

—Prométeme, Mabel, que suceda lo que suceda... quiero decir que, por mucho que se agrave, nunca lo despreciarás. Puede que no sea refinado como otros, pero es bien nacido. Ya oíste decir a Jim Letts cómo lo respetan por su honorabilidad... Allí está la prueba de una buena cuna y una mejor crianza, más que en los modales. ¡No lo olvides jamás!

"Tu padre es oriundo de Kentucky —prosiguió—. Su gente es de aristócratas, y si él quisiera bien podría codearse con las mejores familias del Sur —suspiró...— Lástima que no se preciara un poco más de su parentela. Por tu bien y por el de Billie no debería hacerse pasar por un cualquiera. Pero se vino al Oeste contrariando la voluntad de su padre y parece que no quiere ni recordar esos tiempos. Si hasta ha llegado a ufanarse de haber nacido de nuevo en el Oeste, donde la gente no se preocupa en absoluto por el origen de nadie. Dice que poco importa la prosapia o el saber hasta dónde se remonta un apellido. Lo que cuenta es la integridad del hombre".

Me sentí muy cerca de mi madre ese día. Comprendí que deseaba que conociera y comprendiera a papá tanto como ella, para que no me avergonzara si llegaba yo a saber que en realidad padecía la consunción de los mineros.

Con los cuidados que ella le prodigó y el largo descanso, mi padre mejoró de la tos; recobró las fuerzas y en la primavera volvió a trabajar sus minas. Mas para él las cosas ya no volverían a ser lo mismo que antes.

Papá pierde la ocasión

En pocos años Cripple Creek creció como la espuma. Tenía ya dos ferrocarriles, que ofrecían tarifas módicas para acarrear a las refinerías, con ganancia, incluso el mineral de baja calidad. Todo respiraba prosperidad y vitalidad incontenibles. En 1897 la población llegaba a 39.300 almas. En 1899, 475 minas estaban embarcando mineral y la producción de oro subió a más de dieciséis millones de dólares en el año. La ciudad contaba con un hotel de lujo, y distracciones tales como carreras de caballos, ópera y campeonatos de boxeo. Tenía más de treinta millonarios;

Stratton llegó a convertirse en rey de todos ellos cuando vendió su fabulosa mina Independencia a una compañía inglesa por diez millones de dólares, suma sin precedente.

Los Barbee no participamos de la bonanza general. Las pocas vetas descubiertas por papá apenas servían para ir tirando. A menudo otros con tan mala suerte como él se daban por vencidos y se empleaban en alguna de las minas grandes. Papá nunca dejó de ser lo que era: explorador y minero independiente.

En 1899 se le presentó la oportunidad de hacerse rico en una mina que tomó en arrendamiento un amigo suyo, Josiah Winchester. Se llamaba la Fortuna y había producido fabulosas cantidades de oro, hasta que se perdió el filón y su dueño, incapaz de volver a encontrarlo, la abandonó. Winchester tenía confianza de hallarlo, pero nadie se arriesgaba a prestarle un centavo para maquinaria, herramientas y jornales. Finalmente le ofreció a mi padre una buena participación a cambio de que efectuara algunos trabajos en el duodécimo nivel.

—Te garantizo que no te arrepentirás —le aseguraba—. Dentro de poco tiempo tú y yo estaremos boyantes.

Papá desdeñó su oferta diciendo que no podía descuidar su mina, la Orizaba.

—Uno de estos días voy a sacar mineral —le dijo.

Una semana después llegó a casa temprano. Parecía muy agitado y nos contó que Winchester había logrado recoger aquí y allá suficiente dinero para pagar los jornales de algunos mineros que hicieron un corte trasversal en el duodécimo nivel.

—¡Con el primer taco de dinamita pusieron al descubierto una ancha vena de telururo de oro y plata! (En esta forma se presentaba el mineral aurífero en Cripple Creek.) Brillaba como un millar de espejos a la luz de las bujías, y son precisos tres turnos de obreros para darse abasto con la avalancha de oro. Le temblaba la mano cuando sacó un jarro de agua del cubo para beber, y añadió pensativo:

—Josiah deberá hacer un millón o dos en el primer año.

Al rechazar su oferta, papá había dejado pasar de largo la buena suerte.

La varita de virtudes cumple como buena

En el verano de 1901, por los días en que cumplí 17 años, la salud de papá desmejoró notablemente; parecía demasiado débil para resistir otro invierno en Cripple Creek y a mamá le preocupaba constantemente lo que sería de nosotros sin él. Habiendo terminado mi tercer año de estudios secundarios, lo que ya era una educación superior a la de la mayoría de las chicas que ella conocía, juzgaba que debía pensar en casarme.

Sanacutis

Para la frescura diaria de la mujer moderna...

Fragancia... persistencia... ¡suavidad de flores!



TALCO
COLONIA
JABON

—Sería una gran tranquilidad para mí —me dijo un día— el verte casada con un buen marido que supiera velar por ti.

Pero papá acariciaba obstinadas esperanzas de enviarme a la universidad. Haciendo caso omiso de sus quebrantos de salud, seguía trabajando su mina infatigablemente. Era supersticioso, pues Lutie, el ama negra que lo crió en Kentucky, había atiborrado su niñez de agüeros y hechicerías. A menudo declaraba su fe en la existencia de duendecillos malignos que habitan las cavernas subterráneas y atormentan a los humanos que destruían sus guaridas, y a ellos les echaba la culpa de su constante mala suerte. Seguro de que el mineral estaba allí, se desesperaba al ver que, hallándose a punto de encontrarlo, perdía el rastro de la veta una y otra vez. Para romper lo que él juzgaba un "maleficio", se le ocurrió cambiar el nombre de la mina, la Orizaba No. 2, por algo patriótico, como el que tenía la de Stratton: la Independencia. Después de desechar los de Lincoln y Washington, resolvió ponerle la Columbia de Cripple Creek... y se juró no decirlo a nadie, no fuera a ser que los duendes se enteraran.

Dos días después llegó a casa muy contento. Acababa de salir de la oficina de ensayes, y dijo que había dado al fin con un rico filón que le aseguraba 720 dólares por tonelada.

Mamá no lo podía creer.

—¿Por qué razón no lo habías encontrado antes? ¿Cómo hiciste para hallarlo ahora?

—Por fin logré embaucar a esos trasgos —explicó; y no fue hasta entonces que nos contó lo del cambio de nombre de la mina—. Y os aseguro que eso bastó para que al día siguiente diera de manos a boca con la más hermosa veta de telururo de oro y plata que he visto en mi vida—. Luego se volvió directamente a mí con aire de triunfo—: Fue en un socavón que acababa de abrir, como a unos 90 metros debajo precisamente del sitio en que la varita mágica se me quiso escapar de las manos el día que estuvimos allá juntos, Mabel.

Aunque la noticia del descubrimiento del rico filón de la Columbia causó sensación en el distrito, los peritos no le dieron mayor importancia. Los grandes yacimientos caían todos hacia el nordeste, en las vecindades de Peña del Toro y el monte de la Batalla. Lo que había encontrado Barbee, decían, no era más que un depósito aislado que pronto se agotaría como tantos otros.

Tal escepticismo por parte de las autoridades mineras dificultó la consecución de fondos para la explotación. Finalmente, un individuo aportó unos cuantos cientos de dólares a cambio de un cincuenta por ciento de participación en la empresa; pero fue papá el que hizo todo el pesado trabajo de extraer el mineral, clasificarlo y despacharlo a las refinerías.

En vez de estrecharse, la veta se

GENIO Y PASION DE RODIN; EL ARTISTA, EL REBELDE INNOVADOR QUE DESAFIO LA SENSIBILIDAD DE SU TIEMPO CON SUS REALISTAS DESNUDOS

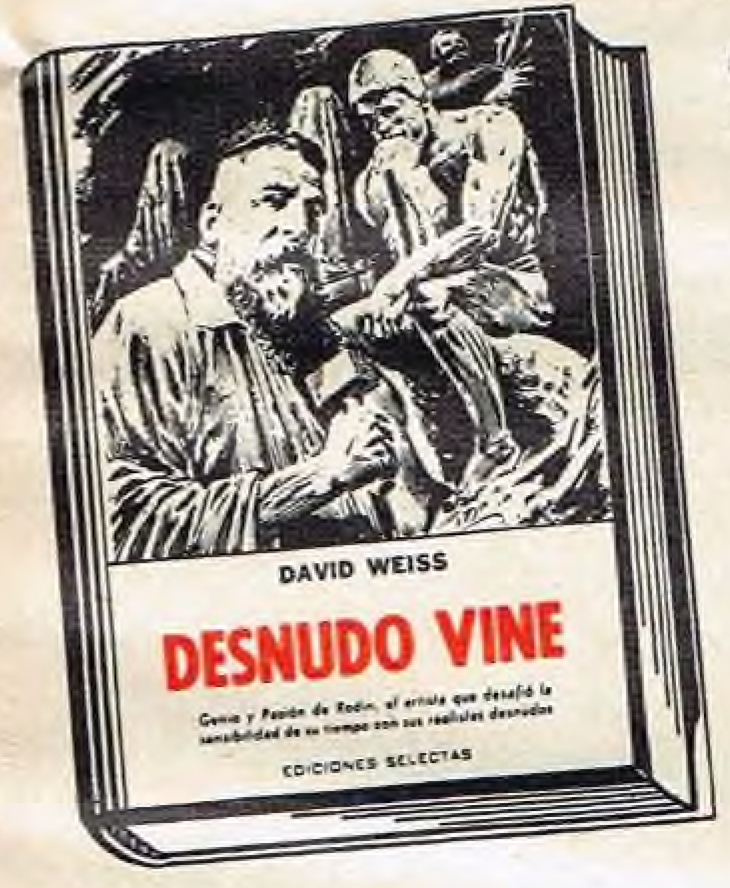
DESNUDO VINE

por David Weiss

LEA esta magnífica crónica completa y definitiva del hombre que creó obras de arte, que asombran por su suprema belleza y perfección.

Suscribiéndose al

"CIRCULO LITERARIO"



Desde Miguel Angel, ningún escultor alcanzó la admiración que le dispensa el mundo a Rodin. A través de este relato conoceremos su fabulosa y desconcertante existencia, sus inquietudes artísticas, sus tensiones espirituales, sus agitados amores con la exquisita, fogosa y desventurada Camille Claudel, la figura femenina de "El Beso" que terminó en la locura, y con su otra apasionada amante, la devota y abnegada Rose Bouret, la única mujer que le siguió siendo fiel hasta el fin y le dió un hijo, que, amargado por la negativa de Rodin a legitimarlo, fue durante toda su vida un vagabundo borracho.

Veremos a Rodin convertirse en un genio casi sobrehumano, rebelde en su arte, idólatra de la carne, obstinado por el desnudo y cincelando sus maravillosas obras; enfrentando el prejuicio y la envidia de los poderosos, sumergirse en los peores ambientes del submundo del viejo Paris y, finalmente, rodeado de sus célebres camaradas de arte, sobre todo, Degas, Monet, Renoir, Víctor Hugo y Zola.

Beneficios que le ofrece el "CIRCULO LITERARIO"

Elige el libro más interesante que se edita cada mes. La suscripción es gratuita, sin cuota de ingreso o gasto alguno. Los libros serán enviados a su casa por correo certificado, sin ningún recargo y después los abona. El suscriptor no está obligado a comprar un libro mensual, cada mes recibe gratis el boletín mensual en el que se le informa sobre el libro seleccionado para que decida si desea recibirlo, el libro se le remite si no ordena lo contrario. El único requisito consiste en que el suscriptor compre un mínimo de cuatro de los doce libros seleccionados en los primeros doce meses.

LIBROS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS QUE LE PERMITIRAN FORMAR UNA SELECTA BIBLIOTECA

ENVIE ESTE CUPON AHORA MISMO

CIRCULO LITERARIO - *Lavalle 1454 - T. E. 40-3618*

Sírvanse anotarme como suscriptor del Círculo Literario y enviarme como mi primera Selección "DESNUDO VINE" por David Weiss por el cual abonaré m$n. 280.-

Nombre ....
Calle y Nº .... T.E. ....
Localidad .... F.C. ....
Provincia ....
Firma ....

ensanchaba, formando una gran arteria que se ramificaba en multitud de tentáculos. Otros exploradores diéronse a buscar en torno a la loma del Faro y posibles inversionistas comenzaron a hacer pequeñas propuestas por la mina. Papá las rehusaba todas rotundamente; hacía tiempo que le había prometido a mamá no desprenderse de la siguiente bonanza que encontrara.

Cierto día Sam y George Bernard, los abaceros que habían tomado la mina Elkton a cambio de una deuda incobrable de 37 dólares y con ello se habían hecho millonarios, vinieron a felicitar a papá. Manifestaron deseos de conocer la veta y mi padre, con mucho gusto, los hizo bajar para enseñarles la rutilante masa de mineral. Ellos mostraron algún interés, pero dijeron que se necesitaba un dineral para explotar la mina.

—Aun así, valdría la pena arriesgar una pequeña suma —dijo George, y de improviso hizo a mi padre una oferta—: Le doy 10.000 dólares por su parte en la mina.

La suma era tentadora, pero papá le había dado a mi madre palabra de no vender.

Entonces Sam, que al parecer había contado con la negativa, subió la oferta a 12.000 dólares.

—Fuera de esto —le dijo echando mano de la chequera— me comprometo a saldar todas sus deudas. Mañana mismo podrá usted mirar cara a cara a todo el mundo . . . sin deber a nadie un centavo.

Todavía papá quiso rehusar, temiendo lo que diría mamá. Pero su situación era desesperada, reducido como estaba a la impotencia por las penalidades del trabajo, la pobreza y los quebrantos de salud, acosado por las deudas y el ardiente deseo de darnos una buena educación a Billie y a mí. Casi involuntariamente tomó el cheque y dijo:

—Trato hecho.

El desconsuelo de mamá fue mortal cuando supo lo que había hecho. A la postre lo perdonó por haber vendido lo que resultó ser la única verdadera bonanza que papá encontró en su vida, pero nunca llegó a consolarse de ello.

"Yo me arreglaré"

POR EL otoño de 1901 mis padres me pusieron en una academia de Colorado Springs para que hiciera en ella mi último año de escuela secundaria y se fueron con Billie a Utah en busca de clima más cálido. Allí, durante casi un año de vacaciones, mi padre descansó y recuperó en parte su perdida salud. Cuando regresaron a Cripple Creek, en el siguiente otoño, yo entré en la Universidad de Colorado y así se realizó el sueño que durante tanto tiempo había acariciado mi padre.

En abril papá me telegrafió que volviera a casa inmediatamente: mamá se hallaba muy enferma. Cuando llegué, ya había muerto. Se había presentado una mortal epidemia de neumonía y, tras de asis-

tir a otros enfermos, mamá había sucumbido ante ella.

El mundo me parecía extraño y desierto sin mi madre. En cierto modo ya estaba preparada para la muerte de mi padre; la de mamá me cogió de sorpresa y me dejó confusa. Con todo, me di cuenta de que mi presencia era indispensable en casa y que debía abandonar en seguida la universidad.

Cuando le anuncié a papá mi determinación, me dijo enérgicamente:

—Nada de eso; yo no te necesito aquí y todavía queda suficiente dinero para atender a tus estudios, así que no te preocupes.

—Pero, mi hermanito... apenas tiene nueve años.

—La familia de Kitty en Salt Lake me ha ofrecido hacerse cargo de él mientras yo me acomodo de nuevo. Voy a tomar una de las habitaciones que la señora Barry tiene sobre el almacén de ferretería, en la avenida Bennett. De allí solamente hay un paso al tranvía que pasa cerca de mi mina Botón de Rosa. Y estaré en el centro de la ciudad, en donde no me aburriré por falta de compañía. Los amigos de la cantina Burnside, que queda enfrente, tendrán cuidado de mí; y si algo me pasa, uno de ellos te avisará.

Durante los dos años siguientes en que continué en la universidad, desempeñé gran variedad de trabajos: repartía invitaciones para las recepciones de la rectoría, a 20 centavos la hora; fundé, con una de mis condiscípulas, que tocaba el piano, una escuelita de baile para niños; zurcía y remendaba por encargo de las esposas de los profesores; daba clases de español a los alumnos de primer año que estaban atrasados en la asignatura; y ayudaba a corregir exámenes. En el verano me empleaba como vendedora en una confitería.

Cada vez que podía visitaba a papá. Había mejorado de salud y su aspecto era muy bueno. Mas no se conservó así mucho tiempo; el verano siguiente sufrió una súbita recaída. Había dejado de trabajar la mina Botón de Rosa, pero lo atribuía a las ventiscas de mayo. Decía que tenía el propósito de volver y que esperaba "dar con el filón de un momento a otro".

—¿Qué te parece si dejo mi trabajo en la confitería y me vengo a pasar el verano contigo? —le pregunté—. Fácilmente podríamos encontrar una casita. Estaríamos muy bien.

—Ya hemos hablado de eso otras veces —me respondió con firmeza—. Como estoy me las arreglo muy bien. Insisto en que un campamento minero no es el sitio apropiado para una jovencita si no está con su madre. Puedes venir los domingos, de vez en cuando, pero no a quedarte. Así que no hablemos más de eso ¿entiendes?

Yo sabía que era inútil prolongar la discusión, pero en los meses que siguieron no pude desechar mi desaliento y vivía con el temor constante de oír sonar el teléfono

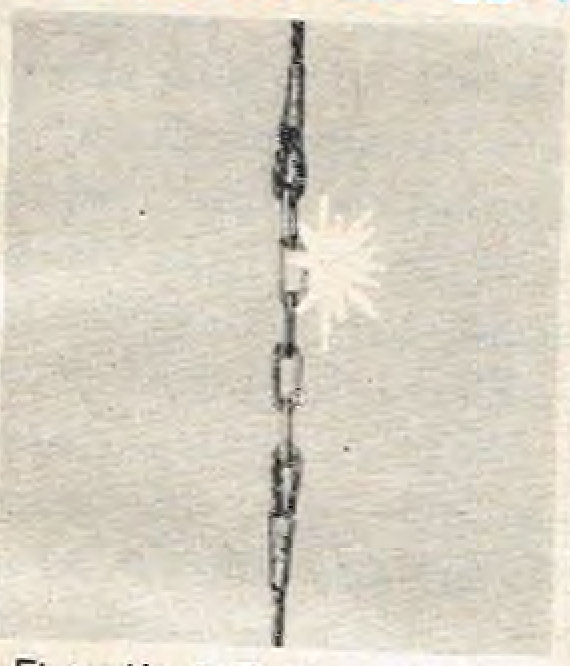
GOODYEAR

Presentando la G8 de GOODYEAR

PARA SEGURIDAD: HECHA COMO NINGUNA OTRA CUBIERTA EN EL MUNDO



La nueva G8 de Goodyear facilita la conducción, es más resistente, da más confianza.



El cordón 3-T de su armazón, más fuerte que el acero, protege contra reventones y calor.



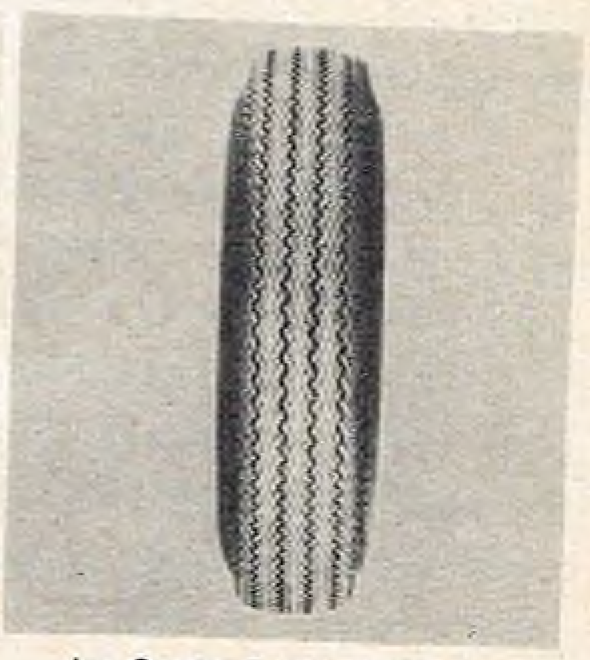
El nuevo diseño de hombro redondo, que prolonga la banda a los costados...



...pone tracción positiva en los virajes, afirma el coche, quita el rechinamiento.



Y para extra kilometraje y total protección, la G8 está hecha con caucho Tufsyn.



La Super-Cushion G8 de Goodyear es un tipo mejor y más seguro de cubierta.

La nueva Super-Cushion G8 de Goodyear es una cubierta extraordinaria. Totalmente más segura a velocidades elevadas. El diseño de hombro redondo da tracción extra en los virajes. Más seguridad. Mejor control de la marcha. El cordón 3-T de su armazón es el más fuerte que existe. Sólo Goodyear lo tiene. Y la G8 está hecha con caucho Tufsyn, exclusivo de Goodyear. El más durable de todos los cauchos. Solo la G8 ofrece tanto y, sin embargo, no cuesta más. Es fácil manejar con confianza... sobre cubiertas Goodyear.



o de que un mensajero llamara a la puerta. Hasta que un día de agosto llegó el aviso: papá había muerto la noche anterior mientras dormía.

Después del entierro entré en su cuarto a recoger sus efectos personales. No eran muchos: su violín en el raído estuche de cuero; su pipa, unas pocas cartas que había guardado. Hasta los pendientes de diamante de mamá, que él tanto estimaba, habían desaparecido. Le pregunté a la patrona si ella sabía qué había sido de ellos,

—Hijita del alma —me dijo—, hace meses que los vendió para pagar unas cuentas. Era un hombre excelente, honradísimo, y no soportaba deber un centavo—. Metió la mano en el bolsillo de la bata y prosiguió—: Esto es lo único que le quedaba, y hace apenas una semana me rogó que te lo entregara, en caso de que...

Me pasó entonces el dije masónico del reloj de papá y una moneda de oro de 20 dólares. Esto era todo. Cripple Creek le había arrebatado la vida y no le había dejado sino aquello.

Un filón inesperado

Regresé a la universidad un día o dos antes de comenzar el semestre con el objeto de empacar los objetos que guardaba como recuerdo, mis libros y mis cuadros. Me preparaba a dejar los estudios con el corazón adolorido, pero ya no era posible continuarlos, pues no podría sostenerme aunque me había ganado una beca. Estaba a punto de romper a llorar cuando la chica encargada de los dormitorios me entregó una carta.

—Llegó anoche; trae un sello de entrega inmediata. Parece ser algo importante.

Rasgué el sobre nerviosamente, temiendo que me trajese malas noticias de mi hermanito, que vivía aún con nuestros parientes de Salt Lake. Pero no; la carta venía de Cripple Creek, y la firmaba el boticario Griff Lewis, uno de los buenos amigos de papá. Decía así:

"La noticia de que piensas abandonar la universidad ha conturbado a los amigos de tu padre. Ellos bien saben que él cifraba sus esperanzas en que terminaras tu carrera y obtuvieras un título. Algunos de ellos quisieran saber si unos 150 dólares a razón de 15 dólares mensuales te ayudarían a salir de aprietos durante el año".

Las letras me bailaban ante los ojos. ¡De donde menos esperaba me caía la cantidad exacta que necesitaba para seguir estudiando!

Llena de gozo respondí aceptando el ofrecimiento, con una condición: recibiría el dinero en calidad de préstamo y lo devolvería cuando obtuviera mi primera plaza de maestra.

El título me aseguraba la consecución de tal puesto, el que necesitaba desesperadamente, pues mi hermano, que tenía ya 12 años, era demasiada carga para su anciana abuela, a más de que yo deseaba mandarlo a una escuela de Colora-

do Springs tan pronto como fuera posible.

El nombramiento me llegó pocos días antes de que me titulase. Iría a enseñar español e historia en la escuela secundaria Víctor, en Cripple Creek, con un sueldo de 1080 dólares al año.

Tan pronto como regresé a Cripple Creek me dirigí a la botica de Griff Lewis y le hablé del préstamo que me había permitido terminar mis estudios.

—He venido a arreglar la forma de pago —concluí.

Tomó Lewis un lápiz y se puso a garrapatear en una hoja de papel.

—¿Préstamo dijimos?

Se levantó luego, rebuscó entre los frascos de medicamentos que había en un anaquel y trajo una pecera enorme, que colocó frente a mí sobre el mostrador. En uno de sus lados tenía esta inscripción en letras doradas: PARA LA HIJA DE JOHN.

—Los amigos de John sabían, naturalmente, que no había dejado un centavo —explicó Lewis— y que tendrías que abandonar la universidad. Como también sabían que su más ardiente deseo había sido que terminaras tus estudios, alguien tuvo la idea de colocar en mi escaparate, a modo de alcancía, esta pecera, para depositar de vez en cuando algún dinerillo sobrante.

Empezaba yo a caer en la cuenta de lo ocurrido.

—De modo que, en realidad, no fue un préstamo lo que usted me hizo...

—No; todo lo dieron los amigos de su padre: mineros, jornaleros, púgiles... todos contribuyeron.

Yo miraba la pecera sin saber qué decir. Griff Lewis sonrió, haciendo memoria.

—Un día entró Tomás el ciego, buscó a tientas el escaparate y comenzó a palpar. "Qué buscas, Tomás?" le pregunté. "El frasco ese de la chica de John", me respondió. Yo se lo puse en las manos, ¡y que me ahorquen si no le echó una moneda de 25 centavos! ¡Bien sabrá Dios cuánta falta le haría!

—Quisiera dar las gracias a cada uno de ellos —dije, tratando de conservar la serenidad—. ¿Podría usted decirme quiénes son?

—Ni que me fuera la vida en ello... No sabría decirlo... Imposible llevar la cuenta de todos los que entran en la botica.

—Pero de seguro que habrá alguna persona a quien pueda yo...

No alcancé a terminar la frase.

—Ninguno de ellos esperó nunca una palabra de agradecimiento —me dijo Griff Lewis, poniéndome la mano en el hombro—. Lo que ellos quisieron fue convertir en realidad el sueño de tu padre. Lo hicieron por la chica de John.

Mi padre había encontrado una verdadera veta de oro en Cripple Creek ... ¡en el sitio en que menos lo esperaba!

La busca sin fin

MUY PRONTO la carrera pedagógica me llevó a otras partes; primero a la costa del Oeste, después

hacia el Este. Con el matrimonio y una hija vinieron los cuidados y las gozosas satisfacciones de una vida activa y feliz, y así pasaron más de cuarenta años antes de que volviese por Cripple Creek.

Cuando bajé del autobús advertí que el bullicioso y pujante campamento minero de mi niñez se había convertido en una ciudad fantasma. Había sido uno de los centros más ricos en minerales de oro de los Estados Unidos, pero ya el trabajo había cesado en casi todas sus minas, y muchas casas de comercio de la avenida Bennett tenían las puertas y las ventanas tapadas con tablas o se hallaban medio derruidas. En la escandalosa avenida Myers, un solitario edificio de ladrillo rojo, que había sido una de sus casas de mala nota, habíase conservado, con todo su vistoso mobiliario intacto, como un recuerdo del pasado. Los turistas recorrían las tiendas de curiosidades y se quedaban en el hotel Imperial a ver la representación nocturna de anticuados melodramas. En realidad, toda la ciudad se hallaba en vías de restauración y se explotaba como un museo de los tiempos borrascosos de la "fiebre del oro".

Cierta tarde visité la tumba de mis padres en el cementerio del monte Pisgah. De regreso a la ciudad me encontré en el camino con un viejo barbado vestido con antiquísima chaqueta de pana y que llevaba a cuestas un saco de mineral.

—¿Ha estado buscando oro? —le pregunté.

—Sí, en la loma del Mineral —respondió alegremente—. Este viejo campamento está todavía muy lejos de haberse agotado. ¡Un día de estos voy a dar con la bonanza más rica que se haya visto jamás!

El destello de esperanza que vi en sus ojos no se apartó de los míos hasta mucho después de que perdí de vista al viejo. Comprendí entonces que, como muchos otros de su clase, no era oro lo que él deseaba en realidad. Si llegase a encontrarlo, de seguro se le escurriría entre los dedos, o sencillamente lo despilfarraría, como lo había hecho mi padre. Pues su mina, la Columbia, que impulsivamente vendió por 12.000 dólares, había constituido una bonanza inagotable. Rebautizada por los nuevos dueños con el nombre de El Paso, resultó ser una de las más ricas del distrito, y llegó a producir cerca de once millones de dólares.

No, no era precisamente el oro mismo lo que mi padre y aquel viejo deseaban. Lo que en verdad deseaban era el ensueño por él representado... el ir en pos de él, de la deslumbradora visión de aquella "áurea sustancia que canta en las entrañas de la tierra".

Todos sabemos distinguir entre el bien y el mal. Lo que nos hace falta es saber diferenciar entre la oportunidad y la tentación.

— I. B., en *The Wall Street Journal.*



aturalmente... Evanol"
ue la mujer moderna necesita vivir plenamente
s sus días, sin dolores ni temores, libre del
imiento y la tensión nerviosa de **esos días.**
OL le proporciona alivio rápido, efectivo y
ngado. EVANOL le permite sentirse serena...
oda... segura de sí, porque su fórmula
ecialmente creada para la mujer— calma suave
y efectivamente, afloja la tensión nerviosa y
ate el decaimiento. ¿Por qué no tenerlo cerca
la próxima vez?
Evanol
Evanol
Evanol
Evanol
CALMANTE FEMENINO
Evanol
EL CALMANTE FEMENINO

